VOLUMEN
8

Andrés Eloy Blanco

Biblioteca Biográfica Venezolana

Alfonso Ramírez

EL NACIONAL

50 años Que se dejan ver

BANCO DEL CARIBE

Alfonso Ramírez

Nació en Tovar, Mérida, en 1929. Fue estudiante en Tovar; en el Colegio San José y en el Liceo Libertador de Mérida, y en el Liceo Simón Bolívar, de San Cristóbal. Estudio la Carrera de Derecho en la Universidad Central de Venezuela, donde se graduó en 1955 como Doctor en Ciencias Políticas. Realizó estudios políticos y económicos en Londres y París, entre 1958 y 1961. Fue militante de la IV Internacional. Fundador y Director de la Revista *Voz Marxista*. Fue presidente de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida. Ejerció su profesión de abogado en Caracas y desde 1981 en Tovar.

Es autor de los siguientes libros: *Alegría y gracia de Tovar* (1993), *Obras sacrílegas del poeta del Chayotal* (versos humorísticos, 1978), *Sor Celina* (comedia en verso, 1985), *De Tovar quedarán las palabras* (1986), *Biografía de Andrés Eloy Blanco* (dos ediciones, 1997 y 1998), *Cantos rodados* (versos humorísticos, 2004) *y Trotsky, 100 años después* (2005).

Es autor además de diversas conferencias y estudios publicados en revistas y periódicos venezolanos.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Andrés Eloy **Blanco**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Andrés Eloy **Blanco**

(1896-1955)

Alfonso Ramírez

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi
Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor
Ramón J. Velásquez
Eugenio Montejo
Carlos Hernández Delfino
Edgardo Mondolfi Gudat
Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero
Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre
Editor Adjunto: Sergio Dahbar
Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi
Gerente de Arte: Jaime Cruz
Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic
Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón
Coordinación de Nuevos Productos:
Astrid Martínez
Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI
Fotografías: Archivo de El Nacional (portada) Biblioteca Nacional (portada y p. 9)
Impresión: Editorial Arte
Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf789200592039.13
ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)
ISBN: 980-6915-06-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario El Nacional, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario El Nacional buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo "afirmativo venezolano". Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy
Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero
Presidente Editor de El Nacional

El poeta en **el mundo**

En la cárcel de la Rotunda de Caracas, en mayo de 1929, fue sometido un prisionero a la tortura del hambre. Desfalleciente y durmiendo en el suelo, vio que alguien deslizó en su celda un libro en forma de breviario, *Imitación de Cristo*, y un trozo de lápiz. El preso era un poeta de 32 años que creyó llegada su última hora. En las páginas blancas del Kempis escribió un poema en el que se leía: "El sufrir es el vino que embriaga a las almas sin miedo". Para conspirar contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, que era el motivo de su prisión, había que sentir muy poco miedo y mucho desdén por las comodidades y los honores. Porque este poeta acababa de ser aclamado en Caracas, en Maracaibo, en Ciudad Bolívar, en toda Venezuela, como ninguno otro antes que él. Disfrutó del triunfo y se le ofrecieron altas posiciones; pero él prefirió unirse a los jóvenes estudiantes que en 1928 convirtieron el carnaval en una protesta contra la tiranía y en un reclamo de libertad.

Este era Andrés Eloy Blanco. Nació en Cumaná el 6 de agosto de 1896. Su padre, el doctor Luis Felipe Blanco, fue confinado en los primeros años del siglo XX en la isla de Margarita por ser opositor al gobierno de Cipriano Castro. En Porlamar, en la noche del año nuevo de 1907,

compuso Andrés Eloy (sin el apellido llegaría a ser llamado en todas partes) su primer poema, acostado en el regazo de su madre, doña Dolores Meaño de Blanco, y dedicado a ésta.

Dos años después los Blanco Meaño estaban instalados en Caracas y Andrés Eloy ingresó al Colegio Nacional, dirigido por Luis Espelozín, exministro de Instrucción Pública, donde conoció a Rómulo Gallegos, su profesor de Historia Universal. El 25 de septiembre de 1909, yendo para la escuela, sostuvo una conversación con el recién designado administrador de las rentas municipales, quien tres cuadras más abajo fue asesinado por su antecesor en el cargo. Henrique Chaumer se llamaba y pasó a ser un símbolo de la "pureza del municipio". Andrés Eloy lo vio levantado en los brazos de las alumnas del externado de San José de Tarbes.

De esa época databa su amistad con Gustavo Machado, compañero suyo en el juego de béisbol y en manifestaciones estudiantiles contra el ministro de Instrucción Pública, que les valió a ambos su primer encarcelamiento. En 1918 Andrés Eloy y el que sería líder comunista padecieron en carne propia los planazos de la policía, por encabezar demostraciones públicas con ocasión del Día de Bélgica.

A partir de 1911 publicó sus versos en *El Universal*, estimulado por su paisano Andrés Mata, y en 1916 obtuvo un premio en los Juegos Florales de Ciudad Bolívar con su *Canto a la espiga y al Arado*. Su poema alegórico *El Huerto de la epopeya* se publicó en 1918, que es el año que distingue a su generación literaria, de la cual forman parte Jacinto Fombona Pachano, Luis Enrique Mármol, Gonzalo Carnevali, Enrique Planchart, Rodolfo Moleiro, Antonio Arráiz y Fernando Paz Castillo. Este último escribió sobre la misma. "No consideraron los escritores de la generación del 18 que la poesía en Venezuela comenzara con ellos".

Gustavo Machado refiere en sus *Memorias* que Andrés Eloy participó en el complot cívico-militar que debía estallar en enero de 1919; pero que a pesar de las torturas infligidas a los conspiradores, su amigo no fue descubierto. Así, le fue posible obtener su título de abogado el 15 de noviembre del mismo año. Para ejercer su profesión marchó al es-

tado Apure, donde contó entre sus clientes a Pancha Vázquez de Carrillo, quien pasó a la historia de la literatura con el nombre de Doña Bárbara. Rómulo Gallegos no la conoció personalmente y cuando estuvo en los llanos, ya Andrés Eloy había regresado a Caracas; pero comenta el poeta: "Fui el abogado de doña Bárbara, antes de que fuera Doña Bárbara. Fui el abogado de la bruta mujer, fea y oscura, como el puñado de tierra mojada antes de que la mano creadora realizara la milagrosa transformación de barro en carne, de materia en verbo. Fui abogado del carbón antes del diamante. Fui abogado del barro antes del soplo".

En la llanura aprendió a bailar el joropo, a nadar en los ríos y a torear novillos bravos, hasta que uno de éstos le truncó su afición de ser torero. Allí llevó una despreocupada existencia bohemia, sin excluir una tenida masónica, junto a otros abogados y otros poetas. De su ejercicio profesional él recordaba, destacando la vivacidad del llanero, que en un interrogatorio sobre un crimen un testigo afirmó haber "visto el disparo". Andrés Eloy, como litigante, le preguntó: –¿Y de qué color era el disparo?–. El interrogado respondió rápido y seguro: "–Color de candela, doctor". Y de su ejercicio lírico debe mencionarse que en la nochebuena de 1921 tuvo lugar el bautizo de su poemario *Tierras que me oyeron*, en realidad su primer libro.

El día que mataron a Juancho Gómez, vicepresidente de la República, partió Andrés Eloy para España. Había vivido tres años en el estado Apure, de donde regresó a caballo hasta Acarigua, y de allí marchó a la capital. Viajó a la península por un motivo grandioso: entre los poetas latinoamericanos que concurrieron al certamen convocado por la Academia Española de la Lengua, él conquistó el premio con su *Canto a España*, que compuso por espacio de una semana encerrado en su cuarto, comiendo galletas de soda y bebiendo jugo de naranja, según refirió su hermana Lola. Ésta lo acompañó en la travesía marina y, como era muy hermosa, recibió un gitano piropo que le lanzó uno de los pasajeros del barco:

—"Preciosa, tu hermano podrá hacer muy buenos versos, pero tu padre los hace mejores".

En el teatro Pereda, de Santander, en presencia de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, y de los individuos de número de la Academia, recitó su canto Andrés Eloy. Lo hizo con aquella grave pero melodiosa voz que cautivaba en sus recitales, en sus piezas oratorias, en su personal conversación. Una cesta de flores cayó a sus pies, arrojada por la reina, y el rey se levantó de su asiento cuando el poeta pronunció el dístico de su salutación al monarca. Éste lo llamó a su palco y conversó por unos minutos con él y con su hermana.

El *Canto a España* brotó del acendrado cariño de Andrés Eloy por la tierra de sus antepasados, que no sólo se manifestó en su poesía, sino en su gusto por el genio y el gracejo del pueblo español, en su defensa de este pueblo frente a las tiranías, en el aprecio de su historia y de su arte. Y ese pueblo le correspondió aclamándolo en las corridas de toros, y los escritores departieron con él, entre ellos, Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Valle Inclán, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Carrere, Julio Camba, Wenceslao Fernández Flores y Antonio Maura, que con él hizo una excepción al invitarlo al banquete de año nuevo de la Academia. El gran matador de toros Juan Belmonte asistió al teatro Pereda el día de la entrega del premio. Ricardo León le escribió para decirle: "Obra magistral, tan clásica y tan moderna a un tiempo, le consagra a usted príncipe de los poetas de la lengua castellana". Y el autor de la letra del *Alma Llanera,* Rafael Bolívar Coronado, que en su vagabundeo por otras tierras había ido a parar a Barcelona de España, le dirigió este telegrama: "Usted es un astro. Los astros giran. Gíreme algo".

La última noche del año 1923 compuso Andrés Eloy en Madrid su nostálgico poema *Las uvas del tiempo.* Luego viajó a París, donde lo esperaba su padre y donde escribió su soneto *A Florinda en invierno.* También estuvo en Italia, y años después trasmitiría las reminiscencias de su paso por ciudades italianas y francesas, y su visión de los monumentos de los dos países.

De regreso a Venezuela estuvo en Cuba entre julio y septiembre de 1924. Hubo un brindis en el salón del hotel, en La Habana: "Los diplomáticos de Gómez –recuerda Andrés Eloy– se sentaron a mi derecha; los desterrados a mi izquierda; todos hablaban conmigo, pero ellos no se hablaban". Los que se sentaron a la derecha se convencieron, leyendo una entrevista periodística que le hicieron, que el laureado bardo no era amigo de ellos; pero José Rafael Pocaterra supuso que "el poeta Blanquito" iba a adherirse al gomecismo. Nada escapaba a la comprensión de Andrés Eloy, pues en su *Carta a Udón Pérez* expresó: "Ya sabrán algún día que hicieron mal. Yo espero"; porque para él lo fundamental era algo que decía en otro verso de la misma carta: "A mí la justicia me arrastra como un vicio". Y es que la justicia ya había empezado a arrastrarlo el día en que presenció en la cárcel Modelo de Madrid el ajusticiamiento de tres condenados a muerte. Comprendió entonces que la gloria no estaba en los cafés madrileños, en la compañía de los grandes escritores, ni en los vítores de las multitudes, sino que un pueblo, el suyo, pobre y olvidado, lo aguardaba para que se inspirara en él.

A comienzos de 1927 murió repentinamente el doctor Luis Felipe Blanco y a finales del misino año falleció su hijo mayor, Luis Felipe Blanco Meaño, también médico. Sendas elegías brotaron del corazón acongojado del poeta, que aparecen en su segundo libro de versos, *Poda;* pero la mayor parte de este poemario está formada por piezas que adquirieron inmensa popularidad, como *El limonero del Señor, La vaca blanca, Los navegantes, La hija de Jairo, La renuncia, El dulce mal, Coplas del amor viajero.* Eran recitados en reuniones sociales y familiares, y las muchachas los copiaban en sus álbumes, los novios los decían al oído de las novias. Otros poemas eran menos populares, pero fueron los que recibieron mejor aprobación de los críticos, como *Los ojos de la virreina, Coquivacoa, Danza del fuego, Letanías a las mujeres feas, Las estancias de Ivorio, La vejez del Mariscal, Laude a Budha.*

El subtítulo de *Poda* es "Saldo de poemas 1923 – 1928". Son los cinco años durante los cuales el poeta paseó por Europa y América coronado de laureles; pero ya desde el primero de esos años él estaba cons-

ciente de que la gloria que había alcanzado en el reino de las letras era apenas una emanación personal suya y que su poesía debía reflejar las vivencias de aquellos que se sintieron deslumbrados por su arte. Él bajó desde su torre de marfil para agregar a sus versos el ingrediente de justicia que les dio un nuevo rumbo. De esta manera consiguió ser el poeta de su pueblo. Al cambiar el brillo de las vanidades por la oscuridad del calabozo donde sepultó sus egoísmos, la gloria de Andrés Eloy Blanco era ya la gloria de los millones de personas que él comprendió e interpretó. El árbol de su poesía quedó podado desde 1928; pero no sólo esto: el poeta también sería un árbol con las raíces cada vez más profundas en su tierra.

Y fueron versos los que elevaron la protesta estudiantil de 1928. En el teatro Rívoli se escucharon poemas de Miguel Otero Silva, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano y Andrés Eloy Blanco. Fue Andrés Eloy el autor de la letra del *Himno de los estudiantes,* con música de Juan Bautista Plaza. Se trataba de rendir homenaje a la reina estudiantil, en quien otros dos poetas vieron encarnada la libertad: Joaquín Gabaldón Márquez y Pío Tamayo. El acto concluyó con un discurso del estudiante Rómulo Betancourt; pero más vehemente aún fue el discurso que pronunció en el Panteón el estudiante Jóvito Villalba.

Andrés Eloy era doce años mayor que aquellos estudiantes veinteañeros; pero se identificó con ellos. Con sus hermanas puso en la boina azul el símbolo de la rebeldía juvenil y clandestinamente redactó e hizo circular un periódico mecanografiado: *El Imparcial.* El título concordaba con los editoriales de la clandestina hoja; mas el periódico tenía secciones de un humorismo acre que hicieron mella en figuras connotadas del gobierno, empezando por el dictador, a quien llamaban El Bagre (por el parecido de sus bigotes con este pez). El que vio cercana la muerte en su celda de La Rotunda fue conducido a ésta el 24 de octubre de 1928. Era cierto lo que escribió en las hojas blancas del Kempis, que no tenía miedo; con una diferencia, muy propia de su carácter: no se preciaba de ello. Antes de caer preso lo dijo en un editorial de su periódico: "Que nadie diga que somos valientes. Pero hágase

una labor útil. Yo, director de *El Imparcial*, estoy atizando desde el mes de abril la antorcha de la revolución".

En aquel antro carcelario los esbirros gomecistas intentaron, mediante castigos, obligar a Manuel Silveira a firmar una delación contra su cuñado Andrés Eloy. Aquél se negó; pero al volver al calabozo desfalleciente, éste, llevándole la mano, le hizo estampar su firma al pie del papel que hacía recaer toda la culpabilidad en el poeta. Así comenzó su martirio, cargado con grillos de setenta libras, comiendo la bazofia causante de la disentería, padeciendo todos los vejámenes, incomunicado del mundo exterior y cuando obtuvo alguna comunicación, ésta resultó ser una mentira cruel. Tal fue la noticia de que Cumaná había desaparecido. Sí se produjo un terremoto; pero era falso que a la ciudad se la había tragado el mar. Cinco poemas le dedicó Andrés Eloy a su cuna cumanesa, bajo el título *La casa de Abel.* Abel de Colombia llamó el Libertador al Mariscal Sucre, gloria de Cumaná; pero además de ésta, Andrés Eloy enalteció las demás glorias del pasado cumanés. En uno de sus versos el poeta reprodujo lo que oyó decir cuando volvió a Cumaná, en brazos de la fama, para participar en el centenario de la batalla de Ayacucho, "Que Dios le guarde a su hijo a Dolores Meaño". Porque después de Sucre, el mayor orgullo de los cumaneses es que en su seno haya nacido Andrés Eloy Blanco.

En La Rotunda salieron de su numen varios romances; el poema dedicado a sus hermanas, en el que se declara "el hijo de las cinco madres"; la elegía a Armando Zuloaga Blanco, muerto en el puente de Cumaná cuando invadió Román Delgado Chalbaud, y merece especial mención su *Canto a los hijos en marcha,* porque en éste hay una estrofa que ha sido repetida innumerables veces:

"Madre, si me matan,
ábreme la herida, ciérrame los ojos
y tráeme un pobre hombre de algún pobre pueblo
y esa pobre mano por la que matan
pónmela en la herida por la que me muero".

Un año después fue trasladado al castillo de Puerto Cabello, donde tuvo de compañeros a Jóvito Villalba, Pío Tamayo, Alberto Ravell, Rafael María Carabaño y Rafael Arévalo González. En una carta muy afectuosa, este último le regaló sus grilleras, o sea, las cuerdas que, pasándoselas por los hombros, le aliviaban el peso de los grillos. Quien remachó los grillos en las piernas del poeta fue un delincuente común que purgaba una condena por robo y homicidio y a quien Andrés Eloy había perseguido en Apure, cuando ejercía allá su profesión de abogado. La narración del poeta a sus colegas de la Cámara de Diputados concluyó así: "...el distinguido delincuente había merecido los honores de ser investido con el cargo de cabo de presos. De modo que tuvo él el placer exquisito de encargarse de mis pobres pantorrillas, y fui yo el último becerro que maneó aquel ciudadano".

Otro compañero de presidio fue el general Juan Pablo Peñaloza. A los dos días de haber llegado sufrió un ataque de hemiplejia y tuvo que ser atendido por los otros presos, entre éstos Andrés Eloy, quien recordó: "Cuando le ponían los grillos de setenta libras, miró a Camero, el verdugo del castillo, y dijo, ante oficiales y presos. –Éste es Camero. Fue oficial mío. Tuve que salir de él. Muy malo para la guerra, pero muy bueno para asaltar corrales".

En el castillo había muchos presos analfabetos, y los políticos les enseñaron a leer. Entre ellos estaba uno llamado Cipriano Martínez, quien murió el día en que terminó su aprendizaje. Los más cultos estudiaban historia, economía y arte, y organizaron una biblioteca. En una carta dirigida al maestro mexicano José Vasconcelos, Andrés Eloy le dice: "Aquí no hay impaciencias por liberación; aquí se es libre porque se está en la escuela, y si la revolución armada que ha de venir no ha de ser sino una prolongación de nuestras clásicas danzas de espadas, preferimos seguir así, en la perfecta libertad de la esperanza". Porque el poeta estaba convencido de la inutilidad de seguir propiciando guerras para alcanzar la democracia.

Los grillos no podían impedir que su imaginación traspasara los gruesos muros del castillo y volara tanto a comarcas lejanas como más allá

del siglo XX. Su poemario *Baedéker 2000* contiene su visión de Venezuela de setenta años después. Allí aparece el personaje de su invención, Juan Bimba, que le nació de su costado cuando una noche se encontraba tendido sobre el suelo desnudo del calabozo. Era un símbolo del venezolano pobre, al que los dibujantes presentarían vestido de blusa, calzado de alpargatas, con un sombrero de cogollo y una hogaza de pan en el bolsillo; pero Andrés Eloy no pensó que fuera siempre así, porque en el mismo poemario figura dos veces Juan Bimba: en la primera estrofa, el de 1930, al que en un poema posterior llamaría Mano Juan, y en la última el del año 2000, primo de un inmigrante. El otro libro suyo escrito en cautiverio es *Barco de Piedra,* reflejo de su sufrimiento y de su rebeldía, como son sus poemas *Los grillos me han hecho callos* y *Presentación mural del hombre honrado.* Del segundo son estos cuatro versos: "Pendejo con palmas académicas, /ni le matas el hambre a nadie, /ni le quitas a nadie el frío, /ni le amparas a nadie el sueño".

El tambor en la cárcel gomecista ponía en tensión los nervios de los recluidos. Teniendo como fondo su redoble, los presos infractores de disciplina del penal eran sometidos al suplicio de los azotes, que no terminaban sino con la muerte del azotado. Andrés Eloy escribió *Pesadilla con tambor,* que es un enunciado de personajes de la dictadura, sin más conexión entre sus nombres que los golpes exasperantes del tambor. Y al mismo compás se van contando los azotes que paulatinamente extinguieron la vida del negro Sebastián González, quien intentó fugarse del presidio. Al toque inclemente de *La Juana Bautista* pasan fugazmente las imágenes de la vida del negro, desde el primer latigazo hasta el "novecientos treinta... / la Juana Bautista regresa del viento / con su falda triste de cocal sin verde".

El 31 de diciembre de 1931 salió Andrés Eloy del castillo, liberado gracias a las gestiones que hizo ante Gómez el coronel Márquez Iragorry, amigo de la familia Blanco (cuando lo ascendieron a general, en 1945, Andrés Eloy le expresó públicamente su agradecimiento). Lo esperaba, para abrazarlo, monseñor Salvador Montes de Oca. Hasta el 11 de marzo permaneció en la cárcel de La Correción, en Puerto Cabello.

De allí marchó a su confinamiento en Timotes, donde vivió completamente aislado hasta el 1º de julio de 1932, cuando su confinamiento fue trasladado a Valera. De su estancia en Timotes data su *Palabreo de la loca Luz Caraballo,* que era una infeliz mujer a quien las privaciones trastornaron su mente y que caminaba entre Chachopo y Apartaderos. En ese sitio se ha erigido un monumento, con una estatua de la pobre mujer que perdió la razón, al pie de la cual están transcritas en bronce las cuatro décimas con que Andrés Eloy glosó una copla paramera.

En Valera encontró amigos y pudo publicar, bajo seudónimo, artículos en el semanario *La Voz de Valera,* acerca de temas generales. El 17 de abril de 1933 regresó a Caracas; pero aquí su actividad estuvo muy restringida: no podía escribir para la prensa ni ejercer su profesión de abogado. Solamente podía hablar de literatura. En 1935 salió de la imprenta un librito suyo de cuentos, *La aeroplana clueca.* Y el 19 de diciembre, dos días después de muerto Gómez, publicó en *El Heraldo* un manifiesto, redactado por él y encabezado con su firma, en el cual se demandaba la libertad de expresión, la democracia mediante el sufragio, reformas en la educación y la sanidad, entendimiento recíproco entre civiles y militares, y garantías para la actuación política.

Ese mismo día visitó en Maracay al presidente encargado, general Eleazar López Contreras. Le pide regresar cuanto antes a Caracas, porque en esa ciudad reinaba una inquietud soterrada. El día 20, sepultado el general Gómez, torna López Contreras a la capital, cuyo gobernador es reemplazado, y ordena la libertad de los presos políticos. Al contrario de Gómez, quien no habló en público sino una vez, López Contreras empieza a utilizar la radio, desde la cual, con su ronca voz, hace famosa su consigna de "calma y cordura". Sin embargo, una ola de incendios, asesinatos y saqueos se extiende por toda la República, ante la indiferencia de las autoridades. "Roben, pero con orden" les decía un sargento de la policía a los saqueadores de Caracas. López Contreras, haciendo uso de la calma que predicaba, inició el tránsito hacia la democracia y mandó a las Antillas a la familia del dictador en un buque de guerra. El fiero Eustoquio Gómez, que pretendía heredar

el poder de su primo, es muerto de un balazo en la gobernación de Caracas. Y desde su exilio comienzan a regresar los opositores, entre éstos Jóvito Villalba, que se hallaba en Trinidad, y Rómulo Betancourt, que estaba en Costa Rica.

El nuevo ministro de Obras Públicas designa a Andrés Eloy como jefe de servicio de su gabinete. En su casa, que es la de su madre, situada ahora en la urbanización El Paraíso, se reúnen los que buscan un cambio; pero el foco revolucionario tiene su sede en la Federación de Estudiantes de Venezuela, que ha nombrado secretario general a Jóvito Villalba, un incomparable orador de masas.

El "quinquenio socarrón" denominaron los izquierdistas al gobierno de López Contreras, quien soltaba por un lado y apretaba por el otro. Prometía irrestricta libertad de prensa y simultáneamente ordenaba a los presidentes de estado crear juntas de censura; mandó a demoler La Rotunda, que era la Bastilla del gomecismo, pero al mismo tiempo giró instrucciones para encarcelar a los agitadores, a quienes calificaba de "malos hijos de la patria"; y concede su licencia para que Andrés Eloy sepulte en el mar los grillos amontonados en el castillo de Puerto Cabello. De su sepultura marina no volverán a las prisiones venezolanas los hierros infamantes. Desde un lanchón fueron arrojados al mar, y he aquí cómo finalizaba la descripción de la ceremonia según el periodista norteamericano Tomás Rourke:

"En la orilla un hombre habla al pueblo. Es joven y parece viejo. Es delgado y moreno, de carrillos hundidos y elevada frente y tiene los ojos sumidos y ardientes de un poeta y fanático. Sus tobillos están marcados con cicatrices y sus pulmones casi consumidos. Es Andrés Eloy Blanco, que terminó sus palabras a sus compatriotas así: –Hemos arrojado los grillos al mar. ¡Y maldito sea el hombre que llegara a fabricar nuevos grillos y a colocar un anillo de hierro sobre la carne de un hijo de Venezuela!".

Angelitos negros **en 1936**

Para febrero de 1936 han regresado a Venezuela los viejos opositores de Juan Vicente Gómez, algunos de los cuales habían puesto un signo de igualdad entre el régimen y los andinos, olvidando a los tachirenses, trujillanos y merideños enemigos de la tiranía y sin haber aprendido que había una clase obrera en los campos petroleros y en unas industrias incipientes; que Gómez había dejado solvente el tesoro nacional; que había construido la carretera trasandina, y que por la fuerza había pacificado el país; aunque no era la suya la paz de los sepulcros, porque una clase media se asomó a la política a través del postigo que abrieron los estudiantes de 1928, y un pueblo que estuvo acorralado durante veintisiete años salía ahora a las calles para hacerse oír. Primero fueron los disturbios y el pillaje; después fueron los tiros que dejaron muertos y heridos en la plaza Bolívar, disparados en la mañana del 14 de febrero, cuando el pueblo respaldó la protesta contra la censura de prensa que impuso el gobernador Galavís. Andrés Eloy vio a una mujer mojarse las manos con la sangre de un herido y escribir "asesinos" sobre la pared de la gobernación. Él mismo escribiría nueve años después: "La manifestación de la tarde, organizada con rapidez asombrosa, es obra ante todo de la Federación de Estudiantes, y en

esa organización se le dio el más alto y noble sentido a la presencia del pueblo. Venezuela no ha presenciado jamás nada más solemne y lleno de conciencia que ese desfile".

Los viejos políticos que venían del destierro buscaron acomodo en el gobierno de López Contreras, puesto que la oposición cayó en las manos de los jóvenes izquierdistas, quienes empezaron a dividirse a partir del 14 de febrero. Los más radicales criticaron que los dirigentes de la manifestación no exigieran la disolución del Congreso y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Lo que obtuvo Jóvito Villalba del presidente fue la eliminación de la censura y el nombramiento de un nuevo gobernador. Aunque él contaba con un abrumador respaldo popular, la única organización política existente era la Federación de Estudiantes, que no habría podido enfrentarse al ejército heredado de la dictadura y que se mantenía intacto. ¿Habría consentido éste que se reuniera una Constituyente elegida por el pueblo y, por tanto, desbordante de izquierdistas? López Contreras estaba consciente de que ello significaría el final de su gobierno y decidió, en su propósito de democratizarlo, designar ministros extraídos de ORVE, como Alberto Adriani, para Agricultura, y Rómulo Gallegos, para Educación. Al primero Betancourt le sirvió de secretario durante unos días; con el segundo colaboró Mariano Picón Salas. Quien escribía los editoriales del semanario *ORVE* era Andrés Eloy. De su lectura quedaba en evidencia la naturaleza ecléctica de aquella organización política, en la cual los liberales cohabitaban con los socialistas. El plan económico de López Contreras, preparado por los merideños Alberto Adriani y Caracciolo Parra Pérez, se llamó el "Programa de Febrero" y cosechó el aplauso de la izquierda en general y de Jóvito en particular. Andrés Eloy lo comparó con el Programa de Lázaro Cárdenas en México, y como el poeta fue adscrito al área de la educación y de la defensa nacional, en el mitin de ORVE del 12 de abril, celebrado a las diez de la mañana en el circo Metropolitano, le dice al Juan Bimba de su creación: "Ten fe en nosotros, que estamos en la vela de tus cicatrices, heridos de tus dolo-

res, clavados en tus cruces, jugados a tu carta y embarcados en promesa solemne con la esperanza o la angustia de tu destino".

No del político sino del juglar que también fue Andrés Eloy son estos versos relativos a la jornada del 14 de febrero, que aprendieron de memoria los venezolanos, incluyendo los analfabetos:

"Cuando Juan Bimba era sute
le dio puntá de costao,
le dio calentura'e pollo,
le dio sarampión morao
y el doctor le recetó
quinina con bacalao.

El 14 de febrero
se echó el cogollo de un lao,
cogió su guacharaquita
y el porteño encabullao.
Lo trajeron de la plaza
con el pecho atravesao".

El 19 de abril de 1936 iba a reunirse el Congreso. Los comunistas lo objetaron, por considerarlo el mismo de Gómez; Betancourt lo aceptó "con el pañuelo en la nariz"; pero cuando se reunió no resultó tan gomecista, porque decretó confiscar los bienes del extinto dictador, sancionó la Ley del Trabajo y la de Hidrocarburos, y el 25 de abril nombró presidente de la República al general López Contreras. Éste había inducido a los concejos y a las Legislaturas de los estados a renovar las listas de diputados y senadores. El parlamento ya no era gomecista sino lopecista.

La izquierda integró el llamado "Bloque de Abril" para enfrentarse a los poderes Legislativo y Ejecutivo; pero el presidente se defendió haciendo concesiones, por un lado, como cuando acordó fundar el Banco Central y el Instituto Pedagógico y traer para éste profesores chile-

nos, así como patrocinó que su ministro Gallegos presentara un avanzado proyecto de Ley de Educación, y por el otro, propuso la denominada Ley Lara, destinada a reprimir las manifestaciones públicas: si éstas no se dispersaban al tercer toque de corneta, las fuerzas del orden estaban autorizadas para hacer fuego. Andrés Eloy dijo que esta ley era inconstitucional tanto en la letra como en la música.

La proyectada Ley de Educación y la traída de los profesores chilenos tropezó con el violento rechazo de la Iglesia, que en *La Religión* declaró: "Haremos todo esfuerzo para que no se descristianice la patria por maestros laicizantes, acatólicos, ateos, sean venezolanos o extranjeros". En la Federación de Estudiantes pidieron actualizar el decreto de expulsión de los jesuitas, y los estudiantes católicos, liderados por Rafael Caldera, se retiraron y fundaron la Unión de Estudiantes. Se vivía la época del enfrentamiento mundial entre el comunismo y el fascismo, que hizo crisis en la guerra civil de España, y la Iglesia venezolana estaba recibiendo la influencia de la Falange española. Picón Salas, quien había estudiado en Chile, se sobresaltó ante aquel "furor de endemoniados" que dominó el año 36 y al fin abandonó las filas de ORVE junto con Adriani, para formar parte del gobierno, el primero como ministro de Agricultura y de Hacienda, sucesivamente, y el segundo como representante diplomático en Checoslovaquia. Andrés Eloy veía claramente que la virulencia izquierdista empujaría al presidente hacia la derecha y no creía en la rotunda apreciación de Miguel Acosta Saignes de que "la revolución está en marcha y no es con palabras que ha de contenerse". Él habría preferido moderar los arrebatos de quienes se imaginaban que López Contreras era un Kerensky que había sucedido a un zar depuesto y que lo procedente ahora era pasar a un segundo acto que derribara al régimen burgués. Pero, ¿cuál burguesía? ¿Cuál líder proletario que ocuparía el lugar del Kerensky-López Contreras? ¿Y qué otra cosa, sino palabras, tenía en su acervo la revolución "en marcha"? Pero Andrés Eloy no se espantaba como Picón Salas. Con paciencia había sobrellevado más de tres años de cautiverio y con paciencia seguiría en las filas de unos jóvenes, doce años

menores que él, que poco a poco entenderían las limitadas posibilidades de una revolución en un país atrasado. Además, esos jóvenes estaban penetrados de una abnegación que él no encontraba en las huestes contrarias. Un político despojado de toda ambición personal, como Andrés Eloy, tenía que ubicarse en la barricada de los desprendidos e intrépidos. Y estas cualidades las percibió también el levantisco pueblo caraqueño.

Por haber comprendido la política de equilibrio que seguía López Contreras y porque el gobernador designado por éste después del 14 de febrero había sido camarada suyo en el castillo, Andrés Eloy acompañó al general Elbano Mibelli en su toma de posesión de la gobernación de Caracas. Tampoco perdió la confianza en sus compañeros, cuando los vio convocando la huelga general de junio, que estalló en las principales ciudades y que duró cinco días, sin lograr sus objetivos de derogar la Ley Lara y el inciso sexto que proscribía el comunismo, ni que se disolviera el Congreso, por lo cual Betancourt la calificó de derrota; pero Andrés Eloy la estimó favorable, porque el pueblo aprendió de ella. Rómulo Gallegos, por su parte, buscaba la conciliación. "Recibió del presidente López –escribe Gonzalo Barrios– la misión de mediar y ofrecer concesiones. Actuó con lealtad creyendo en el buen éxito de sus gestiones y me utilizó como emisario. Pero su gestión no obtuvo resultado alguno, por la intransigencia sin asidero de los dirigentes de la huelga". El novelista salió del ministerio, el gobierno lanzó al exilio a 47 "comunistas" (no lo eran sino algunos) y la democracia experimentó un retroceso de tres años.

El juicio optimista de Andrés Eloy lo hallamos al comienzo de su *Carta a Juan Bimba*. Él se ha dado cuenta de la necesidad de un programa y de que el partido que lo sostenga debe definir su ideología, que no puede ser el liberalismo de los partidos tradicionales, ni el comunismo sostenido por una fracción de la izquierda. Su persistente reclamo de inmigración para Venezuela se frustraría si a los inmigrantes no los atrajera el señuelo de la propiedad privada, y su apreciación sicológica del venezolano lo induce a pensar que a éste no le satisface

el simple bienestar material. La reivindicación comunista no pasaba de la pura economía, y esto lo refutó Andrés Eloy en 1936 y en el discurso que pronunció la víspera de su muerte.

Luego pide tomar enseñanzas de la revolución mexicana y del programa presidencial de Lázaro Cárdenas: protección al obrero y a su sindicato, escuela laica, elecciones libres, defensa de la riqueza petrolera y, sobre todo, entrega en propiedad al agricultor de la tierra que cultiva. Es el programa personal de Andrés Eloy Blanco que coincidirá con el planteado por el nuevo secretario general de ORVE, Rómulo Betancourt, en una segunda etapa que se inicia el día 11 de julio.

La primera mitad del año 1936 ha sido agotadora para el poeta. En busca de descanso viaja a su tierra, que lo recibe "entre delirantes exclamaciones de júbilo" y lo acompaña hasta la estatua de Sucre; sube al pedestal, "se vuelve hacia su pueblo y le grita: –Felices los pueblos que no se olvidan de sus hijos. Afortunados los hombres que no se olvidan de su pueblo".

De vuelta a Caracas, aceptó el cargo de Inspector de Consulados ofrecido por el canciller Esteban Gil Borges. Sus amigos lo obsequiaron con un banquete de despedida y se embarcó para Nueva York, con escalas en Trinidad y Cuba. En Montreal reanudó su amistad con José Rafael Pocaterra. Conoció en Nueva York al compositor cubano Eliseo Grenet, autor de *Mamá Inés,* quien musicalizó *Trago Largo*, y celebró la última noche de 1936 en la casa de su compatriota Héctor Mago Rodríguez. Éste relata la velada y cuenta algo que siempre sucedió cada vez que el poeta asistía a una tertulia: el embeleso con que escuchaban los circunstantes.

Fue dentro del maremágnum de aquel año que Andrés Eloy escuchó un diálogo entre una mujer del pueblo y su compadre, que le oprimió el corazón. Lo traslada a una estrofa del poema que daría la vuelta al mundo, *Píntame angelitos negros:* "–Se me murió mi negrito; / Dios lo tendría dispuesto; /ya lo tendrá colocao /como angelito del cielo./ –Desengáñese, comadre, que no hay angelitos negros". Al oír aquella conversación, el poeta eleva su queja contra el "pintor sin tierra en el pecho".

Su dolor de hombre integrado plenamente a la suerte de su pueblo, es un reclamo al artista que mira su arte sin pensar que podría interesar a los demás si él se interesara en ellos, pero así mismo lo dirige a cualquier hombre que se reduzca a su propio oficio, su propia familia o su propia opinión. Junto al reclamo queda la esperanza a la cual la infinita bondad del poeta jamás renuncia: que "aunque la Virgen sea blanca", al cielo entren ángeles catires, morenos, blancos, indios y negros.

Durante su ausencia, en octubre de 1936 se constituyó en Venezuela el Partido Democrático Nacional, y el gobierno, por su parte, envió varios opositores a la cárcel; Mibelli ilegalizó a ORVE, a la Federación de Estudiantes y a las organizaciones obreras; el 10 de febrero la policía mató en la universidad al estudiante Eutimio Rivas, nativo de Santa Cruz de Mora, y la Corte Federal y de Casación anuló la elección de Gonzalo Barrios como senador y de Jóvito Villalba, Raúl Leoni y Juan Oropeza como diputados.

Andrés Eloy regresó el 27 de febrero. El 3 de marzo habló en La Guaira, con motivo del "día de Vargas", presidente civil en 1835, derrocado por una conspiración militar. Al anhelo colectivo de tener un presidente civil se refiere el orador: "La hora de Vargas está esperándose a sí misma en un viejo reloj, entre un minutero de angustia y un horario de esperanza. Hoy asistimos al comienzo de un proceso semejante al de 1834. Fenece un ciclo militar atropellante; comienza una etapa de transición que, históricamente, debe conducir en el próximo período constitucional a la hora de Vargas, a la consagración del poder civil".

Y como Vargas fue un reformador de la universidad, a ésta fue Andrés Eloy en la preparación de su discurso, donde contempló la estatua del sabio: "Sobre el pedestal, la estatua es un náufrago sobre una piedra". Y aludió a dos Rivas: José Félix, que dirigió a los universitarios en la batalla de La Victoria, en 1814, y a Eutimio, que acababa de ser asesinado, hecho éste que convenció al poeta de que debía regresar del exterior.

Andrés Eloy colaboró en la elaboración del periódico estudiantil, y el 14 de mayo asistió al teatro Municipal para clausurar el acto en que

la nueva directiva de la Federación de Estudiantes tomó posesión, sin importarle el decreto de ilegalización del gobernador.

Betancourt burla la orden de expulsión que lo incluye a él y se esconderá por espacio de tres años para dedicarse a la organización del Partido Democrático Nacional. Con el apoyo de éste, Andrés Eloy lanza su candidatura para concejal por la parroquia San Juan, la más popular de Caracas, y sale electo junto con catorce dirigentes de la izquierda, frente a ocho concejales partidarios del gobierno. Llegará a presidir el ayuntamiento; estudiará la doctrina más novedosa en materia municipal; se enfrentará al presidente de la República, que había prometido la autonomía del municipio; se peleará con su antiguo compañero de cárcel, el gobernador; les enrostrará su ignorancia sobre el tema municipal a los magistrados de la Corte Federal y de Casación; redactará una ponencia que hace recordar al Alcalde de Zalamea, ya que es un modelo literario, y la enviará al Primer Congreso Panamericano de Municipios que se reúne en La Habana del 14 al 19 de agosto de 1938; escribirá la historia de los cabildos, primero en España y luego en América; insurgirá contra la ley que hace aprobar López Contreras para castrar el fuero autonómico del municipio, y cuando le atan las manos para manejar dinero, él lo manejará; cuando le impiden plantear en la calle los problemas municipales, él los planteará en la plaza pública y en la prensa; cuando quieran que no controle la especulación, él la controlará; cuando le digan que la reglamentación en las escuelas no es de su incumbencia, él la reglamentará. Si la autonomía municipal ha quedado fuera de la ley, él será la ley que la imponga.

Desde los voceros de la Iglesia tildaron a Andrés Eloy de comunista y ateo. No se amilanó por ello e impuso correcciones a los religiosos que aplicaban el castigo de arrodillamiento en el colegio San José del Ávila. Para defenderse de ataques personales, comprobó el plagio cometido por un articulista que copió sin comillas párrafos enteros de una novela de Víctor Hugo. Le imputaron el vicio de ebriedad y el doctor López Borges lo mencionó entre los beneficiarios de la tiranía gome-

cista. A lo primero contestó: "Cierto es que la vida es buena de gozarla y la hemos gozado lo bastante como para contarla en la vejez. Pero cada vicio que perdamos será un arma que le quitemos al enemigo". A lo segundo respondió con indignación, no por la arremetida contra él, sino porque en la lista de los "sostenedores de Gómez" el acusador incluyó al coronel Rafael Vargas, quien estuvo veinte años preso bajo la dictadura. Así terminó su réplica Andrés Eloy, "El doctor López Borges se benefició del gomecismo; se benefició, como tantos, de la quietud, de la tranquilidad que a su indiferencia total le proporcionaba aquella paz terrible. Los hombres que no protestan son deudores eternos de los que engrillan las protestas". Siendo concejal, estuvo dos semanas en la cárcel del Cerro del Obispo, enjuiciado por la comandancia de la policía.

En diciembre de 1938 vuelve Andrés Eloy al Concejo, elegido por la parroquia Sucre. De acuerdo con la ley entonces vigente, el Concejo lo elige diputado en febrero de 1939, y simultáneamente él sostiene una batalla legal para que el gobierno reconociera un partido, el primer PDV, que era un disfraz del clandestino PDN. Éste, que al principio cobijaba en su seno a comunistas, gente de ORVE y el bloque que dirigía en Maracaibo Valmore Rodríguez al ser desterrado Jóvito Villalba, pasó a ser dirigido por Rómulo Betancourt, quien lo organizó desde sus diferentes escondites. Betancourt escribía una columna diaria en *Ahora* y en altas horas de la noche se reunía a menudo con los parlamentarios miembros del partido, entre éstos Andrés Eloy, disfrutando de paso del ingenio y la gracia con que el poeta aderezaba su conversación.

El PDN, aunque enfrentado al gobierno, reconocía en éste varias medidas que irritaban a la derecha, como la vigilancia de los bancos, la aplicación de la Ley del Trabajo, la rebaja de los alquileres, el apoyo esporádico en el Congreso a algunas iniciativas de los pedenistas, así como el control de precios. Sobre esto último, Andrés Eloy dirigió una carta al presidente de la República en la que explicaba el sentido de un vocablo con el que él calificara a los especuladores: comemuertos. Y lo asoció a un personaje de Víctor Hugo, Thenardier, "aquel emboza-

do que se arrastra por la llanura nocturna y tibia aún de vida recién cortada. Ingleses, franceses, prusianos, bávaros, todos son iguales: todos son buena presa para el vampiro que repta de muerto en muerto, registrando bolsillos. Thenardier hace su negocio en francos, en coronas, en táleros, en guineas; todos los muertos contribuyen. Thenardier es el cobrador de los 'derechos del frente de batalla'".

En abril de 1939 el presidente López Contreras demanda una tregua en la lucha política ante la inminencia de la segunda guerra mundial. Los comunistas exigían neutralidad, siguiendo la posición adoptada por Stalin como consecuencia del pacto germano-soviético. El PDN, en cambio, consideraba desde un comienzo que el enemigo era Hitler y no Roosevelt.

Para conmemorar el aniversario de la batalla de Carabobo, Andrés Eloy pronuncia en el Congreso el discurso que demanda leyes, "pensando en que por los llanos enfermos va la patria; en que por allí, por cualquier rincón de Venezuela, pasa una virgen vieja que está esperando un varón que la fecunde. Leyes que vayan diciendo a la gente que ya no pensará la mujer que tiene una ilusión de maternidad cuando mira contemplativa su preñez de lombrices".

En un debate memorable que tuvo lugar en la Cámara de Diputados el 4 y el 6 de julio de 1939 hubo legisladores como el joven Pedro José Lara Peña que, al considerar el proyecto de Ley de Educación presentado por el Ejecutivo, pidieron la enseñanza religiosa en las escuelas. Andrés Eloy se opuso. El final del debate se convirtió en un contrapunteo entre los dos diputados. Lara Peña afirmó: "el diputado Andrés Eloy Blanco ha sido el primero en traer a la Cámara a colación la 'decapitación' de la Ley de Arrendamiento y la Ley de Reforma Agraria, cosa que no viene al caso, porque nada tiene que ver con una ley de educación". Andrés Eloy respondió, "Hay una inmensa mayoría en Venezuela de cristianos. ¿Por qué no nos guió el mismo criterio cuando tratamos de otras leyes? ¿No será inmensa la mayoría de venezolanos sin pan, sin tierra, sin casas en qué vivir? Aquí vino una Ley de Arrendamientos; aquí vino una Ley de Reforma Agraria. Es necesario pensar

en la inmensa mayoría de venezolanos que las estaban reclamando. Sin embargo, no pasaron. Mientras le estamos buscando un rincón en la escuela al niño religioso, no le hemos dado un rincón en el hogar a la madre de ese mismo niño. ¡Qué ancha es la tierra de Venezuela, y sus pocos hombres andan por allí buscándola, y no se la hemos dado! Y, sin embargo, queremos que sean cristianos. Demasiados cristianos son esos hombres, demasiada resignación tienen".

El poeta fue sorprendido por su antagonista en una ligereza; pero he aquí cómo salió airoso. Escuchemos a Lara Peña: "Ha dicho el diputado Blanco, como argumento específico contra la enseñanza religiosa, que la educación es un servicio público y que, habiendo contribuyentes que no son católicos, no se debe dar enseñanza religiosa. Este es un argumento bastante baladí, bastante inconsistente. Los servicios públicos se hacen casi siempre para las minorías, así es la verdad. Siempre un hospital para tuberculosos se hace para una minoría exclusiva de tuberculosos. Hay contribuyentes que no son tuberculosos y, sin embargo, tiene el Estado que dar hospitales a los tuberculosos". Y la respuesta de Andrés Eloy: "...Estoy absolutamente, polarmente en contradicción con esa doctrina: los sanatorios son para las mayorías, esto es, para curar a las minorías y prevenir a los sanos del contagio de los enfermos".

Los contrincantes pusieron punto final a su enfrentamiento con las dos frases siguientes. Lara Peña: "El diputado Pietri, que ha vuelto a alegar el argumento de la inconstitucionalidad, ha dicho que es inconstitucional porque sí, porque es inconstitucional: será porque le da la gana, pero no por otra cosa". Andrés Eloy: "Ciudadano presidente: Quiero decir algo a usted solo, algo confidencial, y es lo siguiente: hay dos cosas ruidosas... y lidiosas, un automóvil viejo y un diputado nuevo".

La discusión revivió en el Congreso el 15 de julio de 1940, en sesión de ambas cámaras. Aquí pronunció Andrés Eloy un discurso que ha sido muy citado por los que han escrito sobre el llamado culto a Bolívar: "Se ha citado mucho a Bolívar; pero Bolívar sirve para todo... A

Bolívar no se puede citar sino con cuidado... Bolívar sirve para justificar un acto de represión. El Bolívar de 1828, llevando al arzobispo de Bogotá como miembro del Consejo de Estado, es un dictador en pleno ejercicio de la dictadura; y el Bolívar de 1830 ya no es sino el desprendimiento del creador amargado por la creación. Pero Bolívar es oceánico. Es el árbol: el que quiera una fruta para darle qué comer a alguien, allí está Bolívar frutal; el que quiera una estaca para darle golpes a un yangüés, allí está Bolívar con ramazones; el que quiera una cruz para clavar a alguien, allí tiene a Bolívar con sus ramas cruzadas; el que quiera una flor para adornar la frente de la patria, allí está Bolívar florecido, y el que quiera una sombra para esconderse y ocultar una trampa o disparar un perdigón sobre algún incauto pájaro electoral, allí está Bolívar frondoso".

Con un animado fruto de su ingenio se acercó al término de su discurso: "Yo quiero recordar, antes de terminar, un pequeño poema o trabajo literario que escribí y que cuenta cómo un pobre viñador celebraba en su casa la Pascua del Cordero. Era la noche de navidad; tenía la mesa puesta; traía vino exprimido recientemente de su viñedo. Y entonces llegaron por allí unos ángeles traviesos (ésos eran los que iban a salvar; ésos son los de ahora; ésos son los que van a salvar, a cristianar y a convertir). Estos ángeles llegaron, y Jesús los estaba vigilando. Se les ocurrió a los ángeles derramar el vino: se llevaron la jarra y lo tiraron, e hicieron en la jarra lo que acostumbran hacer los niños para mojar sus sueños. Y entonces Jesús, que los veía, les dejó ir; la mesa se sirvió, todos comieron y todos encontraron delicioso el vino del viñador. Y era que Jesús había hecho el milagro: había convertido aquello en vino. Pero resultó que entonces se hicieron inaguantables los angelitos: se paseaban orondos, orgullosos, porque ellos creían que eran ellos los que daban vino como las uvas del viñador".

En el barrio caraqueño de Catia se celebró la convención nacional del PDN, el 27 de septiembre de 1939. Cuarenta delegados de todo el país aprobaron su programa, que iba precedido de un análisis de la sociedad venezolana más preciso que el de tres años atrás, cuando el

partido era todavía confuso en su conformación, pues coexistían en él socialistas democráticos y comunistas. El extremismo que distinguía a estos últimos en 1936 fue reemplazado en 1939 por obra de la nueva política de frentes populares adoptada por la III Internacional, en un llamado a todas las clases para combatir el gomecismo. El llamado de los pedenistas iba dirigido a los trabajadores urbanos, dentro de los cuales distinguía al obrero del artesano, a todos los cuales convocaba junto con las clases medias y a los industriales que apenas se iniciaban, para luchar contra los latifundistas, los banqueros y los comerciantes exportadores. Se reconocían los avances alcanzados bajo el gobierno de López Contreras; pero se enfatizaba sobre la reforma agraria, la anulación de los contratos petroleros viciados y la extracción de mayores recursos de la riqueza petrolera.

En el parlamento, el vocero principal del PDN era Andrés Eloy. López Contreras propuso una nueva Ley de Elecciones, resuelto como estaba a no sufrir una nueva derrota en las urnas. Además del aspecto legal (en lo cual también colaboró el contratado), el gobierno contrató los servicios del doctor Juan Francisco Franco Quijano, nacido y educado en Colombia pero con partida de nacimiento merideña, cuyos antecedentes eran de hombre culto, conocedor de varios idiomas, entre éstos el latín, poeta y autor de libros filosóficos y literarios, abogado en ejercicio en Santa Cruz de Mora y Tovar, y un técnico electoral muy marrullero. El que llevó la batuta contra la Ley de Censo Electoral fue Andrés Eloy, quien la llamó "de descenso electoral", por el retroceso que ello significaba, comparada con la legislación anterior.

El Morrocoy **Azul**

En el puente que separa a Venezuela de Colombia firmaron los presidentes López Contreras y Eduardo Santos un tratado que demarcó los límites entre ambos países. El Congreso debía ratificarlo, como en efecto lo ratificó el Senado; pero en la Cámara Baja encontró objeciones. Los diputados pedían mayor información y el Ejecutivo no la suministraba. Ocho años después, en 1949, López Contreras expuso sus razones en un memorando: el gobierno venezolano temía que Colombia emprendiera una guerra para ganar territorio en la Guajira, y el presidente sabía de la inferioridad militar en que se encontraba su país. "Lo que se somete a las armas y se pierde por las armas, no se recupera sino por las armas", escribió López Contreras. El laudo arbitral de 1899 fijaba el río de Oro como línea divisoria; pero este río tenía dos ramales, y cada una de las dos naciones escogía el que más cuadraba a su conveniencia. Cambiando los nombres geográficos, los mandatarios le encontraron solución al problema. Y Andrés Eloy lo explicó en la Cámara con cierta malicia: "Es lo mismo que si en esta Cámara estuviéramos buscando al diputado Montilla, por ejemplo, y una persona opinara que el diputado Montilla es el diputado Montilla, y otros opinaran que el diputado Suárez Flamerich es el diputado Montilla, y

para transarse conviniéramos en que el diputado Pimentel Parilli es el diputado Montilla".

Los roces fronterizos no han faltado después; pero la economía los ha circunscrito a simples patrioterías, porque de un lado y del otro se complementan en sus negocios y los modernos medios de comunicación los han acercado. La misma geografía establece pocas diferencias entre sus habitantes, como lo observó el poeta cubano Nicolás Guillén: "¿Quién podría saber nunca en qué parte está el límite verdadero entre dos pueblos próximos que se saludan de viva voz a cada instante y se ven las caras de continuo, como huéspedes de una misma pensión?". Lo que había que hacer lo vio Andrés Eloy con claridad. "Hay muchas fronteras espirituales que romper, hay muchos ríos que hacer desembocar en el río del otro, para que sea una misma el agua".

López Contreras, quien ganó en el interior del país las elecciones municipales del 27 de septiembre de 1940, calmó los ánimos de los que temían que su período presidencial finalizara en 1943, al fijar como término de su mandato el 19 de abril de 1941. Él quería que su sucesor fuera el doctor Diógenes Escalante; pero los viejos generales exigían que el candidato fuese militar y tachirense. Estos requisitos los reunía el general Isaías Medina Angarita, cuya designación quedó asegurada, pues le correspondía al Congreso. Betancourt regresó de Chile, después de haber cumplido su condena de destierro, y aprovechó la oportunidad para lanzar la candidatura simbólica de Rómulo Gallegos. Simbólica, porque no tenía posibilidades de triunfar; pero muy real, porque le permitía legalizar y consolidar su partido. El gran propagandista de esa candidatura fue Andrés Eloy. Doce artículos publicó, que son la parte principal de su librito *Navegación de altura*. En él contempla el predominio militar en la historia de su país. Pasada la independencia, los guerreros "regresaron a la paz, ganosos de gobernar... Para esos hombres, las cicatrices eran rendijas de alcancía por donde había que echarse el patrimonio rescatado de España". Consideraba que el general Medina había superado el viejo militarismo, por su respeto a las instituciones civiles; pero temía que la nación recaye-

se en el desenfreno de los militares. Éste era un punto de apoyo para sustentar la candidatura de Gallegos, quien además era un maestro de escuela, pues la carencia fundamental del venezolano radicaba en su pobre educación. Y agrega que antes de que los partidos proclamaran sus plataformas políticas, el único programa era *Doña Bárbara*, entre cuyas "hojas viene la realidad dolorosa de la tierra".

"No sonrían los maliciosos suponiendo que trato de proclamar, en un sentido estrictamente político, que una novela puede ser un programa de gobierno. Hablo en el sentido metafórico, que es la primera expresión de los sentimientos humanos. El primer lenguaje de los grandes pueblos ha sido el lenguaje simbólico; la voz egipcia se eterniza en imágenes; el nombre de las cosas chinas se creó por comparaciones. Y en tal sentido, en espera de un programa político, hago énfasis en la tesis social que representa la más grande novela venezolana".

Caracas nunca había oído un discurso como el que escuchó de labios de Andrés Eloy el 5 de abril de 1941, en el Nuevo Circo: "Lírico sería Gallegos si creyera que tiene noventa y nueve probabilidades de ser presidente de Venezuela. En cambio, el gran significado pedagógico de su candidatura no es ningún lirismo, sino la única realidad que conserva la esperanza civil de este pueblo". "Pero a un hombre como éste, cuya candidatura ha sido alzada sobre los lomos de los caballos llaneros, ¿se le puede llamar oportunista? Si Venezuela no lo sabe, un día lo sabrá. Los que acusan de oportunista piensan que todos deben ser como ellos; no piensan en que pueda haber un hombre que se entregue a la lucha sin anhelos de poder o puestos públicos y que sea candidato a la presidencia de la República sin probabilidades de serlo, y que arrostre la escasez no por vencerla, sino por ti, patria doliente, de la madre sin paz y el hijo enfermo".

Al subir Gallegos a la tribuna, reafirmó la opinión de Andrés Eloy: "...habiendo aquí una lección que dar, es natural que se haya echado mano de un maestro. Que de la honradez de mi anterior docencia pueden dar fe quienes, habiendo sido discípulos míos, no salieron de allá ni corrompidos ni desorientados. Y por aquí andan". Los que esta-

ban con él en el podio eran Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, Raúl Leoni y Andrés Eloy Blanco.

El título *Navegación de altura* aludía al propósito pedagógico de Andrés Eloy de apartar la política de bajezas, y en esto también él era un maestro. Fue el motivo que lo indujo para no tomar en serio la referencia a la deslealtad de Rómulo Gallegos que sugirió el escritor Enrique Bernardo Núñez, por haber acudido Gallegos a una reunión de los candidatos presidenciales en la casa de López Contreras, después de la elección.

Para alcanzar la legalidad, el PDN acudió primero al gobernador de la capital, quien exigió responder a un cuestionario en el que se preguntaba a los solicitantes si deseaban abolir la propiedad privada y la familia. Respondieron que no. El partido tuvo que cambiar de nombre. Así fue como el acta constitutiva de Acción Democrática se firmó el 11 de mayo de 1941 y adoptó como color emblemático el blanco. "Es el símbolo de la pureza y la honestidad –dijo Andrés Eloy– y, además, ése es mi apellido". Pero se considera como fecha de su fundación el 13 de septiembre de 1941, que fue la de su primer mitin. Aquí Andrés Eloy contó un chiste, para ilustrar la necesidad de cultivarse: "Mi parábola del turco, el chino y el loro. El compañero Montilla, que en este caso es el chino [así lo llamaban] tenía un loro en El Sombrero... El chino no le enseñaba nada al loro ni se preocupaba por él; lo tenía amarrado. Los compañeros le decían: 'Pero, bueno, ¿por qué no le das un poco más de libertad?'. Y Montilla les respondía, 'Es que es muy bruto. Cuando aprenda, cuando se instruya, entonces le daré todas las libertades; pero mientras tanto hay que esperar que se prepare'. 'Pero si no le enseñas nada (le decían sus amigos), ¿cómo va a aprender?'. Hasta que un día pasó un turco por allí y le propuso comprarle el loro. El chino lo vendió por cinco bolívares. Al año, el loro hablaba en turco y hasta cobraba en turco. Montilla pretendió comprarle de nuevo el loro, y el turco le pidió por él doscientos bolívares.

—Pero, chico; si yo lo vendí por cinco.

—Sí, pero era un animal muy bruto y éste es un loro que habla en turco y cobra en turco.

—Y bien, ¿para qué quiero yo un loro que hable en turco?–. Y el loro le contestó.

—Ricardo, Para comprar loros a cinco bolívares y venderlos por doscientos.

Eso es lo que ocurre con los valores venezolanos cuando a un hombre de talento se lo llevan, lo adornan y nos lo devuelven más caro".

En Diputados participó en la discusión de más de media docena de leyes, sin contar la "de descenso electoral", sobre la cual tuvo veinte intervenciones, a lo largo de seis sesiones. En una de ellas dijo: "Me he mudado para este micrófono... el más cansado de la Cámara... porque cuando yo me canse, es capaz de seguir solo". Y como remate de su ofensiva contra la ley, declaró: "el pueblo del Distrito Federal que aquí represento, para el cual especialmente se reformó esta ley, tendrá ocasión ahora de librar la más hermosa de sus batallas electorales; porque con esta ley, y con el agente viajero colombiano que trafica en fraudes electorales, ganará sus elecciones".

Su actividad política no le impidió dar recitales, bautizar sus libros de versos, rendir homenaje en representación del Congreso al general José Antonio Páez, saludar en nombre del pueblo a los ganadores en La Habana del campeonato de béisbol y, un año antes, comportarse como crítico literario en la inauguración de un busto erigido al poeta zuliano Udón Pérez, cuya obra poética comprende e ilumina.

En la década de los 40 Venezuela tuvo el gran periódico humorístico de su historial: *El Morrocoy Azul.* Fundado en 1941 por Miguel Otero Silva, insigne humorista, contó entre sus colaboradores a otros memorables cultivadores del género; pero entre ellos hay que destacar a Aquiles Nazoa y Andrés Eloy Blanco. La gracia con que Aquiles Nazoa moldeó sus versos de humor no la ha tenido sino él: su sola forma de versificar, haciendo abstracción de todo otro mérito, es un manantial inagotable de sonrisas, de risas y de carcajadas. En esto nadie alcanzó su estatura. Por su parte, Andrés Eloy fue un humorista de altísimos

vuelos, en verso y en prosa. En sí concentraba las cualidades necesarias. En primer lugar, la compasión, sin la cual no hay humorismo. Cuando un hijo refiere las manías de su madre anciana, a las que, en lugar de reprochárselas, las mira con dulzura y las cuenta a sus amigos con un dejo de comprensión, está procediendo como el más cabal de los humoristas. Éstos no critican: relatan los defectos del prójimo, pero no intentan corregirlos. Eso no tendría gracia: esta tarea no les corresponde. Al contrario, tratan de explicárselos. Con una explicación que, viéndolo bien, no justifica nada. Si el personaje aludido es una figura encumbrada, queda expuesto al mismo nivel de la demás gente, su pedestal se desmorona ante los ojos risueños de los que escuchan o leen. Dicen que no hay grande hombre para su ayuda de cámara. El humorista penetra hasta los trapos íntimos del grave personaje y se solaza en pensar que por debajo de las galas externas hay un ser de carne y hueso que merece su caridad. La enmienda de los pecados la delega en el moralista. A quien sí brinda muy poca compasión es a sí mismo; porque es un hombre sabio que está convencido de que los que transitan por el mundo no van a volverse para mirarlo a él. Fue lo que narró Andrés Eloy sobre la temporada que pasó en el castillo de Puerto Cabello:

"...vivía a la orilla del mar, en un castillo feudal, en la histórica villa de Puerto Cabello, con mi traje azul y blanco a rayas, ...sin pagar luz, sin teléfono ni vendedores que perturbaran mi olímpica haraganería, sir leer La Esfera, *viendo morir para mi deleite a pobres diablos, a miserables Juambimbas que no tuvieron el talento de seguir las enseñanzas de La Esfera, sin afeitarme, enseñando los huesos como cuadra a los decadentes de la generación del* Cojo *–o del Mocho, como quieras–; con una guardia particular a mis órdenes y mirando a mis pies, sintiendo en mis pies, arrastrando con mis pies, la más hermosa concesión minera que pudo gozarse en Venezuela durante el tiempo de Gómez; una mina de hierro que me daba sesenta libras por segundo... En un castillo hay setecientos machos esperando la muerte, y tener que decir en verso que el perrito de la cocinera de Colmenares Pacheco orina agua bendita".*

Al igual que *El Morrocoy Azul*, el tipo de humorismo que puso en boga Andrés Eloy innovó en la materia. Antes de este semanario, los escritores zumbones venezolanos parecían tomar como modelo los artículos de Larra en la prensa española, reveladores de las costumbres de su época, pero demasiado explícitos y, por tanto, muy poco humorísticos. *Fantoches*, de Leoncio Martínez, no escapó de esa práctica.

Estas cualidades del humorismo las señaló Miguel Otero Silva en una conferencia que pronunció en la universidad de Caracas con motivo de unas jornadas que preparó Ángel Rosenblat para el estudio del Quijote. La tercera es la rebeldía. ¿Habrá que insistir en que Andrés Eloy fue un rebelde toda su vida? En *El Imparcial* se rebeló contra los figurones del gomecismo, cuyas jactancias y debilidades él las puso en ridículo. Tenía una opinión piadosa de su profesión de abogado. La autosuficiencia de los curas que, cuando hablan, dicen que la suya es la palabra de Dios (como si Dios hablara tan mal), fue plantada por Andrés Eloy en su justo lugar. Y al leerlo, los venezolanos no aguantaban la risa. Al padre Quintero, que llegó a cardenal, le compuso el siguiente soneto:

"El padre Quintero sueña que los Reyes
hasta sus zapatos traen un obispado,
sueña con tres mulas y con cuatro bueyes
y una mitra encima y un báculo al lado.

Un discurso largo tiene preparado
contra el patronato, contra nuestras leyes;
ya se ve arzobispo, ya se ve mitrado,
con traje morado, como los mapueyes.

Del obispo Méndez lo peor exalta,
la caverna aplaude, la caverna salta,
Pascualito danza la danza de Anitra;

pero en el gobierno la ley es primero,
y se rompió el báculo del padre Quintero
y el padre Quintero se pisó una mitra".

La cuarta cualidad del humorista es la imaginación. De ella hizo gala, no sólo en sus versos y prosas de *El Morrocoy Azul,* sino en sus discursos, como el chiste del loro que le inventó a su copartidario, el Chino Montilla, y el cuento de los angelitos que expelían vino cuando se desaguaban.

La última cualidad es el realismo. Cuando el pretendido humorista se desplaza por las nubes del surrealismo, pone al lector a hacer esfuerzos para dar con la adivinanza, pero no le provoca la menor sonrisa. Por su realismo resulta muy hilarante el cuento de Andrés Eloy, *La gloria de Mamporal* ("ese odio entre Manatí y Mamporal era histórico", explica el autor), como lo subraya el último episodio del relato:

"En la plaza principal de Manatí será inaugurado el 19 de abril el busto del coronel Julio Rondón, héroe nacional, nacido en Manatí y orgullo de las armas llaneras... Mamporal tiene su plaza, pero hasta ahora no se había pensado en utilizarla en otra cosa que en el mercado y el atraque de burros y el paseo solitario de las vacas nocturnas. Cuando más, se podría pensar en erigir un monumento a Bolívar o a Páez; pero ante una gloria 'particular', ante una gloria 'propia', ante una gloria 'de nacimiento', ya no hay nada que hacer".

"El bachiller Mirabal Villasmil, secretario de la Junta, propuso, con el apoyo del dueño de la posada, don Antonio Karam, sirio mamporalense, 'que se discutiera a Manatí la gloria del nacimiento del coronel Julio Rondón, ilustre prócer de la independencia, por existir indicios de que había nacido en Calabozo'. Teobaldo, el partero, rechazó la proposición: –No, hombre, Julio Rondón nació en Manatí; eso lo saben los gatos. Y tienen la fe de bautismo.

Felipe Rada apuntó, tímidamente: –Lo que se podría hacer era probar que Julio Rondón era un pendejo.

—¡Eso no! –terció el jefe civil. –Eso sería ir contra una gloria nacional.

—Entonces no hay más que hablar... ¿Qué se va a hacer?

—Hay una cosa... –insinuó socarrón el viejo Teobaldo.

—¿Una cosa? ¿Y cuál?

—Pues... un busto...

—¿Un busto? ¿De quién?

—Yo no sé. Puede ser de Rojas Paul, de Andueza... Yo no sé. O de Vargas.

—Pero, ¿a quién se parece?

—A nadie. Eso sí que lo puedo asegurar. Tiene veinte años en un rincón del cuarto de mi vieja; no sé cómo vino a dar aquí. Pero lo que sí es verdad es que no se parece a nadie.

–Entonces –exclamó el bachiller Mirabal Villasmil –¡nos hemos salvado! ¡Viva Mamporal! ¡Viva Mamporal! ¡Viva Mamporal!

Teobaldo repitió: –¡Viva Mamporal!

Aquel '¡viva!' en boca del comadrón de Mamporal, sonó como un parto, como el nacimiento de un héroe.

El 19 de abril, a la misma ahora en que los cohetes acogían en Manatí el primer busto del coronel Julio Rondón, el bravo llanero, acá, en la plaza de Mamporal, limpia y soleadita, el jefe civil descorría una sábana blanca y dejaba al descubierto el busto broncíneo de un hombre austero, enfundado en severa vestimenta ciudadana. El pedestal luce una inscripción sencilla y noble: 'Mamporal agradecido a su Benefactor'".

Humorista fue así mismo Andrés Eloy en sus tres columnas periodísticas "Reloj de piedra" en *El Nacional,* "Puerta sin llave" en *El Universal* y "Campanadas" en *El País.* Bajo López Contreras escribía en el diario *Ahora;* pero sus otras tres columnas fueron impuestas por su necesidad de ganarse la vida. Fue su vehículo de comunicación diaria con el pueblo. Sus puntos de vista políticos quedaron de esta manera estampados con la claridad que lo caracterizaba; y muchos recuerdos de su vida y de las personas que conoció corren por las páginas de los tres diarios. De allí la amenidad de sus artículos, que son al mismo tiempo

doctrina y narración. A veces se refiere a problemas de tránsito en la ciudad; a ratos a sus impresiones de viajero por México y Cuba; en ocasiones, al paso de un artista o de una cantante o bailarina, y siempre su pluma es ágil y ligera. Es tan liviano su peso, que vuela por los aires, hasta donde trasporta al lector, que siente el influjo de su cotidiana poesía.

Andrés Eloy era accesible a todos, especialmente a los jóvenes. Un muchacho llamado Miguel Ángel Burelli Rivas lo visitó en su casa de El Paraíso, conversó con el poeta y recibió de él un ejemplar de *Poda,* "con dedicatoria generosa". María Teresa Fernández Menda (luego de Sucre) era alumna del Colegio San José de Tarbes, vecino a su casa; lo esperó en la acera, bajo un sol inclemente, y le pidió su firma para el libro de autógrafos que acababan de regalarle sus compañeras, con motivo de su cumpleaños. En él escribió el poeta: "Un autógrafo con sol para una niña con sal. Caracas, 14 de junio de 1944. Andrés Eloy Blanco". A Ana Teresa Arismendi Melchert le improvisó un romance, dedicado a los ojos de esta quinceañera, un día de 1942 en que un grupo de muchachas caraqueñas fue invitado a la residencia de la pintora Elisa Elvira Zuloaga para que conocieran al poeta. A una secretaria del Congreso, Dilia Merlo, le compuso un poema muy galante, del cual es la siguiente cuarteta: "Ven a ser mi secretaria, /que en la carta que deseo /vas a ser carta y correo, /cartero y destinataria".

Igual que García Lorca, Andrés Eloy comprendía el significado de las corridas de toros: el triunfo de la inteligencia sobre la bestialidad, la derrota del instinto primitivo por una fuerza física más débil pero animada de una agilidad llena de donaire, la sublimación poética sobre la animalidad, elevada en un sentido religioso, la victoria del espíritu sobre la materia. La comprensión de la trascendencia del toreo, en el cual el alma pedestre sólo mira una inexplicable profusión de sangre, era compartida por ambos poetas. Y sucedió que un revistero taurino (Andrés Eloy también lo fue, como lo fueron Uslar Pietri, Otero Silva, Pedro Beroes, Job Pim y muchos otros, y hasta escribió en España un novelín titulado *El amor no fue a los toros)* comentó en su

crónica que el hijo del "fenomenal" matador de toros Juan Belmonte, por haber resultado ser un mal torero, "salió más a la madre que al padre". Andrés Eloy se dolió de la incomprensión, máxime cuando él siempre hizo un culto de la madre, y en un artículo del 23 de marzo de 1945 preguntó y respondió: "¿Están seguros de que Juan Belmonte tiene más valor que su esposa? ¿Cuántas pruebas de valor tienen todas las madres, superiores al riesgo del torero en la plaza? ¿Cuánto heroísmo oscuro llevan ellas, sin trajes de luces, sin oro ni seda, sin tardes de gloria, sin paseos en hombros, sin capitosa embriaguez de muchedumbres? ¡La esposa de Juan Belmonte! ¡La mujer del más andaluz, del más temerario, del más trágico de los lidiadores! ¡La esposa de Juan Belmonte! La compañera del moribundo a plazos, la socia de la muerte, porque con la muerte compartía el señorío y el matrimonio. Belmonte era de ambas, de ella, la esposa, y de la otra, a la que galanteaba tarde a tarde. ¡Cuántas tardes, arrodillada ante la Esperanza de Triana, esa mujer esperó la vuelta del torero sin miedo! ¡Cuántas tardes sin saber si vendría sobre los hombros sentado o sobre los hombros tendido! Ella le ganó a la muerte una pelea de años. Mientras en la plaza, los miuras, los palhas y los murubes se llevaban en los pitones el rosario de alamares arrancados a la chaquetilla, ella estaba con su rosario en los dedos. Y después, el hijo, que iba a ser torero. Y sin descanso, el toro y la muerte, cerrándole las puertas de la dicha, mientras ella, más que su marido y que su hijo, va toreando la vida con el capote de la angustia. -Madre del mal torero, mujer del gran torero. Más valiente que ellos, ante la Virgen de la Esperanza, vive en un largo pase de rodillas".

La mezquina **realidad**

Las primeras elecciones que se celebraron durante el régimen del general Medina produjeron un resultado inverso a la victoria obtenida por la izquierda en los anteriores comicios. Ahora quien obtuvo quince concejales fue el gobierno, contra tres de Acción Democrática, dos comunistas, un partidario de Jóvito y un independiente que aceptaron todos los izquierdistas: Alberto Ravell. El técnico electoral Franco Quijano, a quien Andrés Eloy propuso devolverlo a Colombia a cambio del río de Oro, demostró su idoneidad. Entre sus precauciones figuraba el que las Juntas Electorales fueran designadas por las Cortes de Justicia, vale decir, por el Ejecutivo.

El poeta viajó a San Cristóbal, donde pronunció un discurso para rendir homenaje a Pedro María Morantes, "Pío Gil". En esta ocasión se refirió a un tema todavía candente entre los habitantes del país: el regionalismo. Porque la hegemonía andina de casi medio siglo había dejado heridas sin restañar. En la conquista "no había más que hombres de hierro contra hombres de carne". En la colonia, "esperan los esclavos para el rosario de la tarde, porque el gran noblecito que esclavizó la tierra, se congracia con ella regalándole siestas; porque el gran noblecito que esclavizó los cuerpos se congracia con Dios, dejándole

las almas". Mencionó la Federación, que fue fructífera para los sátrapas, pero "sin tener beneficio de la tiranía, ganaba la tierruca los odios del tirano, odios que con el tiempo maestro morían al mirarse los pueblos a los ojos, de dolor a dolor".

Habló de la integración nacional, que se fue consiguiendo en las prisiones y en las batallas que sostenían todos contra el despotismo y aludió a un soldado tachirense que dejó un hijo en su tierra oriental, quien "cayó en el puente de mi ciudad entre el andino Román Delgado y el caraqueño Armando Zuloaga. Lo sepultaron junto al mar, donde su espíritu, partido en dos, de costa y cordillera, confundirá la nieve con la espuma y el pez de plata con los frailejones".

La integración de la patria venezolana la vio el poeta como la bordadura de un pañuelo: "...así de lejos, por encima de ellas, ¡cómo se ven las marchas! Las espadas como agujas, las bayonetas como agujas, la mirada en penumbra como el pavón de las agujas; las banderas azules, rojas, blancas, amarillas, son grumos en el ojo de las agujas. Pero del ojo de la aguja viene prendido el hilo: el que viene del sur, cuerda de cuatro con cadencia de viaje sabanero, con largos ríos y largas voces de ordeño, de rumbo y de vaquería; el que viene de la costa es driza suelta en los chubascos y trae la música infinita que se aprende en el tope de los masteleros; el que viene de las cordilleras baja, como plomada, y hace cauce tenso para la mística de las altas disciplinas. Y todos los hilos, con todas las agujas que pinchaban la carne de la tierra, se cruzaron mil veces, y al descansar las manos de la sombría bordadora, bordado está el pañuelo de secarse sus lágrimas la patria".

El 25 de abril de 1942 se despidió Andrés Eloy del Concejo del Distrito Federal, y por la noche se escenificó en el Nuevo Circo un sainete escrito por él y Miguel Otero Silva, con motivo del primer aniversario de *El Morrocoy Azul*. Lo protagonizaron los mejores actores cómicos de Caracas: Antonio Saavedra y Rafael Guinand. No sé escapó ningún caraqueño destacado, ni siquiera los autores, de ser objeto de las cuchufletas de aquel sainete.

En la discusión del Código Civil, cuya vigencia sólo tuvo una reforma parcial cuarenta años después, Andrés Eloy hizo aportes importantes en lo atinente al Libro Primero. Y cuando se discutió la Ley de Bandera, Escudo e Himno Nacional, intervino de una manera que demostró su dominio de la gramática y su gracejo para corregir errores ajenos: "Ciudadano Presidente: El artículo 17 ordena que cuando se toque el himno nacional en un acto público, todos los que están allí se pongan de pie y se quiten el sombrero. Pero la forma en que lo dice el artículo, nos va a traer una verdadera calamidad. Primeramente, dice que 'es obligatorio ponerse de pie con la cabeza descubierta al tocar el himno nacional', y es al oírlo, porque si los que tocan el himno nacional se tienen que poner de pie y con la cabeza descubierta, se van a volver locos. Pero lo segundo que se desprende de la redacción del artículo es peor, porque dice que 'es obligatorio ponerse de pie con la cabeza descubierta', y hay mucha gente que, por su constitución física, va a encontrar muy difícil ponerse de pie con la cabeza para abajo. De manera que yo voy a proponer esta modificación: 'Al ser tocado el himno nacional en un acto público, todo oyente deberá ponerse de pie, descubierta la cabeza'".

Cuando se debatió la Ley de Ejercicio de la Medicina, el diputado Lara Peña tomó en serio una chanza de Andrés Eloy alusiva a los abogados; por lo cual se vio obligado a decir lo siguiente: "Ya se ha dicho que los abogados no entran en el cielo; y Platón, que no dejaba entrar a los poetas, tampoco dejaba entrar a los abogados. De modo que yo, que soy poeta y abogado, no entraré en el cielo. Y creo que uno de los pocos abogados que tiene el cielo asegurado es el diputado Lara Peña".

De acuerdo con la Constitución, los diputados eran elegidos por los concejos, y en éstos ya era mayoritario el gobierno. El PDN, cuando era clandestino, tenía en el Congreso lopecista una docena de representantes suyos, y Acción Democrática, que era el mismo PDN con otro nombre pero legalizado, sólo iba a contar en el Congreso medinista, y eso solamente al principio, con cuatro diputados: Andrés Eloy Blanco, Juan Pablo Pérez Alfonso, Luis Lander y Ricardo Montilla. En la desig-

nación que hizo el concejo de Caracas el 19 de enero de 1943, Andrés Eloy pudo salir electo porque fue incluido en la lista gubernamental. Tal vez el presidente, que era amigo suyo, no quería un Congreso tan monótono.

En mayo el Congreso discutió conceder el voto femenino. En el Senado, Jóvito acogió con pasión la solicitud de las mujeres; en Diputados no estuvieron a favor sino los cuatro representantes mencionados. Resumió Andrés Eloy la historia del movimiento femenino en Estados Unidos y citó a su lideresa, la señorita Bloomer, cuyos pantalones "fueron haciéndose cada día más pequeños y así como un día hicieron reír por lo grandes, ahora siguen haciendo suspirar por lo pequeños". Refirió la anécdota de la campesina que tuvo un hijo, a quien el jefe civil la felicitó diciéndole, "–Señora, ya tiene usted un soldado para la patria". Y la respuesta de la mujer: "–Coronel, no me lo reclute todavía, que está muy chico". Terminó su intervención con estas palabras: "Como el rostro de Jesús en el lienzo de la Verónica, así lleva mi partido estampado el rostro de la mujer venezolana".

Cuando se consideró el proyecto de Ley de Vagos y Maleantes, pusieron en duda su capacidad para entender la delincuencia y sus conocimientos jurídicos, y Andrés Eloy, que se opuso a la aprobación de dicha ley, respondió sobre lo primero: "no quisiera ni para los mismos maleantes que me llevaron a la cárcel, ni para los hombres que gobernaron o desgobernaron en este país durante mi cautiverio, yo no aceptaría... que se les exhibiera en una carretera". Y sobre lo segundo, en primer lugar preguntó: "¿Cómo sería posible conseguir que, no existiendo la pena de trabajos forzados como accesoria de la prisión, venga a existir como accesoria de algo que no es pena siquiera?"; y en segundo lugar dijo unas palabras demostradoras de que entre sus pecados no estaba la soberbia: "Yo debo con todo afecto corresponder a la frase del diputado Manzo, quien en este caso no fue muy manso conmigo, que digamos, diciéndole que yo no soy un notable abogado. En mí lo único notable como abogado es la falta de clientela".

En un gran mitin, que se celebró el 27 de junio de 1943 en el Nuevo Circo, pidió la reforma de la Constitución. Expresó que "Acción Democrática está deseando que le arrebaten a cada paso sus banderas, pero para cumplir sus postulados" y dijo una copla que no ha perdido vigencia:

"Mano Pancho llegó en burro
a la mesa electoral;
Mano Pancho salió a pie
y el burro de concejal".

El año 43 fue el de la reforma petrolera. En sus *Memorias*, el general Medina sostuvo que la misma era una ley-convenio. Los diputados de Acción Democrática la rechazaron en la parte que permitía a las compañías extranjeras borrar las cláusulas ilícitas de los antiguos contratos y obtener nuevas concesiones, y en la parte que no garantizaba la obtención de iguales beneficios para la nación ni aseguraba a ésta el monopolio de vender en el país la gasolina y otros derivados del petróleo. En el trascurso del debate, Lander y Pérez Alfonzo (en adelante este último se convertiría en el especialista petrolero de su partido) pidieron reducir el plazo de las concesiones, de cuarenta a veinte años. Andrés Eloy criticó el carácter de convenio que tenía la ley; pero dijo algo tan acertado que cuando su partido llegó al poder le daría la razón: "no es sólo la buena ley sino la buena aplicación de ella lo que necesita el país". Pues apoyándose en la ley de Medina, Acción Democrática elevaría al cincuenta por ciento para la nación los beneficios extraídos del petróleo.

En mayo y en julio la Cámara de Diputados rindió homenaje a Benito Pérez Galdós y a Guillermo Valencia. Su panegírico en honor de Valencia hace recordar, por su laconismo, el que pronunció Mirabeau a la muerte de Benjamín Franklin: Murió –dijo el poeta– "un colombiano y al mismo tiempo un griego. Esto era Valencia, el parnasiano.

Uno de los hombres que han servido de más puro instrumento a la lengua castellana".

El 11 de julio de 1943 se cumplió el primer año del fallecimiento de su hermana María Luisa Blanco. La elegía que le dedicó conmueve por la pena reflejada en ella. Son éstos sus seis últimos versos:

"...hermana de apagárteme en las manos
hermana de encendérteme en el alma.
...¿Te fuiste o se fue un poco el mundo tuyo?
¿quién se mueve, los barcos o las playas?
¿se va alejando costa o marinero?
Te fuiste así como se van las patrias".

En agosto efectuó el general Medina una gira por las naciones bolivarianas. Lo acompañó Andrés Eloy, autorizado por su partido. A los discursos de los mejores oradores de esos países, el que respondió fue Andrés Eloy, en oraciones como la que pronunció en el puerto de El Callao, que reseñara el diario *El Comercio* de Lima, el 3 agosto de 1943: "Andrés Eloy Blanco nos dejó deslumbrados, con una prosa lírica de endecasílabos. Vibraba la multitud cuando él decía que llegaba a traer noticias de los veintitrés desaparecidos de que habla la historia, y lo fue mostrando en la historia, donde cada héroe humilde se fue convirtiendo en Bolívar. Era la época en que 'hasta los borricos estudiaban para caballos de estatua'. Y definía el trabajo: 'hazaña en cámara lenta', y hablaba de 'el sabor de tierra que hay en la voz de un pájaro'".

Terminando el año 1943 y comenzando el 44, estuvo Andrés Eloy en Estados Unidos por espacio de cuarenta y siete días. Visitó un "rancho" de mil quinientas millas de extensión. Se encontró con muchas personalidades, como los padres de García Lorca, Diógenes Escalante, Andrés Iduarte, John Dos Passos, Waldo Frank, Walt Disney, Fernando de Los Ríos, Julio Álvarez del Vayo, Orson Welles, Edward G. Robinsón, Rita Hayworth y el vicepresidente Henry A. Wallace. Visitó estudios

cinematográficos y pronunció una decena de conferencias, dos de ellas en inglés.

Debido a un incidente surgido cuando se constituía la Confederación de Trabajadores de Venezuela, se desató una polémica entre Miguel Otero Silva, desde *El Nacional*, y Rómulo Betancourt, desde *El País*. El último de marzo de 1944 Andrés Eloy interrumpió su columna "Reloj de Piedra" y se mudó para *El Universal*. Su primer artículo en la columna "Puerta sin llave" es un saludo dirigido al director de *El Nacional*, Antonio Arráiz, autor del poemario *Áspero*, que se titulaba "Áspero Antonio".

En abril de ese año pintó el poeta un retrato del historiador José Gil Fortoul, en una charla que pronunció en la universidad. Son pinceladas que ponen de relieve el carácter del autor de la *Historia Constitucional de Venezuela*, la primera de las cuales es: "Casi todo en la estampa es extranjero: el traje, la flor, el monóculo, la pipa, la peluca y hasta la pronunciación del idioma; y bajo todos esos atributos exóticos, piel, carne, huesos, cerebro y corazón venezolanos".

La volcánica amistad existente entre Gil Fortoul y el sabio Lisandro Alvarado, naturales ambos del estado Lara, es descrita en esta otra pincelada: "Llegó Gil Fortoul por fin al extremo de sentir espantarse en él sus propias malas pulgas, que bastantes tenía, y llamando a alguien que le servía de portero, le dijo: 'Usted me va a buscar a don Lisandro y me lo trae preso al ministerio' (eran dos hermanos de toda la vida), y lo llevó preso al ministerio, y la escena fue verdaderamente original. Se insultaron. Lisandro Alvarado lo insultaba: '¡Claro!, como usted ya es ministro, usted se cree con derecho a poner preso a todo el mundo'; y el otro le insultaba: '¡cómo es posible que a usted no se le encuentre por ninguna parte! ¿Acaso que usted es un vago?'; y el otro le contestaba: 'Es que yo no soy un empleado que anda fiesteando'. 'Pero bueno, yo le necesito para esto', y le dice la cosa, y todo esto entre gritos; 'y acepte usted'; y el otro le dijo, 'Lo acepto, pero no me moleste más'. Así se entendían ellos".

Donde hay santos nuevos, los viejos no hacen milagros, dice el refrán. El propio día en que Medina quedó investido de presidente, en la fiesta obsequiada a los candidatos por López Contreras, éste notó la frialdad hacia él que traslucían sus seguidores y que ahora seguían al nuevo mandatario. Franco Quijano, pasado a medinista, recomendó crear una organización que respaldase al gobierno. Medina exhortó en este sentido a los presidentes de los estados y hasta propuso el nombre de Partidarios de la Política del Gobierno; pero juntando las tres letras iniciales (PPG) se habló del "pepegeo", que más que fundar un partido, sonaba como sacarle partido al gobierno. Andrés Eloy había litigado infructuosamente ante la Corte para conseguir la legalización del primer PDV. El 18 de septiembre de 1943 nació el segundo PDV. La diferencia semántica radicaba en que ahora la "D" quería decir Democrático y no Demócrata; pero en cuanto al nacimiento, Andrés Eloy lo definiría así: "la única diferencia entre Rómulo Gallegos y el Partido Democrático Venezolano consiste en que Gallegos es el presidente de un partido y el Partido Democrático Venezolano es el partido de un presidente".

El 29 de junio de 1944 los de Acción Democrática y los comunistas descubrieron una mesa de inscripción electoral paralela a las mesas regulares, que comandaba el periodista Avelino Sánchez, miembro del PDV. Unos y otros pidieron la anulación de las inscripciones y acusaron al encargado de la gobernación, Laureano Vallenilla Lanz, hijo. Su partido comisionó a Andrés Eloy para formular la denuncia en el parlamento. No cometió el error de culpar del chanchullo a todo el gobierno, sino que distinguió dentro del partido gobernante un ala oscura y otra "luminosa", con lo cual ahondó la separación que efectivamente existía entre ambas, y sostuvo que se habían violado las órdenes presidenciales de vigilancia. Franco Quijano quedó sin empleo, a pesar de que negó su participación en aquel proceso electoral; pero admitió haber "organizado y movilizado 120.000 electores dentro de las Cívicas Bolivarianas", las que agrupaban a los prosélitos de López Contreras.

Los comunistas apoyaban sin restricciones al gobierno, pues era la época del "browderismo", cuya línea directriz consistía en respaldar a todos los gobiernos que se afiliaran con Estados Unidos, aliados de la Unión Soviética en la segunda guerra mundial. De allí su consigna: "Con Medina contra la reacción". En aplicación de ésta, en el órgano periodístico de los comunistas, escribió Maja Poljak de Villegas: "Andrés Eloy Blanco es tan candidato de la reacción como lo es Napoleón ["Napoleón de Guatire" fue el apodo que le puso Miguel Otero Silva a Rómulo Betancourt]; el prestigioso novelista Gallegos representa hoy y defiende los intereses reaccionarios igual que Ramón David León". Éste era el director de *La Esfera*, vocero del lopecismo. Gallegos fue más directo que Andrés Eloy al contestar los ataques, pues refiriéndose al pacto del PDV con los comunistas, cuyo brazo legal se llamaba Unión Popular Venezolana, dijo en el circo Metropolitano: "Es un convenio de prestaciones mutuas, perfectamente natural: Unión Popular le prestará al PDV la base de adhesión popular efectiva de que éste carece, por más que presuma, y el PDV se la retribuirá prestándole la buena sombra que siempre brinda el buen palo, mientras no cae encima... Ya pueden continuar, pues, los redactores de las diatribas desencadenadas contra nosotros, preguntándose, hasta la medida a que los obligue el sueldo que por ello se les pague, qué papel estamos haciendo aquí Andrés Eloy Blanco y yo. El pueblo de Venezuela les dará la respuesta".

El costo de la vida se había encarecido en más del doble. Los pulperos, ante los lamentos de los pobres compradores por los precios altos, le echaban la culpa a la guerra. De Estados Unidos venían mercancías muy escasas; de Europa no venía nada; la agricultura estaba en crisis desde 1930. "Va mermando la carne –dijo Andrés Eloy– porque van mermando las reses. El trabajador venezolano va poco a poco refugiándose en la providencia tropical del mango". Acción Democrática también se hallaba al lado de los aliados en la guerra; pero, al revés de los comunistas, protestaba contra los elevados alquileres y la gasolina cara. El comunismo criollo se dividió en múltiples fracciones. Betan-

court los caracterizó así: "En cuanto a UPV, partido que comenzó enarbolando consignas de interés colectivo, ha terminado por convertirse, al verse repudiado y resistido por el pueblo, en un disgregado archipiélago, donde en cada isla hay un jefecito con seis soldados".

Andrés Eloy viajó por Zulia y Trujillo. En Valera, cuando se dirigía al micrófono para hablar en un mitin, se le acercó alguien, de parte del señor cura, para decirle que esperara que repicaran las campanas, para que los repiques no le impidieran al pueblo oír su voz. Estaban en campaña para las elecciones municipales. Andrés Eloy era candidato por la parroquia San Juan. Su contrincante era Antonio Arráiz; pero cuando uno de los dos poetas se refería al otro, la agresión era imposible, porque lo que los identificaba era lo siguiente, escrito por Andrés Eloy: "He dicho que cada cual cumplirá sus compromisos de combate. Pero hay un pacto viejo, tan viejo como Antonio y como yo. Es el pacto que hicimos desde que entregamos nuestras vidas al servicio de la belleza y de la justicia. Es el pacto con la decencia del pensamiento y con la alteza del destino; es el pacto firmado con el testimonio del infortunio y la autenticación del cautiverio. Leales seremos en la lucha a nuestros respectivos bandos; pero leales en ella y después de ella al compromiso con la función alumbradora del poeta".

La acometida vino de *El Tiempo,* el vocero del PDV, cuyo director era Mariano Picón Salas. Lo acusan de "yoísmo", porque acostumbra narrar episodios de su vida, le echan en cara haber acompañado al presidente en su gira internacional y le imputan el querer estar bien con el gobierno y con la oposición. El poeta estaba con la oposición y en contra del gobierno, pero como su navegación era de altura, a muchos acostumbrados a la lucha bajuna y personal les parecía que el puesto del poeta en el combate no era firme. Esta equivocación tuvo él que despejarla a lo largo de su vida. "El hecho de haber estado en esa gira –le pregunta Andrés Eloy a Picón Salas– ¿me quitaba para siempre el derecho de criticar a los directores de periódicos oficiales? ¿Empeñó usted, Mariano, cuando fue a Checoslovaquia, a Washington, a cualquier parte en servicio público, el derecho de censurar?".

Jóvito encabezó un combate en el Senado para que se impidiera de una vez por todas, reformando la Constitución, la posibilidad de que un funcionario público se convirtiera en congresista de un día para otro. Arturo Uslar Pietri, Alfonso Espinoza, Ángel Biaggini, Julio Diez, Pedro Sotillo y Diego Nucete Sardi eran, de la noche a la mañana, congresistas y miembros del gabinete ejecutivo. Andrés Eloy acompañó a Jóvito en la prensa y en el parlamento. No se explicaba que un empleado de un ministerio fuera a juzgar la memoria y cuenta de su propio ministro. Refutó todos los argumentos del lado oficial, como los dos siguientes: "Cuando la ley dice: no se puede ser funcionario público y diputado al mismo tiempo, no está diciendo que el funcionario tal o el diputado cual son o no son decentes; lo contrario es convertir la ley en una lista de teléfonos... Otro error de táctica fue el alegar que el gobierno carece de hombres suficientes para llenar los cargos de legisladores y de funcionarios a la vez y que por eso necesite emplear a los mismos en ambas partes. Con ese argumento se cometía un error de doble faz: primeramente se decía que el gobierno nombraba los legisladores, y segundo, se ofendía a los que, durante la reunión de las cámaras, desempeñan interinamente los cargos de los legisladores, algunas veces con mayores conocimientos".

En el "mitin de la incompatibilidad" hablaron veintisiete oradores. Cuatro meses después, en mayo de 1944, hubo otro en el cual Jóvito le anunció al PDV que moriría en 1946 si no aceptaba la incompatibilidad. Los comunistas rehusaron participar, pues sólo les interesaba la derogatoria del inciso sexto que los mantenía ilegales. El partido gobernante no trató el tema en su convención nacional y cuando se reformó la Constitución, se logró apenas el voto femenino para las elecciones municipales, la organización nacional de la justicia, la supresión del inciso sexto, el derecho para los que supieran leer de elegir diputados, el anuncio de la reforma agraria y la ampliación de las facultades presidenciales.

Para negar la más mínima reforma, desde las filas del gobierno invocaban un espectro temible: la realidad. Andrés Eloy le dio un

vuelco a su estilo habitualmente apacible, para exclamar indignado: "¡La realidad! ¿Es que vamos a continuar al servicio de la realidad existente? ¿Es que vamos a esperar todavía años y años para lanzarnos a la conquista de una realidad deseable? ¿En qué vamos a preferir la realidad que es a la realidad que debe ser?... En nombre de la realidad vamos a reformar una Constitución que se redactó en nombre de esa misma realidad. En nombre de la realidad vamos a eliminar el voto indirecto instituido en nombre de la realidad. En nombre de la realidad vamos a dar a las mujeres cierta extensión en los derechos que la realidad confiscó; en nombre de la realidad vamos a reformar el agro, sumergido en la amarga realidad de una injusticia secular. En nombre de la realidad vamos a realizar la canonización de la palabra más antirrevolucionaria, de la palabra más criminal, de la palabra más torpe que puede aparecer en los labios de un hijo de la tierra nueva!".

Las argucias empleadas para negarle el voto cabal a la mujer lo movieron en la Cámara baja a relatar el cuento de don Crispín: éste ofreció una promesa a la Virgen de entregarle el precio de su mula si lo restituía al camino real del cual se había desviado. La Virgen le hizo el milagro y don Crispín le vendió la mula a un compadre, junto con un chivo: aquélla por cuatro bolívares y éste por catorce morocotas. El compadre se los compró "y a la media hora, cumpliendo su palabra, don Crispín le entregaba a la Virgen los cuatro bolívares de la mula".

Discutiendo la anulación del inciso sexto, Caldera y Andrés Eloy tuvieron puntos de vista divergentes. A un alegato de los muchos que adujo Caldera y que refutó Andrés Eloy, éste dijo: "Vamos a dar por sentado que en la Unión Soviética no se puede escribir ni se puede hablar en contra del régimen imperante; y ¿desearía esto mismo el diputado Caldera para Venezuela?". Y en una oportunidad en que el doctor Cruz Bajares le negó el derecho de palabra, le envió a la presidencia un papelito con la siguiente copla:

"Te pedí la palabrita
y me diste tus negares;
te espero en la bajadita,
cuando de la cruz bajares".

Para 1944 los únicos diputados de Acción Democrática que quedaban eran Andrés Eloy y Luis Lander. El trabajo de ambos era abrumador. Quizá el esfuerzo mental le estimulaba a éste su agudeza. Se dio el caso de que el poeta se hizo eco de una petición de los barineses relativa a que su estado dejara de llamarse Zamora y volviera a la antigua denominación de Barinas. El diputado Gutiérrez Alfaro preguntó si el diputado Blanco podía asegurar "que el estado Barinas no va a cambiar de nombre inmediatamente después de sancionar la reforma parcial de la Constitución". Andrés Eloy respondió: "Acaso la legislatura de Barinas adivinó que en esta reforma constitucional se iba a acabar una vez más con la federación venezolana y no quisieron que el general Zamora, el más grande de los federalistas, fuera testigo textual de la reforma".

Angelina Iturbe, hija de Eneas Iturbe, era novia de Andrés Eloy desde que éste la conoció en Valencia, en "una boda al aire libre". La bautizó Giraluna, que es el título que después le puso a su último libro. Su matrimonio se efectuó el 17 de junio de 1944, con la presencia del general Medina, Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva y muchos amigos de todos los partidos. Otero Silva, cuya amistad con Andrés Eloy databa desde que aquél tenía nueve años, le escribió un romance festivo que publicó en el semanario en el que ambos escribían y que empezaba: "El Morrocoy te saluda, / hermano de paso lento, / que tardaste cinco siglos / en echarte el lazo eterno".

Un famoso beisbolista, José Pérez Colmenares, murió en un accidente de aviación en Barcelona. Su entierro constituyó una manifestación pública, siendo despedido por Andrés Eloy, quien rememoró la recepción que había tributado el pueblo caraqueño a los peloteros en el Estadio Nacional, cuando regresaron del triunfo que obtuvieron en

Cuba. Aquella noche, recordó Andrés Eloy, él tenía en sus manos unas notas para decir su discurso de bienvenida; pero no podía leerlas porque no había luz. "Y apareció una vela, una pequeña vela de a cuartillo. La encendieron y a mi lado la sostuvo un jugador alto, moreno y fuerte. No le temblaba en la mano ni el copete de la luz. Y era José Pérez, que sostenía la vela, como el clásico corredor la antorcha".

"Y ahora, frente a la cancha oscura de los cielos caribes, cruzados de ondas y pelotas con cintas negras; mientras la radio pasa con su luto en el brazo y los niños corren detrás de pelotas nocturnas como planetas sin sol, pago la cuenta de la luz, cancelo la deuda de la antorcha y enciendo esta vela de emoción junto a tu nombre, venezolano raudo y encendido, José Pérez del aire y de la muerte".

De un viaje por Cuba y Jamaica, que realizó en los dos últimos meses de 1944, trajo para su columna de *El Universal* el relato de un veterano de la guerra de independencia cubana, quien fue entrevistado por Andrés Eloy: "–¿Y cuánto le da la República? –Una pensión de veintiún pesos y pico. Los veintiún pesos son para que no nos muramos del pico... Me gustaría que me hicieran una estatua y me la regalaran para venderla". A continuación refiere que al cruzar la calle pasó un entierro con soldados. Era el de un veterano de la independencia. "Pobre, pobre el entierro; la urna va sobre una cureña de cañón; los soldados de la nueva Cuba le siguen en silencio. Las gentes del arrabal saludan, los hombres con el sombrero, las mujeres con el recogido persignar. Va frío el muerto pobre, el gran muerto pobre. Más frío que en la trocha nocturna, más frío que en la profunda manigua, más frío que sus manos sobre el rifle en descanso. Va silencioso y frío, en su urna pobre, el libertador. Lo llevan en un entierro pobre, paupérrimo. En un entierro de veintiún pesos y pico...".

Nuestra pequeña **revolución de octubre**

En los primeros días de 1945, Cirilo J. Brea traicionó a Acción Democrática. Antes de él se había pasado a las filas del gobierno Inocente Palacios; pero a Andrés Eloy también intentó comprarlo un adicto al régimen, probablemente un escritor. Supuso que, como el poeta defendía sus ideas sin herir al contrario, su filiación política no era firme, y se equivocó de medio a medio. Al poeta le dolió en lo más profundo que lo confundieran con un tránsfuga; pero más le dolió que quisieran utilizarlo para atentar contra algo por cuya conquista él se había entregado a la lucha: la fe del pueblo en los hombres en quienes había depositado su confianza. Es tan honda su queja que la expresa en lengua de la Biblia. Por eso, a las vanidades con que quisieron tentarlo, él las encierra en una sola palabra: Roma. Y a su creencia la llama "mi ciudad".

"–Roma es grande. Los que creen en ella son dichosos, Escriba. Yo no te pido que no creas en ella. Pero déjame creer a mí en mi ciudad, en mi alta ciudad que tú no ves. Roma da gozo y gloria a los suyos. La ciudad de mi fe también la da. Yo no creo en Roma. Pero no te molesto porque tú creas en ella. Mi oficio es caminar y hablar. Voy a los pueblos, a convencerlos para que entren en el recinto de la mía. Tu oficio

es hablar y caminar: busca a las gentes y convéncelas para que entren en el recinto de la tuya. Pero no compres tú mi fe ni yo la tuya. No es buen oficio, Escriba. Sé leal y respeta la lealtad de los otros... Premias al que abandona su campo por el tuyo; éste es el bueno; insultas al que abandona tu campo por el mío; ése es el malo. Mira, Escriba, es peligroso lo que haces. La traición nunca ha de premiarse. Tienes entre los tuyos hombres de larga fe, de probada confianza; y no les llevas, togados, al Capitolio; y al primero que salta a tu campo, traicionando a los suyos, le das el galardón que a tus fieles más antiguos no has dado. El que salta hoy hasta ti, saltará mañana hasta otro. Y además, ¿qué ejemplos das a tus parciales, si premias al tornadizo? ¿Qué lección das a los soldados, si premias al desertor? Cualquiera que sea mi fe, por pura que sea la tuya, por deleznable que sea la mía, baldón y no regalos merece quien las viola. Sospechosa es tu fe: si para ti, traidor es quien te deja, leal es quien me vende.

—Es que tú buscas voluntades para el mal.

—Oye, Escriba, yo no soy mensajero. Soy apóstol; apóstol significa delegado. Así lo ha dicho Lucas. Delegado soy de muchos, delegado de los que en mi mano pusieron la delegación y la confianza. Si algún día perdiera mi fe en ellos, a ellos acudiría antes de darme a ti. Con ellos platicaría; con ellos discutiría. Y a sabiendas de ellos les abandonaría, dejando en otras manos la delegación que es el apostolado. Yo soy el eco de mil tristes y de mil sedientos. Levántate de esa piedra, Escriba. Estás sentado en una piedra que interrumpe la fuente de la fe".

Llegar a Caracas la noticia de la muerte del presidente Roosevelt y reunirse el pueblo para rendirle homenaje fue todo uno. El mandatario norteamericano que encabezó la guerra contra el nazismo gozaba de inmensa popularidad en América Latina, y Andrés Eloy subió a la tribuna que se levantó frente al Teatro Municipal para improvisar una oración fúnebre "de corte clásico y popular a la vez". La primera de las tres analogías de que hizo uso en su conmovedor discurso es la siguiente: "Muchos de vosotros conoceréis aquella hermosa leyenda de Selma Lagerloff, cuando imagina episodios para la vida de Jesús. Nos

dice que Jesús, en sus horas de juego, jugaba con el barro. Cuando había terminado sus figuras, las ponía a secarse en la acera, a la puerta de la carpintería. Pero un vecino de la misma calle tenía un hijo, algo mayor que Jesús, que también quería hacer pajaritos de barro. Y ocurría que sus manos eran duras, y mientras Jesús fabricaba aves perfectas, su vecino realizaba unos pájaros grotescos; y éste era un muchacho torpe y malo, movido por la envidia. Y un día esa envidia rebosó, hasta tal punto, que se lanzó contra las aves de Jesús para aplastarlas con sus pies. Y Jesús, asustado, compadecido de los lindos pajaritos de barro, hizo la primera invitación al milagro y les gritó a las figuras inmóviles: ¡Volad!, y volaron los pájaros de barro. Pues bien, ante la bestia conquistadora que quiere aplastar en el mundo cuanto signifique belleza o cultura, ante la fiera armada de envidia y de rencor que quiere destruir todo cuanto hizo el hombre para bien de los hombres, Franklin Delano Roosevelt armó la más poderosa máquina de guerra que pudiera soñarse y se lanzó a la lucha por la libertad. Pero si él hubiera podido, si el espíritu lograra lo que aquella bondad, lo que aquella mirada, lo que aquella sonrisa desearían, acaso la voz de esa bondad habría hecho una nueva invitación al milagro y habría gritado, compasiva: ¡Volad, catedrales; volad, estatuas mojadas con la sangre inocente; volad, arcos y puentes; volad, frondas de la filosofía; volad, flores de la cultura; volad, columnas, frisos y metopas del clásico, agujas del gótico ferviente, acribillada gracia del Renacimiento; volad, ojos en pasmo de los hijos en tierra; volad, ojos en llanto de las madres en cruz!".

En una oportunidad en que fue objeto de una acusación de demagogia, Andrés Eloy respondió que él sabía "agarrarse" con Juan Bimba si le faltaba el respeto. Y el 14 de julio de 1945, cuando se debatía la Ley Orgánica de la Renta de Licores, dio nueva demostración de que él no amparaba irresponsabilidades y criticó al obrero que malgastaba su salario semanal olvidando el deber de alimentar a su familia: "...si es verdad que el trabajador tiene el soberano derecho de beberse sus treinta y seis bolívares, la nación venezolana tiene el soberano derecho de

defender el soberano derecho de los hijos del trabajador a que les den de comer".

Andrés Eloy fue un demócrata convencido, pero no un demócrata liberal. Su pensamiento se había enriquecido en el socialismo, pues no le bastaba la democracia puramente formal. A la frase de Lenin, "¿libertad para qué?", él le encontró sentido: "libertad para algo, para hacerla fecunda", para que haya orden. Y he aquí lo que él entendió por este nuevo concepto: "Orden no es mutismo ni inmovilidad. Al contrario, orden es movimiento. Orden es la rotación de los planetas. Orden es la finalidad de la libertad".

No era un marxista, pero reconocía el factor económico como un fundamento, tanto para entender el desarrollo de los fenómenos colectivos como para la sustentación de un régimen político. Y como su preocupación inmediata fue la salud de la nación venezolana, hizo hincapié en un elemento que muchos marxistas de su época sólo estimaban como secundario, pues creían que la honradez administrativa quedaría garantizada con el ascenso al poder de las clases preteridas de la sociedad. No era Andrés Eloy tan optimista como para compartir esa opinión de comunistas amigos suyos, ni menos la de los pedevistas que creían que era suficiente emprender obras de fomento y de previsión social. Él sostenía que "sin honradez administrativa, el régimen democrático no es completo" y que la democracia tiene que ser virtuosa. "¿Llegaremos a sostener que se puede malversar fondos públicos, que se puede comprar conciencias, que se puede corromper periodistas, que se puede enriquecer hasta hinchar el arca particular y seguir siendo demócrata?". Con base en la historia venezolana, que conocía muy bien, hizo este risueño comentario: "¿Cómo se hacía entonces un general sin guerra y sin escuela? Se tomaba un hombre que tuviera cien vacas, corpulento, gallero, hijo de un general predominante. Ya se tenía un coronel. Cuando ese coronel llegaba a las mil vacas, echaba vientre, perdía a su padre; negociaba, perdiendo, con el presidente de la República; sacaba, por su influencia, a un hombre de la cárcel, o lo metía, por lo mismo, llegaba a general".

Su defensa de la democracia adquirió relieve cuando se enfrentó a los gobiernos dictatoriales de Trujillo en Santo Domingo, Ubico en Guatemala, Somoza en Nicaragua, Farrell y Ramírez en Argentina; pero la cruzada que entabló contra Franco fue incansable en la prensa, en la plaza pública y en el parlamento. Pidió en la Cámara que se recomendara al Ejecutivo la ruptura de relaciones con el dictador español, y en esto desplegó una constancia denodada; pero sus colegas no aceptaron ni siquiera dar la recomendación, a pesar de que el PDV lo había solicitado. "El presidente de la República se encuentra en este momento en una situación extraña. Es miembro de un partido que pidió al gobierno nacional la ruptura de relaciones con Franco, y es jefe del ejecutivo nacional que no ha roto relaciones con Franco; una recomendación de la Cámara de Diputados, ¿alarmaría al pedevista que hay en el presidente de la República?".

Salió al fin un acuerdo incongruente, que el poeta ridiculizó en una carta dirigida a su colega de letras Luis Barrios Cruz, en la cual parodiaba el decreto expedido: "Isaías Medina, etc., etc., Considerando: que el túnel entre Caracas y La Guaira es urgentemente necesario; Considerando: que esta obra de vital importancia debe anteponerse a todas las demás en el programa constructivo del gobierno; Considerando: que el túnel entre Caracas y La Guaira debe prestar servicios antes de que la reanudación del comercio de postguerra congestione las posibilidades de nuestro primer puerto. Decreta: Colóquese el retrato del poeta Luis Barrios Cruz, ilustre hijo del Guárico, en el salón de la jefatura civil de Guardatinajas. Dada, etc."

Citó la respuesta que en Caracas dio don Fernando de los Ríos al que le preguntó si España había progresado bajo el régimen de Franco: "Si progresar es asesinar inocentes; si progresar es encarcelar centenares de miles de ciudadanos; si progresar es fusilar a una madre por el solo delito de haber tenido tres hijos republicanos; si progresar es aherrojar a una nación entera; si progresar es abolir las más elementales libertades públicas; si progresar es aislar a un país del resto del mundo; si progresar es ofrecer la más vil complicidad al bárbaro dictador

alemán; si progresar es todo eso, entonces no existe duda alguna de que España ha progresado mucho".

Mencionó los campos de concentración de Hitler, cuya condenatoria fue aún más total que la de Franco, y pronosticó que "cuando pasen los años, los hombres de mañana recordarán con espanto algunos nombres que bautizan sitios de Alemania donde mueren a diario millares de seres".

El Congreso designó a Andrés Eloy como el orador que en su nombre rendiría el homenaje al libertador de los esclavos, José Gregorio Monagas, en una sesión solemne que se celebró el 4 de mayo de 1945, y lo hizo teniendo a la mano solamente un papelito que casi no consultó. Habló de la lanza del héroe que destelló en cuatro batallas y, al hablar de la quinta, su lengua tuvo un lapsus cuando estuvo a punto de decir "Boyacá", pero inmediatamente lo enmendó: "allá viene de la carga magnífica de Boya... de Bocachica... Perdonadme, señores, pero la carga es tan cerrada que se me van atropellando las palabras".

Mencionó la solicitud de liberar a los negros, que formuló Petión, que prometió Bolívar y que cumplió José Gregorio. En una encantadora imagen muestra al lancero retirado en su casa oriental en el momento en que llegó la noticia de la muerte del Libertador: "...el viejo lancero fue a su habitación, abrió el viejo baúl; allí estaba entre espliego y vetiver y melaleuca y romero, doblado y conservado, su uniforme de libertador de Colombia. Allí le tomó en sus manos: oros, azul y peto rojo; a un costado, más al frente que a la espalda, el costurón de un lanzazo; llevó el uniforme a la mitad del patio; allí lo puso y allí le encendió fuego; se iba Colombia en los humos. Y él recordaba aquellos días en que Bolívar, ajustado el casaquín, marcaba el paso de las danzas y, a riesgos de la noche, saltaba por una ventana en lances de libertad y de 'conquista'. Ardía el uniforme; crepitaba el viejo paño; se retorcían los oros y se hinchaba el escudo de los botones; allí, por una lengua azul de fuego, el alma de Colombia saltó por la ventana del lanzazo".

Al mirar el final del guerrero, el poeta contempla más que al héroe, al hombre, al hombre bondadoso que puso término a la esclavitud: "...Y ahora estamos en la noche que precede a la muerte. Es un llanero y está preso, preso el niño, el caballo y la lanza, preso todo lo libre y todo lo verde, pero el alma va montada en su Pegaso transparente y la lanza apunta el Ojo del Toro, cárdeno Aldebarán; y después la cabeza se reclina en el filo del rincón y mis angelitos negros cantan a su lado o maman leche de epopeya en los lirios que cuelgan de la lanza dormida".

"Y le diremos, puntéanos un poco hacia la hora de vencer este retazo de esclavo en venta y este retazo de capitán negrero que nos queda todavía en la conciencia, danos el vado de los caños sospechosos, rumbéanos la marcha en la sabana tejida de preguntas sin respuestas, viejo grande, bueno, compadre José Gregorio de la lanza florida".

Ese mismo discurso le sirvió al político para clamar por la reforma agraria. Narró sus antecedentes históricos, no como historiador de academia, sino situándose en la posición del hombre común de aquella época: "Boves no tenía haciendas; ofreció las de los otros; por eso seguían a Boves. ¿Cómo vio el pueblo su independencia en la Independencia? En una lucha entre señores y señoritos". Dijo que a la ley abolicionista le faltaba todavía el "cúmplase" y afirmó que aunque ella, combinada con la Federación, removió en sus raíces el sistema feudal, todavía se escuchaba la frase condenatoria: "José Gregorio Monagas ha traído dos cosas: los centavos negros y los negros con centavos".

En el Congreso de 1939 y luego en el de 1942 Andrés Eloy se proclamó enemigo del latifundio, y en ambas ocasiones la reforma fue rechazada. En 1942 el presidente Medina solicitó que se formara una comisión preparatoria de la reforma agraria. El ambiente era propicio: "cuando una ley va a nacer, se la siente venir", dijo el poeta en un artículo. El 29 de mayo de 1945 era él el único parlamentario de Acción Democrática, y saludó el artículo 2 del proyecto presentado, que era el fundamental, pues consagraba el derecho del campesino a que se le dotara de tierra. ¡Tanto entusiasmo por la nueva ley, y el ala oscu-

ra del PDV intentaba enervarla! Por eso Andrés Eloy recordó a las "damas de Estropajosa", personajes de una zarzuela que se alarmaban ante la menor innovación y que "le dicen al presidente de la cámara: –¡Rosendo; que no se disgusten enfrente!".

Para aprobar la Ley de Reforma Agraria, previamente se reformó la Constitución, que la impedía; pero no pudo cumplirse, pues Medina cayó al mes siguiente. Un año después, al inaugurar la Constituyente, Andrés Eloy la pidió de nuevo: "...que la divisa de la reforma agraria sea el simple recordar que donde un niño está comiendo tierra, la tierra está comiendo niños". Y un mes antes de perder el poder, Acción Democrática sancionó otra Ley Agraria, que para Salvador de La Plaza constituía un retroceso con relación al estatuto medinista y que tampoco se llevó a la práctica, pues el golpe del 24 de noviembre de 1948 la frustró. La que se promulgó con el consenso de todos los partidos el 5 de marzo de 1960 fue así juzgada por Gonzalo Barrios: "Si como apunta Arnold Toynbee, la reforma agraria es el eje central de las revoluciones en el Tercer Mundo, Venezuela ha cortado ese nudo gordiano mediante un expediente nada heroico, como ha sido la compra negociada de las tierras por el Estado y su traspaso a las organizaciones campesinas. El ensayo –en reclamo de perfeccionamiento– ha dado mediocres resultados económicos, pero ha logrado desarmar la amenaza". Andrés Eloy buscó un puesto en el cielo para los angelitos negros; pero en la tierra éstos todavía no lo han conseguido. ¿Será que la tierra venezolana sirve apenas para producir petróleo?

Se acerca la elección del presidente que sucederá a Medina, la cual sigue correspondiendo al Congreso. López Contreras aspira a la presidencia; pero el gobierno tiene su propio candidato, que es Diógenes Escalante, quien yacía bajo un "mosquitero político", según la frase de Andrés Eloy. Betancourt y Raúl Leoni viajan a Washington para entrevistarse con Escalante, y en la capital norteamericana declaran que lo apoyan. Llegado a Venezuela, Escalante es afectado por trastornos mentales y, luego de barajar muchos nombres, Medina se decide por Ángel Biaggini, su ministro de Agricultura. El PDV, por supuesto, pro-

clama ese candidato, al que la prensa opositora califica de muñeco, es decir, un títere de Medina. Los comunistas respaldan a Biaggini, pues lo importante para ellos es que no vuelva a gobernar López Contreras. Este último está dispuesto a batallar para volver al mando, y lo anuncia cuando expresa públicamente que en su casa tiene colgado su uniforme de campaña como símbolo "de fuerza que requiere mi espíritu y mi voluntad al servicio de la patria". Jóvito, amigo de Medina, le había pedido que extendiera la reforma constitucional hasta sancionar el voto del pueblo para presidente. "No puedo dar semejante paso, porque si lo doy, estoy seguro de que me van a derrocar", le contestó el presidente. Y Jóvito le dice: "General, si usted no hace esta reforma, tal vez lo van a derrocar".

Fue una corazonada de Jóvito; porque, efectivamente, Betancourt conspiraba con capitanes y mayores del ejército para tumbar a Medina. Acción Democrática celebró una convención nacional que fue clausurada el 7 de octubre y que dispuso designar vicepresidente del partido a Pérez Alfonzo en lugar de Andrés Eloy. Una carta pública dirigió el partido a todos los demás para proponerles un presidente provisional que presidiría unas elecciones universales de las cuales emergería el presidente definitivo. La carta debió ser redactada por Rómulo Gallegos, pues el final de la misma, muy presagioso, descubre su estilo literario: "...y mañana no podrán imputarnos las generaciones venezolanas del porvenir el delito de haber omitido nuestra palabra conciliadora y animada de patriótica preocupación para evitarle al país las soluciones de violencia en una de las más dramáticas crisis políticas que recuerde la República".

Andrés Eloy viajó a México y allá fue sorprendido por la noticia de que en Venezuela se había producido un golpe de estado. A él no le comunicaron los planes subversivos tramados por la cúspide de su partido, como sí se los informó Gonzalo Barrios a Gallegos, y su desconcierto fue anonadante cuando supo que Acción Democrática formaba parte de la conjura. Enseguida regresó a Venezuela, sumido en profundas cavilaciones. Fuera de su época de conspirador contra el

gomecismo, ¿no rechazó siempre el uso de la violencia para el cambio político? ¿Había llegado el momento tan esperado por él de tornar a la literatura? ¿O se presentó la hora de darle al pueblo su contribución más importante, más importante aún que todo lo que él había hecho en el pasado? Y en lo personal pensó que aquel salto tan violento afectaba rudamente a sus hermanas y cuñados, que estaban afiliados al gobierno, si bien él sabía que los lazos que lo unían a su familia eran indestructibles. Pero se trataba de un hecho cumplido y él no podía negarse a quienes le pedían su concurso, máxime cuando su participación podía superar muchas dificultades y hacer ver los límites que no podía traspasar la pequeña Revolución de Octubre. Consideró que la labor desarrollada por él hasta entonces tenía escasa significación si se la comparaba con la que ahora le incumbía. Pisó tierra venezolana, sintió el fervor colectivo que había despertado la revolución y entró resuelto a trabajar por su pueblo, como si fuera la primera vez.

No todas las revoluciones son demoledoras, como la francesa de 1789, que arrancó el poder a la nobleza y se lo dio a la burguesía, ni la de octubre de 1917, que echó abajo el poder de los terratenientes y de los burgueses para dárselo a los obreros y a los campesinos. En la propia Rusia, en febrero de ese mismo año, hubo una revolución de menores alcances, pero fue una revolución del pueblo, que depuso al zar y elevó a la burguesía rusa al mismo plano de la vieja clase gobernante. Hasta el 18 de octubre de 1945 los artesanos y los obreros de las ciudades venezolanas no eran tomados en cuenta, y desde entonces llenaron las plazas, votaron para la presidencia y el Congreso, multiplicaron los sindicatos y encontraron gobernantes distintos; porque el presidente tuvo que marcharse, cumpliéndose así la profecía de Jóvito, y se disolvieron el PDV y las Cívicas Bolivarianas, que fueron reemplazados por un nuevo partido, y la política pasó a ser ejercicio de muchos. Revolución la llamaron Jóvito, Caldera, Herrera Campíns y los comunistas. ¿Por qué? Porque lo primero que se exalta en una revolución es el espíritu de la gente, y bastaba caminar en medio de ella para darse cuenta del entusiasmo popular, del deseo de participar, de

la vigilancia espontánea en caso de una amenaza contrarrevolucionaria y del empuje frenético de las masas que no querían volver atrás. También era muy perceptible para los viejos políticos, quienes se refugiaron en sus casas y guardaron un silencio rencoroso.

La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Betancourt, rebajó los alquileres y los precios de los combustibles y de las tarifas de electricidad, aumentó los sueldos de los maestros y empleados públicos, estableció comedores populares e importó alimentos, reabrió la universidad del Zulia, otorgó créditos, fundó con Colombia y Ecuador una empresa de navegación, y para ello incrementó hasta el cincuenta por ciento la participación de la nación en el producto petrolero.

La consigna fundamental de la revolución era el sufragio universal, directo y secreto, y la Junta gobernante, compuesta por cuatro líderes de Acción Democrática, dos militares y un independiente (Edmundo Fernández, propietario de la casa donde se reunían los conspiradores) nombró a Andrés Eloy para presidir la comisión que redactaría el estatuto electoral y un proyecto de Constitución. Para el 1º de marzo de 1946 estuvo listo el primero de los dos, y Andrés Eloy lo presentó en la universidad de Caracas. Con un gran tacto comenzó su discurso, sorteando los peligros emanables de un auditorio que le era adverso, pues en esa casa de estudios predominaban los profesores y estudiantes desafectos al nuevo régimen. Su exposición mostró los adelantos que contenía el estatuto, como la representación proporcional de las minorías, el voto para todos los mayores de dieciocho años, sin excluir a los analfabetos, la incompatibilidad entre las funciones electorales y las ejecutivas, el número de mesas electorales, el derecho a ser diputado por una provincia diferente a la de su residencia, y la inconveniencia de otorgar el voto obligatorio y de conferírselo a los militares: "El ciudadano armado con el fusil y el ciudadano armado con el voto complementan una fórmula de salvación de la democracia o de las instituciones establecidas, cualesquiera que ellas sean; pero la posesión en una sola mano de las dos armas, deja indudablemente a uno de los dos en desigualdad, y ese uno de los dos es el civil".

El proyecto de Constitución redactado por la comisión que presidía fue explicado en el Nuevo Circo el 16 de septiembre. Aclaró que ese proyecto tenía la única finalidad de facilitarle su trabajo a la Constituyente que se eligiera, y anunció el título preliminar de la misma, una novedad en Venezuela: "al lado de sus riquezas materiales, tiene a Bolívar, y yo he querido poner a Bolívar en el templo de las constituciones". Al mencionar la Federación, la concordó con la realidad, en lo cual fue muy consecuente cuando se discutiría el punto en la Asamblea Constituyente, pues él entendía que lo federativo debía traducirse en la descentralización administrativa, en un plan coordinado con los organismos centrales.

Los comunistas dijeron por boca de Juan Bautista Fuenmayor que habían errado en su apoyo incondicional a Medina. Jóvito agrupó tras sí el ala luminosa del PDV y pidió un gobierno de integración: "situaciones como ésta no pueden ser garantizadas por un gobierno de un determinado color... Mas, el pueblo lo dice y nuestra historia lo confirma: una cosa piensa el burro y otra quien lo ensilla. Acción Democrática era burro antes del 18 de octubre y ahora es ensillador". Sin nombrar a Jóvito, de quien era muy amigo, Andrés Eloy le contestó en el Nuevo Circo: "No es posible decirle al gobierno de un país: compáctese usted conmigo, porque si usted no se compacta conmigo, usted va a cometer un fraude electoral". Y agregó: "¿Se podría pensar en los sectores derribados por el impacto revolucionario? Esto sería lo mismo que si representáramos el poder con un billete de diez bolívares. Dos hombres se encuentran y luchan por la posesión de aquel billete y uno de ellos logra derribar al otro; lo pone en el suelo, le da golpes; le cuentan diez, se levanta y después que se levanta, este hombre le da cinco bolívares al otro. Para eso no valía la pena que se hubieran agarrado". Finalizando su discurso, dijo Andrés Eloy: "¿Qué hubiéramos ganado con un gobierno de integración nacional en que Gallegos hubiera sido ministro y a mí me hubieran nombrado presidente de un estado y al otro gobernador, y siempre hubiera salido el doctor Biaggini de presidente de la República? A veces parece como si se olvidara un

poco que el problema es electoral. De allí va a salir todo... como si Acción Democrática fuera una pareja que está bailando con los militares y quieren pedirle una palomita y quitarle la pareja".

La oposición estaba siendo capitalizada por Caldera y su partido social-cristiano. Los lopecistas y los medinistas no se atrevieron a dar la cara. En casi todo el país resultaba muy difícil enfrentársele a Acción Democrática, pues las masas la consideraban su partido. Pero en los Andes encontró COPEI su más firme baluarte; porque la Iglesia era allí acatada ciegamente por el campesinado, y la carta pastoral de los obispos, fechada el 29 de enero de 1946, fue terminante: "Debe negarse en absoluto el voto... a los que pretenden quitar el sacrosanto nombre de Dios en nuestras leyes". Inútil fue que los de Acción Democrática se persignaran en las tribunas cuando comenzaban sus peroratas proselitistas y que los campesinos escucharan palabras favorables al gobierno en labios de personas que antes reverenciaban; porque la palabra que iba adelante era la de los sacerdotes y la que iba encima era la de Caldera, quien el 2 de octubre de 1946 proclamó en Mérida, al pie de la estatua del Libertador, "Porque creemos en un Dios, que desde lo alto mira las acciones de los hombres y sabemos que él hará resplandecer en nuestra tierra la justicia".

Ese mes de octubre Andrés Eloy llegó con Rómulo Gallegos al aeropuerto de San Antonio del Táchira; se detuvieron en los Capachos y hablaron en la plaza Bolívar de San Cristóbal. Dieron su palabra de que no borrarían el nombre de Dios en la constitución y en la noche de la víspera, en el Salón de Lectura, Andrés Eloy brindó a los tachirenses con un recital de sus poemas, que fue seguido por un público que debió congregarse en la plaza, porque el local se encontraba repleto de espectadores. Gallegos regresó por avión a la capital y Andrés Eloy emprendió un recorrido en automóvil hasta Caracas, con escalas en los pueblos y ciudades del camino. En Mérida dijo a los estudiantes que en esas altas tierras no se podía mentir, porque estaba más cerca del cielo, y también recitó sus versos, al lado del poeta León Felipe, quien escandalizó al diario de la localidad por sus alusiones despecti-

vas al Vaticano. En Barquisimeto –cuenta la periodista Aura Gómez– "la gente desbordó las calles, trepó a los árboles, se subió a los vehículos, llevó a los niños, a los ancianos" para oír al poeta. "Así anduvo por todos los rincones de la patria, improvisando con pasmosa facilidad, haciendo vibrar al pueblo venezolano con el don mágico de su palabra".

El éxito de COPEI en los estados andinos es explicable con un ejemplo: el que sucedió en Tovar, el 4 de diciembre de 1947. Sentada a la ventana de su casa, en la calle principal de Tovar, se hallaba ese día una anciana maestra, Ananías Avendaño, junto con su hermana Josefa. Los ojos de las dos mujeres nunca habían visto en la población donde nacieron un acontecimiento semejante. El paso de automóviles se interrumpió, porque esa mañana una muchedumbre de campesinos cuadruplicó los cinco mil habitantes que entonces tenía Tovar. Los que llegaban provenían de los campos de Guaraque y Bailadores, de las tierras llanas situadas al sur del lago de Maracaibo, de las remotas comarcas dispersas en los confines meridionales del estado Mérida, donde todavía no habían visto un automóvil; otros llegaban de los páramos y de las aldeas adyacentes a la población, cuyo acueducto se quedó sin agua y cuyas calles rebosaron de excrementos dejados por las bestias; porque muchos arribaron a caballo, mientras otros lo hicieron a pie. Desde el siglo XIX, Ananías y Josefa no veían aquellas enaguas que estuvieron de moda cuando ellas eran muchachas. Los que llegaron blandían crucifijos y, a falta de banderas verdes (ya el azul de los opositores merideños había quedado atrás), exhibían a lo alto hojas de plátano. El campeón católico que se acercaba, a quien aclamaban los miles y miles de campesinos, llegó al anochecer; pero desde muy temprano lo aguardaban. Los pasteles y cambures de los expendios de comida y el guarapo fuerte de las pulperías desaparecieron en los gaznates de aquellos hombres ansiosos de darle un ¡viva! al ungido del Espíritu Santo. Pero por más que se jactaran de su ascendiente sobre los campesinos, no eran los políticos los que los habían convocado para que vinieran a Tovar; eran los curas de los pueblos los que habían hecho el llamado a grandes voces desde el púlpito y en

murmullos misteriosos desde las sacristías, y habían enviado la orden a los comisarios de las aldeas para que no quedara ningún ser viviente en sus moradas rurales. Todos debían venir a ofrecerle sus vidas, si necesario fuera, al enviado de Dios que salvaría sus bienes, sus personas y sus creencias de la amenaza de los comunistas que, por obra del diablo, habían tomado el poder en Venezuela. La maestra Ananías, vieja amiga del padre Moreno y quien cada 26 de julio vestía en la iglesia a Santa Ana, patrona de su escuela, contemplaba desde su ventana aquella efusión religiosa del campesinado y se percataba del fervor de esas gentes humildes, pero no podía creer en el motivo que los inducía a expresar su místico arrebato; porque ella había enseñado a leer a por lo menos cinco generaciones de tovareños y sabía que ninguno de sus discípulos, que respaldaban al régimen revolucionario, sería capaz de atentar contra la fe de sus mayores. Como los conocía bien, porque fueron sus alumnos, a ella le pareció desproporcionada la agitación promovida por el padre Moreno, y eso que éste era uno de los curas más moderados de la diócesis, pues de los templos de Santa Cruz y Zea, de Chiguará y Mucuchachí, partían las invitaciones a votar, según rezaba la propaganda copeyana, por "el candidato más joven de América" (tenía 31 años), por lo que un adeco maledicente lo llamó el santo más joven de América.

Así se organizó el partido de Caldera en los Andes: apoyado en los báculos de los obispos, propagado desde los presbiterios, surgido a media voz en el secreto de los confesonarios, entre cohetes disparados en los altozanos y repiques que bajaban de los campanarios. Hubo seguidores tan convencidos de Caldera que uno de ellos, don Antonio Lobo, estimó que Tovar no era suficientemente cristiano y, vestido de verde desde el sombrero hasta los zapatos, mudó su domicilio para el pueblo de Calderas, en el estado Barinas. Veinte años después la Iglesia se dejó de esos aspavientos; pero aún se veía, en la repisa de los santos, el retrato de Caldera iluminado con lámparas votivas.

La cantinela de COPEI le rindió frutos en las elecciones. Alguno de sus lingüistas formó una sola palabra con las letras iniciales de Acción

Democrática y la primera sílaba de comunista, y el vocablo "adeco", así inventado, tuvo tal aceptación que Rómulo Betancourt haría uso de él en una frase famosa: "adeco es adeco hasta que se muera".

Apartando sus versos humorísticos, el único poema abiertamente político de Andrés Eloy es su romance *Mano Juan entra a la fila*. Dos versos del mismo imitan el habla de Juan Bimba, anteponiendo la primera persona del singular a la tercera: "Somos de Acción Democrática/ yo y el negro Evangelista". El crítico José Clemente Ocanto comenta este poema: "En él Andrés Eloy Blanco derramó su chispa creadora y un sentido humano que renovado en la actualidad marca caminos a todos los hombres del pueblo". Mano Juan entró a la fila la primera vez porque recibió una orden imperiosa; pero la segunda entró gustoso porque la fila era la de votar y aquel año era un año revolucionario, y es sabido que las revoluciones, aunque sean pequeñas, tienen su poesía.

Su arma, **la campanilla**

En la euforia revolucionaria de 1946 la Junta de Gobierno viajó a México. En el paseo La Reforma de la ciudad capital los presidentes Ávila Camacho y Betancourt develaron una estatua del Libertador. El orador fue Andrés Eloy, cuyo discurso recibió los más cálidos elogios de la prensa mexicana; porque ese 24 de julio el poeta se elevó a la altura de Martí, quien medio siglo antes pronunció en la Sociedad Latinoamericana de Nueva York una apología de Bolívar equiparable a la del venezolano, pues resulta muy difícil decir cuál de las dos es más hermosa. Es que José Martí y Andrés Eloy Blanco eran poetas de sus pueblos, eran apóstoles de sus pueblos, eran los más grandes tribunos de sus pueblos, eran dos vidas entregadas a sus pueblos. La política fue para ambos el medio de que se valieron para servirles a Cuba y Venezuela. No les bastaba poner las letras al servicio de sus patrias: pusieron también sus vidas. Y no buscaron posiciones de mando. La recompensa a que aspiraban era la felicidad de sus pueblos. Martí, independizando al suyo de España; Andrés Eloy, liberando al suyo de un fardo secular de miserias; y para conseguirlo, sufrieron sin odio todos los padecimientos. Los dos vieron en Bolívar un ejemplo y lo señalaron, como lo hicieron en sus discursos de Nueva York y México,

y sus propias personas lo siguieron sin desmayos, que era otra manera de enseñar el ejemplo.

"Mira –dice Martí–, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo. ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

"Se miraba hacia atrás –dice Andrés Eloy–, como si Venezuela hubiera muerto en Carabobo y América en Ayacucho; y los pueblos se movían, isleños, bajo la sombra de Bolívar, el hombre que servía para todo, como las constituciones; de Bolívar sacaban astillas para hacer alegorías y astillas para hacer cadalsos. Y con la sombra de Bolívar disimularon su sombra los sombríos. Y el pueblo lo que necesitaba no era cobijarse bajo la sombra, sino bajo la luz de Bolívar; pero esa luz se perdía en los fogonazos de las entradas triunfales, cuando tan simple hubiera sido encontrarla en la sed de los sedientos y en la receta de los estandartes, luz y agua, agua y luz, la fórmula del iris".

Martí habló en una sala muy selecta de representantes de naciones latinoamericanas. Andrés Eloy habló ante el pueblo humilde de una inmensa ciudad. Por esto, el final de su discurso es una arenga a los mexicanos, "¡Pueblo de México!, refugio de la democracia perseguida; pueblo de la trinchera contra las usurpaciones domésticas y contra las codicias internacionales; aquí te dejamos tu Bolívar de bronce, hecho de hoy para mañana; tiene el olor de las muchedumbres costeras, tiene el aroma de las altas multitudes montañeras, tiene el perfume de las profundas llaneradas... y con tu Hidalgo, tu Morelos, tu Juárez, tu Madero, tu Obregón, con tus héroes y tus apóstoles dale oficio de trabajador a cada estatua. Mil estatuas que tengas, mil bronces que poseas, sean las mil campanas de tu Cholula histórica; de bronce a bronce, sacude tus efigies a la hora de tus grandes somatenes; y cada

vez que se reclame una convocatoria del espíritu americano, como el badajo de las campanas, repique el corazón de las estatuas".

El 17 de diciembre de 1946 prestó juramento Andrés Eloy como presidente de una asamblea que, a no ser por él, se habría disuelto entre gritos y diatribas. Su partido obtuvo en los comicios el 78,8 por ciento de los votos; pero los diputados que representaban al resto de los electores iban dispuestos a la pelea, encabezados por Rafael Caldera. Ésta comenzó el mismo día de la instalación. El presidente anunció que tendrían trabajo de creadores, porque les tocaría llevar al texto legal las aspiraciones derivadas de una revolución cuya vigencia estuvo a punto de perderse en los días anteriores, por un intento subversivo. Habló como el legislador de un pueblo que quiere dotarlo de una ley que satisfaga a todos: "Nos están contemplando desde el ayer los fundadores del gran hogar venezolano; nos están contemplando desde el mañana los niños que no tienen la culpa de lo nuestro y que esperan una obra limpia de los pecados de los tiempos".

Caldera aprovechó la oportunidad de que el acto era trasmitido por radio, para pedir la radiodifusión de todas las sesiones, y encontró discrepantes el lenguaje del presidente de la asamblea y el que acababa de proferir el presidente de la Junta Revolucionaria. No era el momento de empezar el pugilato, pues se trataba de un acto de instalación; pero Luis Lander, jefe de la fracción adeca, se decidió a refutar a Caldera, quien en definitiva logró que el pueblo oyera por la radio los debates que durarían trescientos nueve días.

El primer punto de fricción fue el tema religioso, que se centró en el patronato eclesiástico, heredado de los reyes de España. Los cuatro sacerdotes que había en la asamblea participaron en la discusión y Domingo Alberto Rangel pronunció un largo y documentado discurso que, según él recordaría cincuenta años después, le fue solicitado por Andrés Eloy. Y seis sesiones se dedicaron a debatir sobre las torturas infligidas a miembros del partido de Jóvito; pero tanto ardor quedó sofocado cuando Lander propuso que el caso se sometiera al juicio de un tribunal especial.

Como en el Congreso de López Contreras y en el de Medina, también en la Constituyente surgió un conflicto cuando se planteó el tema de la educación religiosa. En 1946 el ministro de Educación hizo promulgar el Decreto 321, que fue rechazado rotundamente por los obispos, y los jesuitas movilizaron los colegios privados en protesta por ese decreto y por el artículo constitucional que reservaba al Estado la formación del magisterio. Los presbíteros Carlos Sánchez Espejo y José León Rojas reivindicaron para la Iglesia la orientación en la educación. El comunista Juan Bautista Fuenmayor motejó al catolicismo de oscurantista, que creía en la leyenda de que Dios hizo a Adán "de una pelota de barro" y a Eva de una costilla de Adán. El padre Pulido Méndez intervino para exponer las buenas relaciones de la ciencia con la religión; pero el debate se enconó cuando la diputada Mercedes Fermín propuso conferir al Estado la suprema inspección en materia educacional. Andrés Eloy contradijo la tesis copeyana de que la familia es por naturaleza la rectora educacional y que el Estado es un simple delegatario de la familia: "La unidad familiar no es absoluta dentro de la familia contemporánea... Dentro de una sola familia podéis observar diversas, dispares y hasta contradictorias opiniones religiosas y sociales... Viejo y muy viejo es aquello que nos suelen contar todas las biografías, cuando al hablarnos de los grandes hombres de la historia, es extraño que falte aquella fórmula: 'sus padres querían que fuera obispo, sus padres querían que fuera militar, sus padres querían que fuera labrador, y el fue poeta'". También él habló acerca de la conciliación entre la ciencia y la fe religiosa, y de paso citó a un profesor que decía a sus alumnos: "Hijitos: la primera pareja la formaban un mono que se llamaba Adán y una mona que se llamaba Eva". El epílogo de su intervención fue el relato de una mujer prisionera en el castillo, donde tuvo un hijo "sucio, flaco, amarillo, a quien no había quien le diera un año más de vida, y meciéndolo en sus brazos dijo: –Él va a ser presidente de la República".

El chiste del mono y la mona provocó la protesta del copeyano Edecio La Riva, quien afirmó que Andrés Eloy se había burlado de los sím-

bolos espirituales, y el poeta abundó sobre ello: "No sería yo quien dejara de reconvenir a quien mirara con desdén aquellos bíblicos relatos. Es imposible negar la fuerza decisiva que tuviera para darle todo un sentido al mundo; y menos, la sustancia de poder interior que durante tantos siglos dio a la humanidad occidental filosofía y voluntad suficiente para sobrellevar todo un destino sin ventura. Dejaría yo de ser quien soy y traicionaría mi condición de poeta si hubiera desconocido ya el soberano simbolismo que ennoblece los seres; la imaginación es la madre de la poesía, la fantasía es la semilla de la creación y el milagro es la forma original de la metáfora. Cuando un poeta transforma un rayo en un clavo de oro y un trueno en golpe de martillo, está asumiendo un noble parentesco con el poeta supremo que transforma el agua en vino, y si no fuera sino por respeto a las fuentes de la belleza generosa, estaríamos obligados a venerar los monumentos poemáticos que culminan en la Biblia... No sería yo quien soy si al lado de la opulenta evocación, cargada de lirismo tradicional, no dijera que no es menos fuerte ni se traiciona menos la dulce remembranza de la madre que nos decía su doctrina, allá, bajo el cielo estrellado del pueblo provinciano, sentada la familia en íntima tertulia; mientras nos mece en sus rodillas, la madre nos ofrece su clara lección de las dos vidas; sin lecturas, sin ciencia, nos imprime su cristalino conocimiento del mundo y de sus causas; y no es sino respeto y emoción lo que sentimos ahora al evocar el candoroso aprendizaje... Pero, yo tengo un concepto del artista contra el concepto de la torre de marfil, yo creo que el artista es un colaborador del grupo social; los artistas fundaron, los artistas crearon. Homero fundó a Grecia; cuando Pericles fue grande fue porque había sabido imitar héroes grandes de Homero: el reposo de Diómedes, el heroísmo de Aquiles y la astucia de Ulises. Los artistas son creadores y, sin embargo, señores, los artistas creadores aceptan su papel de colaboración con el Estado".

Los copeyanos propusieron la completa autonomía universitaria, los adecos la aceptaron limitada y los comunistas la rechazaron de plano. En este debate, Lorenzo Fernández, segundo de Caldera, mencionó la

hispanidad y citó el "magnífico y bello *Canto a España,* y yo creo que el representante Sotillo no va a tildar de falangista al ciudadano presidente por haber hecho su magnifico canto". Andrés Eloy, aludido, distinguió dos clases de hispanidad y dijo que cuando él escribió su canto, era un ausente de las realidades de su tierra, pero que se encontró consigo mismo cuando presenció la ejecución de tres sentenciados en Madrid y al día siguiente escribió su *Elegía del 5 de mayo,* que le costó una reprimenda del gobierno de Primo de Rivera. "Los estudiantes de Venezuela en el año 28, merecen de mí no sólo compañerismo y admiración; merecen también gratitud. Yo me sumé a ellos desertando de una generación... Allí está entre nosotros Alberto Ravell, quien un 19 de noviembre me recibió en Puerto Cabello y un 31 de diciembre, varios años después, me despidió allí mismo. Que diga él si el hombre que entró era igual al que salió. ¡Bendito sea Dios por ese cambio!". Los "aplausos prolongados" que indica la trascripción taquigráfica y que interrumpieron tres veces al orador, nos revelan el patetismo que envolvió el recinto parlamentario al oír esta espontánea confesión.

El 11 de abril Andrés Eloy hizo uso de su autoridad como presidente para evitar un incidente mayor que el ocurrido ese día. El embajador de Estados Unidos se encontraba en el palco de los diplomáticos en el momento en que Juan Bautista Fuenmayor se expresó en fuertes términos contra la nación del norte. El embajador, que se había tomado unos whiskies, protestó ruidosamente y un asistente a las barras lo insultó. El presidente de la asamblea declaró un receso, ordenó el retiro del espectador irrespetuoso, se dirigió al palco de los diplomáticos y condujo al embajador Frank P. Corrigan a las puertas del Capitolio.

Otro día de ese mismo mes presidía la sesión el segundo vicepresidente, Augusto Malavé Villalba, obrero no muy culto entonces, quien sufría de lambdacismo y por esto cambió una ere por una ele. -Se va a "abril"- dijo. Edecio La Riva, que era bastante pendenciero, le reprochó el error de dicción. Andrés Eloy subía los escalones del estrado y oyó el reproche. Al sentarse en la presidencia, habló emocionado: "-El compañero Malavé se levantó esta mañana contento. ¡Y se sintió poe-

ta! Y se hizo la resolución de comunicárselo a sus compañeros de cámara. Y es así como al comenzar la sesión, les ha dicho: 'Se va abril'... y viene mayo, con sus lluvias y sus flores... Yo le agradezco al compañero el apunte". Y entonces, agitando la campanilla, dijo con gran solemnidad: "-Se va abril". Y hubo un silencio magnífico en la cámara.

En la asamblea no sólo se discutía el articulado de la Constitución sino la pugnacidad política del momento. El padre Sánchez Espejo y Caldera condenaron la coacción que, según ellos, se ejerció en los Andes contra el electorado copeyano. Andrés Eloy, como ducho parlamentario que era, los rebatió en estos términos: "... ¿qué resulta de esto? Que si todas las maniobra de Leonardo Ruiz Pineda, y de los jefes civiles y comisarios respaldados por el gobierno revolucionario y por Acción Democrática, no pudieron contra la dignidad electoral desplegada por el votante tachirense, que quiso depositar, por encima de todo, la expresión de su voluntad soberana, y si todas estas maniobras que fracasaron allá triunfaron aquí, sería el pueblo de Caracas, este pobre pueblo de Caracas, sin dignidad ninguna, el que sí les tuvo miedo a las maniobras de Acción Democrática".

Había que decidir sobre la elección de los gobernadores de estados, y Acción Democrática tropezó con que ella sostenía la bandera de la Federación. Gustavo Machado hizo el planteamiento casi con descaro: "Se trata realmente del gravísimo problema que constituiría la elección de un presidente del estado Táchira y de un presidente del estado Mérida, el primero un hombre de López Contreras y el segundo un hombre de los Parra". Los adecos se mostraron reacios a conceder la elección popular de los mandatarios regionales, por el motivo que expuso Machado. En esto no los acompañaron los independientes proadecos, ni siquiera el barinés Cristóbal Hernández Acevedo, por lo cual lo sancionaron con la expulsión del partido. La bancada de Copei habló de una nueva traición a la tesis federal y sostuvo, por boca de Desiderio Gómez Mora, que "sí es esencial al sistema federativo ese derecho de los estados a darse sus propios mandatarios". Andrés Eloy respondió: "Desde que abrió los ojos a la vida el doctor Gómez Mora,

que fue un poco después de cuando los abrí yo,... no ha visto una sola elección popular de presidentes de estado, ¡y ha vivido bajo un régimen federal venezolano!" Y agregó: "No me negará el doctor Gómez Mora que, así como el estado Mérida, el estado Táchira, el estado Trujillo y el estado Lara tienen derecho a escoger el sistema directo para la elección de su presidente, podrían también el estado Sucre, el estado Falcón y el estado Apure escoger el otro método".

Al fin, en una disposición transitoria, la elección de gobernadores se remitió a un plebiscito que se celebraría dentro de los dos años siguientes. Esto fue muy criticado por Betancourt. Pero más grave aún fue el temor reinante en el país de que se produjera una guerra civil, promovida desde el exterior por López Contreras. Andrés Eloy la definió así: "es el campo mustio, es el surco apretado y reseco. Son las piedras embistiéndose en el canto del poeta martiano. Es el costillar blanco del ganado, como el blanco varillaje del abanico que dejó la patria en fuga. Son los pozos de petróleo ardiendo. Es el país sin frutos, sin industrias y sin afluencia humana. Y es el peligro internacional y es la estrangulación de las fuerzas productoras y es el asesinato del potencial humano de la patria".

López Contreras incitaba a Delgado Chalbaud, "hijo de padre andino y... nacido en Caracas", para que acabara con el regionalismo, que él mismo estaba exacerbando, a tal punto que el presidente de la Junta Revolucionaria denunció las maniobras tendientes a separar los estados andinos y el Zulia del resto del país. Andrés Eloy anatematizó esas maniobras y añadió: "Contra esta asamblea va dirigida la inquina de los divisores, y lo que va contra esta asamblea va contra la patria misma... Es necesario que ellos sepan que la República tiene un heredero: el pueblo; y que aquí están sus abogados".

Hubo una larga polémica en el seno de la asamblea entre Andrés Eloy y Caldera, en la cual cada uno exhibió sus méritos de autor de libros; porque Caldera entendió que la alusión de Andrés Eloy al "lechero de la literatura" apuntaba a él. Fue tal vez el único enfrentamiento personal entre los dos adalides de la Constituyente, ya que

Caldera reconoció posteriormente "el fino temperamento de Andrés Eloy Blanco" y puso de relieve esta faceta del presidente de la histórica asamblea: "cuando la violencia verbal hacía parecer imposible la permanencia de la minoría en el seno de la asamblea, él buscaba en los inagotables recursos de su talento la manera de echar, sin aparecer desautorizando abiertamente a sus más apasionados compañeros, un refrigerio sobre el espíritu atormentado de la cámara, que era un eco del espíritu angustiado de la patria".

Juan Guglielmi era uno de los independientes postulados en las listas de Acción Democrática. En la Constituyente propuso elevar a rango constitucional al que popularmente se conocía como cuarto poder, que se llamaría "el de la prensa". Mientras se reponían de la sorpresa, los asambleístas acordaron someter al estudio de una comisión la que Andrés Eloy denominó "disposición Guglielmi"; pero anticipó que, de aprobarse la propuesta, la prensa quedaría sometida a las limitaciones sancionadas para los otros tres poderes. Él la quería libre en todos los sentidos: que no hubiera ley que la reglamentara; que los periodistas no levantaran cercas gremiales a su profesión; que cualquiera pudiera editar periódicos, y que los dueños de éstos no controlaran las opiniones de quienes escribían en ellos. Ni censura oficial ni censura capitalista. Dijo Andrés Eloy que si el consorcio norteamericano del señor Hearst hubiera funcionado como un cuarto poder de carácter legal, dados sus intereses opuestos a las innovaciones del presidente Roosevelt, éste no habría durado quince días como presidente de Estados Unidos.

A Andrés Eloy, a quien le tocó ser periodista bajo una dictadura, le parecía insoportable que los gobiernos controlaran la prensa (él nunca utilizó la televisión, pero sí la radio) y pedía para ella libertad irrestricta. Temía que el Ejecutivo le impusiera regulaciones, mas también que los controles fueran impuestos por el capitalismo: "Venezuela está sometida también (porque en ella están radicados, y explotan y actúan, poderosos movimientos de capital) a que en un momento dado un presidente democrático venezolano pueda ser sacudido, y con él el

cimiento de la democracia misma, con un solo cheque para llevar contra ese presidente democrático toda una mayoría de prensa, contra la que no podrían los pobres bolsillos de los periodistas".

El representante Rigoberto Henríquez Vera conserva una decena de papelitos de los muchos que Andrés Eloy enviaba con el ujier de la asamblea a sus amigos del cuerpo legislativo. En una ocasión el padre Rojas anunció que rezaría un rosario para la conversión de Gustavo Machado. No tardó éste en recibir la siguiente copla:

"Después de mostrar su celo
Rojas, sin rencor gregario,
se va a rezar un rosario
para que vayas al cielo".

Luis Alfaro Ucero asumió la responsabilidad de presentar el texto de un inciso constitucional que permitía la detención o el confinamiento, por orden del presidente de la República, de cualquier ciudadano sospechoso de conspiración. El revuelo causado en la Cámara alborotó a la opinión pública. Acción Democrática recortó el alcance de la disposición propuesta, agregándole que esas medidas de prevención no podían adoptarse sin la aprobación del consejo de ministros y la ratificación del Congreso. Alberto Ravell calificó al inciso, que pasó a llamarse Alfaro Ucero, de mancha "en esta tarjeta blanca de las elecciones". Gustavo Machado y Branger no le concedieron mayor utilidad a la norma. Branger lo dijo sin ambages: "el arma que pretendemos poner en manos del presidente de la República será usada especialmente contra los civiles, y la verdad es que en Venezuela no han sido los civiles los que han tumbado gobiernos; en Venezuela ha sido siempre el ejército, ese tabú que no se puede nombrar".

Caldera preguntó de qué valían la libertad de pensamiento y las demás garantías estampadas en la Constitución, si éstas quedaban al arbitrio del gobierno. En su réplica, el jefe de la fracción mayoritaria preguntó, a su vez, de qué valían los derechos constitucionales si se

permitía conspirar contra ellos. La votación del inciso se acordó que fuera secreta, y todos los diputados de Acción Democrática votaron a favor.

Andrés Eloy justificó el inciso en el Nuevo Circo. Lo comparó con una disposición parecida que figuraba en la Constitución colombiana, según la cual no era necesario consultar al parlamento. Lo comparó también con la anterior Constitución venezolana, cuyo inciso sexto autorizaba al presidente para calificar a un hombre de comunista y mandarlo al destierro, como hizo López Contreras con cuarenta y siete ciudadanos. Mostró que el artículo 37 de la Constitución de 1945 decía simplemente: "podrá arrestarse". "Este reflexivo –comentó Andrés Eloy– es el reflexivo más irreflexivo que yo he visto", pues el arresto podría venir hasta de un gobernador o de un jefe civil. Y terminó con esta observación: "¿Por qué nuestros obreros y campesinos no tuvieron tanto miedo y por qué pidieron la disposición? Señores, porque obrero no conspira".

El 5 de julio de 1947, el centenar y medio de diputados que integraban la Constituyente firmaron la Constitución. Su vigencia no duró sino un año y cinco meses; pero la que se promulgó en 1961, depuesta la dictadura militar, era en esencia la misma de 1947. No lo reconocieron así los legisladores de 1961, porque ello habría sido como un golpe de pecho por parte de ellos, que tanto se pelearon bajo la presidencia de Andrés Eloy. Durante nueve años sufrieron el rigor provocado por sus intransigencias. La Constitución de 1961, la de más larga duración en la historia de Venezuela, era como un propósito de enmienda que se cumplió al principio. El que estampó la primera firma al pie de la Constitución de 1947 sabía que ésta prevalecería contra la fuerza: contra la fuerza verbal de los que se enfrentaron en el Capitolio cuando ella nació y contra la fuerza bruta de los que la derogaron sin comprender que era la ley de un pueblo.

¿Cuáles eran las metas fundamentales que alcanzó la Constitución de 1947? Helas aquí enunciadas en lengua de poeta, por quien puede llamarse su principal autor: "Aquí está, en estas páginas, el objeto pri-

mordial de la Revolución. Yo la saludo y la juro, como soberano de mi derecho; yo la saludo y la juro, como señora de mi conducta ciudadana. No la ofrecemos al mundo como obra perfecta; pero es hermosa, hermosa como su hermana primogénita. Nació del sufragio universal, contiene las más elevadas providencias en legislación del trabajo, contiene lo más nuevo en la defensa social; entre sus hojas, con sus cuatro pétalos abiertos, está la flor de las cuatro libertades. Tiene un regazo para el niño de Venezuela. Y para que tuviera el tono y el estilo maternal, podréis hallar en ella... la puntada de amor, el cairel de ternura, la tibia artesanía de conciencia que por la primera vez en nuestra historia pudo dar la mujer venezolana para que la ley de los hijos naciera en las rodillas de las madres".

El 22 de octubre de 1947 clausuró Andrés Eloy la Constituyente con un discurso que comenzó con la aritmética de que hizo uso para informar cuánto había costado en dinero la asamblea: la mitad de lo que le había imputado la prensa opositora. No eran dieciséis millones, sino siete millones y medio lo que recibió, de los cuales correspondió diariamente a cada diputado la suma de cien bolívares, y sobraron un millón trescientos mil bolívares, que fueron reintegrados al fisco. "Y agréguese a ese balance la calidad de su composición, la pasión venezolana de sus debates, la superación del obrero hecho abogado de sus ideas, de la mujer hecha verbo de sus sentimientos, de las regiones hechas lengua de sus derechos, de los partidos hechos ascua de sus ideologías".

Su despedida la inició con estas palabras: "Ciudadanos diputados, esa campanilla ha sido, durante diez meses, en mi mano, la voz de la soberanía. Su voz de niño ha encarnado la más alta autoridad de mi pueblo. En testimonio de gratitud por el inmerecido honor que me hicisteis al designarme para presidir vuestras deliberaciones, os vengo a decir que ese signo purísimo de la palabra popular no tembló nunca entre mi mano; que estimaría como el mejor de mis orgullos el que dijerais, al llegar a vuestros hogares, que mi modesto trabajo se significó por el respeto igual a las fracciones en el combate parlamen-

tario. Y que, seguro como estoy de que con este acto no hacemos sino dar paso a la acción en que se haga carne de sufragio el verbo de la Constitución y el Estatuto, alzo mi voz por la dicha de la patria, y en el momento de abandonar la casa de la ley para recibir en el proceso electoral la ley de la casa dictada por la boca de las urnas, por la última vez, junto al reposo de la campanilla, dejo caer la frase de mi oficio: ¡Tiene la palabra el pueblo venezolano!".

Probidad **con donaire**

La Revolución de Octubre recibió apoyo en el exterior, de donde venían políticos y escritores a testimoniar su solidaridad con ella. En su primer aniversario se celebró un mitin en El Silencio, pues el Nuevo Circo era insuficiente, con la presencia de Jorge Eliécer Gaitán, que por esos días arrastraba tras él a las multitudes colombianas. Con el mismo verbo fogoso con que hablaba en su tierra, habló a los venezolanos. "Pueblo. Ni un paso atrás en esta maravillosa obra que estáis realizando con un gobierno comprensivo y sin una vacilación, porque el ritmo de vuestros corazones es el mismo ritmo del corazón de todos los hombres de América. El hombre vale por su tenacidad. El hombre vale por la rotundidad que ponga en el amor de sus ideas. Nada puede detener al pueblo ni hacerlo vacilar; y si un solo varón quedara en Venezuela de todos los que aspiran a ser libres, que ese hombre solo se sienta obligado a la batalla, porque yo diría que vale más una bandera solitaria sobre una cumbre limpia que cien banderas extendidas sobre el lodo".

Don Álvaro de Albornoz, representante de la República española en el exilio, dio las gracias a Andrés Eloy en el Nuevo Circo por el saludo que éste le brindó, y elevó su verbo, muy elocuente, contra la dictadu-

ra de Franco. Iniciando el acto, el presbítero Luis Eduardo Vera, el único de los cuatro sacerdotes que en la Constituyente se adhirió a Acción Democrática, testimonió su apoyo a los desterrados españoles y sutilmente enderezó su crítica contra la jerarquía eclesiástica de Venezuela.

Los representantes de Guatemala, cuyo presidente, Juan José Arévalo, compartía la política del gobierno venezolano, fueron recibidos por éste sin el protocolo que se acostumbraba; porque ambos regímenes eran muy populares.

Víctor Haya de La Torre también pronunció discursos ante el pueblo, que lo aplaudió entusiasmado cuando el líder peruano defendió su programa de integración latinoamericana.

Vinieron Américo Ghioldi y otros líderes socialistas argentinos, quienes fueron recibidos no sólo en las plazas públicas sino en las casas regionales y distritales del partido gobernante en Venezuela.

El 1º de mayo de 1947, además de los obreros que celebraban su día, se reunieron en El Silencio millares de personas que escucharon el saludo del presidente de la asamblea, que duró muchos años en la memoria de los caraqueños. La breve alocución terminó así: "Allí entre vosotros, compañeros, hay un hombre del pueblo que tiene entre sus manos un gallo criollo; allí, cada vez que una hermosa frase de un orador ha levantado el entusiasmo del público, este hombre del pueblo ha levantado el gallo. Sabe él, amigo de la Revolución de Octubre, inmensa mayoría de mi pueblo, que también la revolución es un gallo que no está dispuesto a perder la pelea. Y sabe finalmente, y en este símbolo quiero concentrar la identificación de la Asamblea con su pueblo, que esa revolución, como el gallo criollo de ese viejo venezolano, tiene dos alas, que son las banderas que lleva en cada mano, y tiene un pico en la Asamblea Nacional Constituyente y tiene dos espuelas en el pueblo y en el ejército de la revolución.".

Lo que se oía ese año era oratoria popular de la legítima, que salía de labios de adecos, copeyanos, urredistas y comunistas. Eran líderes que cuando subían a la tribuna sabían lo que iban a decir. No daban rodeos, porque sus ideas eran sencillas; no hacían frecuentes digresio-

nes porque, aunque improvisaran, ellos eran oradores, no animadores de espectáculos; no se auxiliaban con canciones ni fotografías ajenas al fin proselitista que perseguían, porque bastaban la secuencia y la pasión de sus peroraciones para mantener el interés en lo que expresaban; no se dirigían a individuos particulares, sino al público congregado para oírlos. Un verdadero orador no usa las triquiñuelas publicitarias que después se pusieron de moda, causantes de que el auditorio extravíe su atención. En aquel trienio de exaltación política, la gente iba a las plazas no a proferir gritos sino a escuchar guardando silencio, que de vez en cuando interrumpía con aplausos y ovaciones.

Andrés Eloy era poeta en la tribuna. Así les habló a los curazoleños cuando fue a inaugurar la estatua del Libertador en esa isla: "Aquí está asomada al sol y al mar. Y seguirá el desfile de los navegantes y de los soñadores. Desde la borda de los barcos, los viajeros contemplarán la costa; y se meterán por el canal, entre las casas de juguetería, y gustarán la fruta hospitalaria; y se descubrirán al pasar frente a este bronce. Y llegarán un día a sus hogares. Y allá lejos, tal vez, en alguna ciudad escandinava, donde el hilo del círculo polar da corbatas de frío a los viajeros, alguna mujer de ojos boreales, recién llegada de un largo viaje, sentada junto al fuego, entre sus familiares, relatará su empresa. Y en un instante tropical entre dos pausas árticas, exclamará, luminosa de amor: -Hermanos, también estuve en la Isla de los Gigantes. Y saludé al gigante de la isla".

Así habló a los tachirenses en su cuatricentenario. A la reina de los festejos, que los representaba, le dijo. "Vos sois a un tiempo reina y Dulcinea, ideal de unidad e ideal de democracia, soberana de calidad manchega, como todos los soberanos del ideal, desde aquel que para ser rey de reyes, comenzó carpintero, siguió por pescador y fue, al fin, cruz y sangre, jardinero de espinas. Señora: No temáis que se trate de lirismo vuestro de imperio. Sois un hecho electoral. Sois un lirismo de la democracia, sois un hecho lírico de la soberanía popular. Y aunque niegan la fuerza lírica algunos hombres y aunque niegan muchos el poder de lo lírico, decidles que Venezuela es un producto del lirismo y

que si es tiempo perdido el tiempo que se gasta haciendo lírica, así también sería azul perdido el azul gastado haciendo cielos".

Se avecinaban las elecciones para presidente de la República y la campaña de los candidatos fatigaba no sólo a ellos, sino a sus sostenedores, quienes iban por todos los pueblos pregonando las bondades de Gallegos, Caldera o Machado. También se oía la vibrante palabra de Jóvito, que no presentó su candidatura para presidente sino para diputado; pero sus disparos siempre daban en el blanco. En el mitin de clausura de la campaña de Gallegos, que tuvo lugar en El Silencio el 12 de diciembre de 1947, Andrés Eloy se mostró contagiado, no sólo de la gripe que lo afectaba y que lo obligó a presentarse con la cabeza cubierta con la boina que era el símbolo de los estudiantes de 1928, sino de la agresividad reinante en aquella justa electoral. Respondiendo a algún copeyano, dijo: "Yo no sé si las obras de Gallegos son tontas. Lo que sí sé es que tienen más de pluma que de tijeras". Y pasó al contraataque: "Si ellos pudieran conservar el latifundio, si ellos pudieran conservar la encomienda, si ellos pudieran conservar todos aquellos privilegios que los hacían dueños y señores de esta tierra, no se meterían con el asunto religioso. Pero como la revolución ha hecho imposible para siempre el predominio de los latifundistas, ellos, habiendo perdido el monopolio de la tierra, quieren ahora el monopolio del cielo y han procedido a dividir el cielo en parcelitas, y cambian parcelitas por tarjetas verdes".

En esa campaña llegó con Rómulo Gallegos a Cumaná y allí, en su tierra natal, donde antes no había hablado de política, pronunció un discurso al que luego pondría de titulo "el voto de los árboles"; porque "están cargados de Gallegos los árboles; pero están cargados de unos Gallegos grandes, demasiado imponentes, y será el 14 de diciembre cuando vendrá la cosecha y entonces, de los árboles repletos caerá una lluvia así [mostrando una tarjeta blanca] de Gallegos pequeños".

Por esos días la propaganda adeca estaba aderezada con canciones compuestas para ensalzar su candidato. Antes de los mítines, se llamaba a la gente con la música que provenía de los altoparlantes que

portaban los vehículos adornados con una bandera blanca y el retrato de Rómulo Gallegos. *El Morrocoy Azul* remedaba las invitaciones para las fiestecitas de los adecos y agregaba: "Habrá baile con los discos del partido". Uno de estos discos contenía una canción cuyo estribillo decía: "Ese hombre, ese hombre /es Rómulo Gallegos". Y otro era la grabación del himno de Acción Democrática, con letra de Andrés Eloy y música de Inocente Carreño. El coro está escrito en decasílabos:

"¡Adelante! ¡A luchar, milicianos,
a la voz de la Revolución!
Libre y nuestra la patria en las manos
de su pueblo, por fuerza y razón".

En la dirección de su partido, la presencia de Andrés Eloy calmaba los ánimos y constituía un aliento para los dirigentes que, como en toda organización política, sentían las presiones que venían de la calle y de la propia militancia. Luis Beltrán Prieto lo recordaba así: "Muchas veces intervenía, no para exponer ideas nuevas ni para indicar su adhesión a determinada tesis, sino para invitar a la reflexión o señalar alguna coincidencia que hace perder méritos a la opinión sustentada o abandonaba el pensamiento con que ésta se quería defender. Y aconteció frecuentemente que después de terminado el debate, pasada la media noche, se iniciaba la tertulia, donde Andrés llevaba la palabra y unas tras otras sus anécdotas, sus coplas, sus chistes devolvían a los discutidores la serenidad para el sueño y la disposición para continuar trabajando o pensando en mejores soluciones para los problemas que habían sido discutidos".

El 14 de diciembre de 1947 obtuvo Rómulo Gallegos el 70,83 por ciento de los votos. En la víspera de su toma de posesión se celebró un mitin más en El Silencio para despedir a la Junta Revolucionaria de Gobierno que cumplió su palabra de entregar la presidencia al que saliera elegido. Gallegos llamó a Betancourt "el compañero fiel" y Andrés Eloy asoció la asunción del nuevo presidente civil a la investi-

dura presidencial de José María Vargas en 1835. Dijo que era "el tercer ensayo". Al Rómulo que hacía entrega del mando le reconoció su lealtad y al Rómulo que lo recibía le advirtió que su ascenso al poder era un ensayo.

Antes de entregar el poder a Gallegos, Betancourt se lamentó ante sus ministros de haber ordenado los juicios por peculado. La forma en que éstos se llevaron a cabo ocasionó la arremetida de los desplazados del mando, como Arturo Uslar Pietri, y el disgusto de colaboradores del gobierno, como el canciller Carlos Morales, quien pidió una revisión de los mismos y como ella no se produjo, presentó su renuncia. La crítica de la oposición copeyana y de los medinistas residía en la irregularidad jurídica en que se fundaron y se desarrollaron los juicios. La de Andrés Eloy iba más allá, pues la suya no sólo se basó en el derecho sino que fue también una crítica con sentido histórico. En un memorando cuyo destinatario fue probablemente Betancourt, dice que en los días subsiguientes al 18 de octubre él pidió que los juicios por peculado tomaran en cuenta la legalidad, es decir, que se atuvieran a leyes preexistentes, que los acusados ejercieran su defensa y pudieran enterarse de las imputaciones formuladas contra ellos y que pudieran libremente promover y evacuar pruebas, y censuró que los juzgadores no fueran abogados. Pérez Alfonzo, sostenedor de la medida, repuso que no se trataba de un tribunal, sino de un jurado, como en efecto se llamó: Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa. Quiso calmar las objeciones de Andrés Eloy con esa aclaratoria; mas sucedió que tampoco era un jurado, cuya misión es dictaminar sobre la culpa, pero no la de imponer penas.

Andrés Eloy preguntó cómo podía hacerse justicia cuando la malversación y el peculado acompañaban la historia de Venezuela como una maldición de los dioses. Bolívar dijo una vez: "Estamos en la Sierra Morena; no encuentro en Venezuela sino bandoleros". El poeta estaba de acuerdo en hacer un escarmiento; pero como resultaba imposible castigar a todos los ladrones, él pidió que los juicios encausaran a los que, además de robar, habían cometido crímenes más graves,

como "asesinatos, torturas, grillos, secuestros, trabajos forzados en carreteras, etc.". Citó la observación de Enrique Ferri, quién distinguió momentos de la historia en que el robo es un azote semejante a una epidemia y épocas en que era una enfermedad aislada, diagnosticable en personas determinadas. Al Jurado de Responsabilidad llevaron a ciento sesenta y seis imputados. ¿Y los otros? Y al llevarlos, ¿no quería esto decir que habían sido sometidos a una especie de juicio previo? Se quería sentar un precedente castigando a los asaltantes del erario, a fin de que tanto gobernantes como opositores se mantuvieran alejados de tentaciones; pero los condenados a devolver lo sustraído fueron pocos y los montos devueltos calculados arbitrariamente.

Cuando Andrés Eloy propuso enjuiciar a los que habían cometido varios delitos, él se daba cuenta que la de Octubre fue una revolución a medias, que dio al pueblo libertades antes desconocidas y que llevó a la escena pública a actores hasta entonces relegados, pero estaba descartado que con ella pudiera cambiarse la composición social del país. Tan consciente estaba de esa imposibilidad que su prédica buscaba apaciguar a los afectados, pero no aniquilados, por el movimiento revolucionario. Una revolución puede ser como la francesa, que llevó al poder a la burguesía, o como la rusa, que elevó al proletariado; pero puede, en grado menor, darle al pueblo simplemente derechos que antes no tenía. La cabeza de Luis XVI y la de Nicolás II cayeron fulminadas, pero la del general Medina siguió en su puesto.

Esa diferencia no la vieron con nitidez los jóvenes exaltados de 1946 ni Francisco Olivo, quien en la Constituyente escuchó extrañado la apelación al derecho natural que formuló el socialcristiano Desiderio Gómez Mora, derecho derivado al parecer de Dios. El derecho natural de Olivo estaba en las masas obreras y campesinas que creyeron llegado el momento de arrancar a todos los culpables el fruto de sus latrocinios.

"La justicia que se intentó hacer por medio de tribunales especiales careció de la universalidad que da fuerza a la justicia revolucionaria y la desviste de todo aspecto de venganza", afirmó Mario Briceño Irago-

rry. Los juicios por peculado fracasaron en su propósito moralizador. Betancourt se vio obligado a cubrirlos con un "manto de clemencia". Los que menos los entendieron fueron los militares, pues al dar el golpe del 18 de octubre los impulsó principalmente el alcance de una más confortable condición gremial, y ellos no habían renunciado a escalar mejores posiciones, con la consiguiente cauda de más altos ingresos, como lo consiguieron a la vuelta de tres años. Los civiles que los acompañaron no infringieron, durante el trienio en que gobernaron, las reglas de austeridad que impusieron con su ejemplo los líderes que marchaban adelante, entre éstos Andrés Eloy. En su cargo de presidente de la Asamblea Constituyente devengaba los mismos cien bolívares que ganaban los otros diputados, y los gastos de representación de la presidencia no llegaron a los diez bolívares diarios. Fue canciller de la República y su sueldo mensual, como el de los otros ministros, era de cuatro mil bolívares y cuando arribó a Cuba desde París, al ser derrocado Gallegos, todo su capital eran cincuenta dólares.

El poeta, junto con Rafael Pizani, propuso en el Congreso de 1945 una ley contra la corrupción, limitada a evitar en el futuro atentados contra el erario (castigar lo pasado habría sido excesivo); pero el proyecto se archivó en el Senado. Un decreto de la Junta Revolucionaria imponía a los funcionarios la obligación de declarar sus bienes antes y después de ejercer sus cargos. El 18 de octubre de 1948 se promulgó una ley contra el enriquecimiento ilícito, incumplida a partir del 24 de noviembre. El problema, dijo Gonzalo Barrios, es que no hay motivos para no robar. Los motivos para sí robar han sido: a las fiestas de la burguesía son invitados los gobernantes, y sus esposas no quieren presentarse en ellas con trajes modestos; los sindicalistas arreglan disputas con los patronos, y éstos retribuyen el favor; los hijos de los viejos adecos y copeyanos nacieron en hogares donde no reinaba la estrechez en que se criaron sus padres, y éstos no les trasmitieron unos principios de conducta que la juventud consideraba obsoletos; los vehículos oficiales los comenzaron a usar los oficiales del gobierno como si fueran no oficiales; los que trabajan con el petróleo se creen autori-

zados para tomar de éste una parte mayor que la disfrutada por los demás venezolanos; los que no se enriquecieron son mal vistos por las nuevas generaciones que buscan enriquecerse. El mismo Gonzalo Barrios lo declaró ante los jóvenes de su parcialidad política (quienes ya no iban a pie, como sus predecesores, sino en camionetas caras a desempeñar las tareas partidistas) el día en que estos jóvenes rindieron homenaje a los fundadores de Acción Democrática: "El poder tiene una capacidad corrosiva, no sólo en Venezuela: en el mundo entero, en todos los países y en todos los partidos". Esto lo dijo en 1981; pero diez años después se abrió a la luz del mundo el espectáculo destapado en Rusia: a los hijos de los que administraban las industrias soviéticas (quienes ya vivían muy por encima del pueblo ruso) no les pareció suficiente administrarlas, sino que terminaron por apropiárselas.

En su "Esquela a Mariano" dice Andrés Eloy: "Soy pobre", y en la Cámara de Diputados, en la época en que éstos debían asistir a las sesiones con paltó levita, declaró que el suyo era prestado; pero sus enemigos políticos no creyeron en su pobreza ni en su honradez. En el quinquenio de López Contreras lo tildaron de petrolero gomecista, y él comprobó con testigos y documentos la descarnada verdad: como abogado intentó en Apure obtener para unos propietarios de tierras concesiones petroleras, y tanto los clientes como el abogado perdieron su dinero. En 1936 monseñor Pellín le imputó haber devengado un sueldo de cinco mil bolívares mensuales durante los cinco meses en que fue Inspector de Consulados; pero en la Ley de Presupuesto consta que fueron dos mil, incluyendo los pasajes.

En 1945 volvieron a la carga contra la honestidad del poeta, y éste acudió a un recurso pintoresco: escribió cinco artículos salpicados de gracia para hacer la historia de sus ingresos y sus propiedades. Las memorias más interesantes son las escritas con sentido de humor, pues resulta aburrido leer a quien se jacta de sus virtudes personales. Encima, a Andrés Eloy le parecía de pésimo gusto hablar bien de sí mismo. El recuento de sus bienes lo hizo enviándole una carta a un llanero amigo suyo que lo había puesto en guardia contra murmuraciones

que lo presentaban como un hombre rico. Teobaldo, el que figura en *La Gloria de Mamporal*, le pidió en una copla:

"Tienes que hacer el examen
de todo lo que ganaras,
porque quiero que te llamen
Andrés Eloy Cuentas Claras".

Y Andrés Eloy le entregó sus cuentas. Primero refirió los trece reales diarios que percibía su padre como médico de la Casa de Beneficencia; luego, los ciento ochenta bolívares quincenales con que pensionaron a su madre cuando quedó viuda; después, la hipoteca de la casa de la familia Blanco, que cumplía dieciocho años. En 1939 compró un rancho en Catia La Mar y, como tuvo que demolerlo por orden del Concejo, quiso construir allí una casa, sin tener ninguna en Caracas. El diputado Carlos Lemoine pagó la construcción y Andrés Eloy fue cancelándole la deuda poco a poco: "Tenía guardados dos mil setecientos bolívares de lo que gané en la Inspectoría de Consulados y en la venta de *Poda*. Se los entregué a Lemoine. Me gané el premio Vargas de Literatura con mi ensayo sobre Vargas. En Maiquetía me entregaron los quinientos bolívares; Lemoine estaba a mi lado y cuando tomé el billete de quinientos, Lemoine tosió, le di los quinientos bolívares e inmediatamente se le quitó el catarro. Posteriormente, en el Congreso, Lemoine y yo nos sentamos siempre en sillas vecinas. Cada vez que el amigo Linares pagaba las décadas, a Lemoine le entraba la tos".

Dos veces hipotecó su casa. La segunda hipoteca la libró porque en el hipódromo ganó cinco mil cuatrocientos bolívares al juego del cinco y seis; pero todavía debía veinte mil bolívares al banco. Y se lamentó de no tener tiempo para dedicarlo a la poesía, al teatro y al ensayo. "Columnas y más columnas, viejo Teobaldo. Pero aquí están mis cuentas; ellas van a regar en la tierra de su corazón el arbusto de su fe en mí; esas columnas van a decirle cómo me duele la otra, la columna vertebral, que no se ha doblado nunca sino ante la máquina de escribir.

Así termino el examen
que en tu copla reclamaras,
porque quiero que me llamen
Andrés Eloy Cuentas Claras"

Los adecos que desempeñaban funciones públicas entregaban al partido el diez por ciento de sus salarios. Cuando Alberto Carnevali pasó a la lucha clandestina contra la dictadura militar, había ahorrado diez mil bolívares de su sueldo como gobernador de Mérida y como secretario general de Acción Democrática. Luis Beltrán Prieto tardó más de veinte años en construir una casa para su familia. El autor de este libro escuchó una conversación privada de Andrés Eloy con un copartidario suyo en el Teatro Nacional, donde se llevó a cabo la VIII convención de su partido en mayo de 1948, de la cual recuerda las siguientes palabras: "Si yo fuera ministro del Trabajo o de Educación, me alcanzarían los cuatro mil bolívares del sueldo; pero soy ministro del Exterior, y a mi casa van representantes de otras naciones y no puedo ofrecerles café en una taza barata". Los líderes de la revolución tenían autoridad moral para exigir de la militancia el manejo honrado de los caudales públicos. Dicen que Pérez Jiménez ordenó revisarles las cuentas, y como no descubrieron dolo ni aprovechamiento alguno, se consoló diciendo: "Fueron tan incapaces que no sirvieron ni para robar". La probidad fue característica del trienio revolucionario. En Andrés Eloy lo fue de toda su vida; pero, además, él le imprimió donaire al vivirla y defenderla. Esta virtud no se ha visto renacer.

Canciller de los niños **del mundo**

El primer senador por el Distrito Federal fue Andrés Eloy; pero éste sólo asistió a la sesión inaugural y se incorporó al Poder Ejecutivo como ministro de Relaciones Exteriores. Los actos celebrados con motivo de la investidura de Gallegos contaron con la presencia de delegaciones diplomáticas del mundo entero y de veintinueve escritores llegados del viejo y el nuevo continente, a quienes el canciller saludó en la recepción de la Casa Amarilla: "Aire, tierra y mar de Venezuela os saludan, excelentísimos representantes; y también a vosotros, ilustres paladines del pensamiento que habéis querido acompañarnos. Aire, tierra y mar, que es nuestra voz a la puerta de nuestra casa. Aire, tierra y mar que os celebran, enviados de Asia, de Europa, de nuestra España entre Europa y el mar, de nuestros grandes amigos del norte, de México, de Centroamérica, de las grandes islas bañadas por el noble recuerdo de Petión e iluminadas por la luz que de los ojos de Martí vierte la América pensativa; de Panamá, Corintio de dos tierras y dos mares, del Brasil, del Uruguay, de Argentina, de Chile, del Perú, de Bolivia, del Paraguay, de toda esa tierra campeadora de América. Y perdonadme si, al recordar que unos barcos van por el mar llevando tres banderas, una venezolana, una colombiana y una ecuatoriana, quiera resu-

mir en ellas lo que en alguna ocasión quise expresar en los jardines bogotanos de la quinta de Bolívar: ¡El mar, el mar! gritan los hijos de la tierra detrás de Jenofonte; ¡Tierra, tierra! gritan los hijos de la mar detrás del Almirante. ¡Tierra y mar!, ¡Mar y tierra! gritan los hijos de Bolívar en la santa presencia de Colombia!"

A los diez días hubo otra recepción, esta vez para el presidente electo de Cuba, Carlos Prío Socarrás. Andrés Eloy hizo aquí alusión a las dictaduras caribeñas: "Nuestros hermanos del continente y todas las naciones amigas del mundo saben que a estos balcones que dan al gran jardín azul del mar Caribe, se asoman muchas patrias; y aun cuando entre ellas hay algunas de balcón abierto y otras de balcón enrejado, todas están enamoradas de la paz, de la democracia y de la justicia".

El 2 de abril de 1948 se inauguró en Bogotá la IX Conferencia Interamericana. Gallegos nombró a Betancourt para que representara a Venezuela. Su designación fue objetada en la comisión permanente del Congreso por Caldera y Machado, e Ignacio Luis Arcaya dijo que el nombrado sería un representante de Nelson Rockefeller. Antes de que la conferencia iniciara sus labores, Betancourt declaró a la prensa que el partido comunista le hacía una oposición violenta al régimen venezolano y en su discurso oficial garantizó "el fluir diariamente del subsuelo nacional ese millón trescientos mil barriles de petróleo que tan esenciales son para la reconstrucción del mundo y para garantizar la seguridad del continente". Pidió una conferencia especial para acordar medidas contra el colonialismo económico. Pero el 9 de abril asesinaron a Gaitán y las masas colombianas manifestaron su furia quemando y destruyendo. En su embajada se refugió la delegación venezolana y allí pidieron asilo tres connotados dirigentes liberales. A éstos, los militares rehusaban otorgarles el salvoconducto. El embajador Picón Salas consultó al canciller Blanco, quien le respondió: "No compete a las autoridades locales la calificación del delito. Éstas no pueden tomar otra determinación que conceder el respectivo salvoconducto, puesto que al solicitarlo, ya el diplomático ha calificado el delito".

El 23 de junio Andrés Eloy pronunció ante los concejales electos de su partido una charla sobre la materia municipal. Allí les pide honradez en su desempeño y les enseña la función que van a cumplir: "Es el gobierno de la casa, es el gobierno del ama de llaves, de sacar las cuentas del mercado, de limpiar de telaraña, no sólo las paredes y los techos, sino también la conciencia ciudadana en el manejo del diario".

Gallegos había prometido un gobierno de concordia. Andrés Eloy consiguió del presidente que fueran designados intelectuales independientes en cargos diplomáticos. Uno de los aspirantes fue Guillermo Austria; pero éste no era grato a Gallegos. Encontrándose el novelista con quebrantos de salud, el canciller le dio un destino diplomático al poeta Austria. El designado vino a la Casa Amarilla y le comunicó a Andrés Eloy su agradecimiento: "–Muchas gracias, Andrés. Acabo de ver en la *Gaceta* que por disposición del presidente de la República me han nombrado cónsul en Las Palmas". Pero Andrés Eloy lo interrumpió: "–No, Guillermo, por disposición no... por indisposición del presidente".

Eran los tiempos de la Guerra Fría y de la insurgencia en Asia y África de los países coloniales contra sus metrópolis. La cancillería venezolana se yergue como defensora de la autodeterminación de los pueblos; sostiene la "política de buena compañía", bautizada así por Andrés Eloy y adoptada por el presidente; se alinea con los gobiernos democráticos del continente y repudia los dictatoriales. En su memoria al Congreso, el canciller Blanco anuncia la formación de un personal diplomático "que no sólo por su dominio de las especialidades técnicas de la carrera sino, sobre todo, por su conocimiento de nuestra honrosa tradición, esté en capacidad de hacer oír dondequiera la voz de Venezuela con persuasiva seguridad de quien dispone del más vigoroso elemento de convicción, que es el ejemplo de la propia historia nacional".

No era la concordia sino la más diabólica discordia la que prevalecía en la vida pública venezolana durante el gobierno de Rómulo Gallegos. Caldera hacía una oposición legal, pero a su derecha surgió el

Frente Anticomunista que de manera descarada invitaba a los militares a alzarse. Germán Borregales escribía en *El Gráfico* artículos incendiarios que veían comunismo en la presidencia, en las gobernaciones, en los municipios, en el servicio exterior. Este furibundo detractor de Acción Democrática encontró demasiado moderada la línea opositora de Copei y editó un semanario aparte, acompañado del doctor Antonio Pulido Villafañe, vocero que violaba todas las normas de convivencia democrática. Este doctor Pulido había sido destituido de su magistratura en la Corte Federal y de Casación, y formulaba abiertos llamamientos sediciosos. En la casa nacional de Acción Democrática, al estallar una bomba, murió una mujer que hacía la limpieza. Luis Troconis Guerrero informó a la prensa que el artefacto fue lanzado desde fuera; pero Mister X (así firmaba Borregales) afirmó que era parte del arsenal que los adecos habían almacenado con el propósito de armarse. ¿Contra quién? Desde luego que contra los que tenían las armas: el ejército. De la legislatura del Táchira salían proclamas subversivas y avivaban el regionalismo contra el resto del país, que mayoritariamente estaba con el gobierno de Gallegos. Éste viajó a Estados Unidos, invitado por el presidente Harry S. Truman, quien le dispensó una acogida amistosa. Allá develó una estatua de Bolívar en el pueblo de este nombre, en el estado de Missouri.

En Washington Andrés Eloy presentó una exposición del pintor Héctor Poleo, sobre cuya obra dijo lo siguiente: "Poleo es una protesta, es la obsesión de la guerra y de la desolación, es un grito contra la sociedad y contra la miseria, es el modo de ver de los ciegos y el modo de hablar de los niños abandonados. En Poleo se está realizando un artista del porvenir por más que ya es un artista del presente".

A su regreso, la bienvenida a Gallegos congregó a todo el pueblo, en medio del cual se mezcló, entre aclamaciones. El ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud, le devolvió el mando que había ejercido durante quince días; pero los enemigos no cesaban de incitar a los oficiales jóvenes del ejército para que depusieran a los adecos. La ma-

yoría de los oficiales querían el derrocamiento y lo reclamaban del Estado Mayor.

Germán Borregales era un hombre desproporcionado hasta en su físico. Según el satírico periodista José González González: "mide dos metros y medio de largo por uno de ancho y los zapatos que usa son importados, pues en el país no se fabrican de su medida". Una vez lo vio venir Andrés Eloy, quien les dijo a sus acompañantes: "Abran paso, que allí viene una manifestación del Frente Anticomunista". Pero era un hombre sincero. En un artículo confesó: "...perdóneseme la confidencia pública: no tenemos una modesta locha para el autobús, y pena se saborea en el hogar donde con frecuencia no hay dos bolívares para comprar el pan y el azúcar para la esposa y la hija sufridas e inocentes". Años después recibió una cuantiosa herencia, que invirtió en ayudar a los ancianos.

A pesar del respaldo popular al gobierno, se observaba desgano para el trabajo, por una parte, y por la otra un despilfarro de recursos públicos que un editorial del diario *La Esfera* caracterizó así: "en Venezuela se gastan seiscientos ochenta millones para administrar doscientos veinte millones". El presidente consagró la acepción popular del verbo "manguarear" y Betancourt hizo uso de ella al festejar el tercer aniversario del 18 de octubre, y alzó la "consigna de que al mayor salario que obtengan los obreros no signifique que trabajen apenas tres días y los otros no". Desde Nueva York Uslar Pietri escribió sobre "la erosión moral", los hurtos en el trabajo, los robos y el juego como "vasto vicio colectivo".

Los más altos poderes públicos se trasladaron a la isla de Margarita el 14 de agosto de 1948. Evocó el poeta su infancia en la isla y la asoció con la sed de los margariteños, que Gallegos ofreció calmar al anunciar el comienzo de los trabajos del acueducto submarino: "...mi padre curaba enfermos, y era en la sed de todos un poco de agua y un poco de sediento bautismo. Muchos niños bautizó, tantos niños que no sé cómo había tanta agua para las pilas bautismales. Y así, en la casa no

había estrella igual a la piedra amarilla de azufre que dormía como luna varada en el fondo del viejo tinajón".

Andrés Eloy sabía que se tramaba derrocar al presidente y desconfiaba de los que estaban a la cabeza del ejército, empezando por el ministro de la Defensa. No se alejaba de su mente la inminencia de un complot, sobre el cual dio un alerta a los margariteños: "Porque sí algún día, como en la hora de la Villa del Norte, cayera en un aciago traspié la democracia y estuviera en peligro de ahogarse la justicia, la voz de Margarita, de frente a todo nombre, olvidando hasta el agua que saltó de su vaso, regresará a la lucha para decir "sed tengo".

A París llegó en septiembre, con el propósito de intervenir en el tercer período de sesiones de las Naciones Unidas, en un momento en que era probable el desencadenamiento de una tercera guerra mundial. En el Palacio de Chaillot subió a la tribuna y se adhirió a las palabras del secretario general de las Naciones Unidas, cuando éste "considera un grave error la creencia de que el mundo tenga que aceptar un sistema económico único, ya basado en el comunismo de la sociedad sin clases, ya en la exclusiva versión capitalista de la libre empresa". Pidió que las Naciones Unidas fueran una organización contra el miedo a la guerra. "Hablo del miedo del mundo, señores representantes, no del temor de una nación a otra". Andrés Eloy, más que como el canciller de una nación, habló como el vocero de la humanidad: "... quisiéramos colocar frente a la cama en que duermen y frente a la mesa en que escriben los grandes hombres de Estado, una de esas fotografías en las que, al lado de unas ruinas, aparecen esos niños con caras de viejos que dejó la guerra, para que al despertar y al trabajar los miren". Lo mismo que proclamó en esa tribuna universal lo diría en el *Canto a los hijos*: "Cuando se tiene un hijo, toda risa nos cala, /todo llanto nos crispa, venga de donde venga/Cuando se tiene un hijo, se tiene el mundo adentro / y el corazón afuera".

Diego Córdova estaba en París. Al morir Andrés Eloy, trasmitió la impresión que suscitó en los oyentes su discurso en las Naciones Unidas: "Hubo expectación en el público cuando te miró tan chaparrito,

tan delgadito, tan magro... Empezaste a hablar con palabra humilde, calma, como arrullo de paloma; pero, poco a poco, tu voz fue encendiéndose, coloreándose en la pasión, en tu honda pasión humana, hiriéndose con el vasto dolor del mundo, destrozado por la guerra, las fronteras, los prejuicios, los negocios, la ignorancia, el egoísmo, y de pronto se rompió; se rompió y fundió en metal de Cristo. Desde la altura de tu pensamiento de americano, antena y candil de las angustias del hombre, tu voz no fue canto sino trueno. Trueno desgarrador que rebosó los estrechos y secos recintos de la palabra protocolar, que se convirtió en parábola de justicia, de paz, de libertad, y la parábola en ancha bandera de amor, para arropar a todas las razas, a todas las creencias, a todos los pueblos. Recuerdo también cómo el ilustre presidente de la magna asamblea mundial, sorprendido y conturbado, se levantó de su asiento con su aplauso, para proclamarte paladín de la cultura y de los más nobles sentimientos humanos".

El Congreso Nacional aprobó la memoria del ministerio, diciendo que la política internacional del gobierno había sido correcta, e incluso respaldó el repudio al régimen de Franco, que Andrés Eloy rubricó en las Naciones Unidas, donde dijo que "ofrecer la amistad de nuestro gobierno a dicho régimen, equivaldría a ofrecer su enemistad a nuestro pueblo". Pero a Delgado Chalbaud, como más tarde se lo diría al embajador norteamericano, le disgustó la posición asumida por Andrés Eloy en las Naciones Unidas.

En los nueve meses que estuvo Andrés Eloy al frente de la cancillería –resume Simón Alberto Consalvi, quien años después ocuparía el mismo cargo– "iluminó estos viejos y ennoblecidos salones, con una luz muy personal. Estimuló iniciativas y posibilidades, abrió la casa a la cultura y al reencuentro con la Venezuela integral, sentó las bases de la renovación del servicio exterior, convocó a los poetas y a la poesía para el ejercicio de su responsabilidad de pueblo. Fue canciller del sueño y de la esperanza, del destierro y del ejemplo, del sacrificio y de la pasión continentales".

Desde París, Andrés Eloy le remitió una carta "estrictamente personal" a Rómulo Gallegos, en la que le decía: "En fin, hermano, lo único que deseo es que el viejito no se te apee del bongo". El poeta se ha convencido de que los militares quieren tumbar al presidente y su única esperanza es que la suerte lo acompañe, igual que los llaneros que preguntaban al embarcarse: "–¿Con quién vamos?" Si esto se les olvidaba, regresaban a la playa a buscar al "viejito", que era el santo que simbólicamente los protegía. En las primeras páginas de *Doña Bárbara* se narra esta ingenua tradición.

Andrés Eloy era romántico y quijotesco, pero no creía en milagros. A los militares los había visto actuar y nada le habría sorprendido conocer las contrariedades que tuvo que soportar Gallegos ante las exigencias de los jefes del ejército. Todas desembocaban en una sola: que los dejaran manejar sus asuntos profesionales a su leal saber y entender; que el presidente no les impusiera orientaciones, pues las únicas que aceptaban eran las que tendían a menoscabar la autoridad presidencial, para que cuando llegara la hora, el traspaso del poder a sus manos fuera indoloro. Como en efecto ocurrió, pues no tuvieron necesidad de contener la prisa que demostraban los oficiales más jóvenes. Pérez Jiménez buscaba evitar el derramamiento de sangre que se produciría si los adecos cumplían sus amenazas de paralizar el país con una huelga general. La militancia estaba dispuesta a pelear; pero desde Miraflores, en lugar de la orden de lanzarse a la lucha, le llegó la falsa noticia de que el problema con los militares había sido resuelto, y la casa nacional del partido se cerró como se cierra un negocio cuando hacen inventario. Apenas el presidente y el vicepresidente del Congreso intentaron persuadir al comandante de la guarnición de Maracay de que defendiera la institucionalidad; pero a los militares los liga más el espíritu de cuerpo que el que los liga al pueblo. Sólo un adeco remoto, en un rincón apartado del estado Zulia, desarmó a la Guardia Nacional y se quedó esperando que otros adecos hicieran lo mismo.

Delgado Chalbaud se vio obligado a escoger entre serle fiel a su paternal protector, el presidente, o formar filas con los conjurados. Cuan-

do Pérez Jiménez lo conminó a unirse a ellos, dudó al principio; pero su duda se disipó cuando Pérez Jiménez le ofreció la presidencia de la Junta Militar que empuñaría el poder. El 18 de octubre su valor personal flaqueó y pidió la mediación de López Contreras cuando consideró perdido el pronunciamiento. Fue Mario Vargas, subalterno suyo, quien le impidió dar marcha atrás. En este último confiaba Acción Democrática para salvar su gobierno, pues Mario Vargas sí creyó en la revolución democrática que contribuyó a iniciar; pero a él lo aquejaba una grave enfermedad, que poco tiempo después lo llevaría a la tumba, y desde una cama instalada en el despacho principal del ministerio de la Defensa, comprobó una vez más la pusilaminidad de Delgado Chalbaud. Si Andrés Eloy hubiera sido el ministro de la Defensa, en lugar del Judas que resultó ser Delgado, habrían tenido que matarlo los conspiradores, en el caso de que Andrés Eloy no les hubiera desbaratado la conspiración. Cinco años después Gallegos recibió la respuesta del poeta a una carta que el expresidente le envió desde Estados Unidos. El 24 de noviembre de 1948 –dice Andrés Eloy– nació el tema para una gran novela, y aunque estaba seguro de que Gallegos no la escribiría (pues el novelista tampoco se consideraba un héroe), le confió esta esperanza: "alguien agregará a nuestra historia... las figuras de tus villanos, no ya de los que creaste en tus libros, sino de los que forjó a tu lado la traición".

Apóstol y **soldado**

Desde París Andrés Eloy le escribió una carta al presidente Truman, en la que solicitaba no reconocer el régimen de los militares facciosos que, al restablecer la vigencia de la Constitución de 1936, mostraron lo inconsistente de su insurgencia contra ella en 1945. Gallegos también le escribió al presidente norteamericano, quien demoró más de dos meses en reconocer a la Junta Militar. Mientras tanto, en Venezuela tenían lugar paros estudiantiles, una huelga petrolera que fue ferozmente reprimida y un intento por apoderarse de la base militar de Boca del Río.

Andrés Eloy colabora en la revista *Bohemia* y en periódicos habaneros, pronuncia conferencias, interesa a políticos cubanos sobre la suerte de Venezuela y recibe un homenaje de los estudiantes en la universidad de La Habana. En agosto de 1949 se muda para México, adonde llega su madre con el fin de pasar sus últimos días al lado del poeta. Pedro Sotillo, cercano a la Junta gobernante, obtiene permiso para que Andrés Eloy vaya a Caracas con doña Dolores moribunda. El vuelo nocturno lo recordará en su elegía *A un año de tu luz:*

"Y el regreso al hogar, el negro vuelo,
con las dos alas el avión cortaba
varas de noche para nuestro duelo.

Aldebarán, que nos acompañaba,
las Pléyades y el mar que las refleja
miraron una urna que volaba".

El 11 de octubre de 1949, a los tres días de su regreso a Caracas, muere doña Dolores. Al velatorio se acerca un individuo cuya apariencia lo delata como un agente de la Seguridad Nacional, la policía del régimen. El hombre le pregunta: "–¿Es usted Andrés Eloy Blanco?" Y el poeta le responde: "–Tenga usted la seguridad nacional de que yo soy Andrés Eloy Blanco".

En México formuló esta aclaratoria a un amigo de letras y de prisión, quien se turbó por haber obtenido Andrés Eloy una tregua del gobierno enemigo para enterrar a su madre: "Mi compostura y mi forma no destruyen mi posición ni mi lealtad", y a una compatriota le recordó que en las guerras hay armisticios y le hizo ver lo que significó su madre. "Ella nunca dijo 'mi preso', sino 'mis presos'; como la tierra nuestra, hasta lo último, sufrió en su propio cuerpo el galope de todos los que la surcaban, combatiendo. No tenía enemigos, porque de todos era su angustia callada, como la pena de las patrias. Es un muerto de todas las filas, un santo muerto del amor humano. No era, pues, pedir mucho, ni es cosa de elevarlo a las cumbres de lo generoso y de lo noble, el pedir armisticio y alto al fuego, para enterrar a mi muerta en su tierra, en mi tierra, que es nuestra por sangre y por derecho de pañal y mortaja, por tronío y por raíz, por la ley de los vivos y la razón de los muertos". En su carta dice: "...si la cortesía para conmigo no transforma el hecho inconstitucional del 24 de noviembre, lo cortés no quita lo traidor".

En La Habana se celebró en mayo de 1950 el Congreso Interamericano pro Democracia y Libertad, ante el cual Andrés Eloy pronunció una

pieza oratoria para cuya preparación debió de haber permanecido algunas tardes en la biblioteca de Alfonso Reyes, pues ese discurso revela densos conocimientos históricos y jurídicos. Lo remata pidiendo que se consagre el principio de la no intervención, mas advierte contra el peligro de que el mismo ampare a los secuestradores de la libertad.

El 13 de noviembre de 1950 la Junta de Gobierno dejó de llamarse militar, porque ese día fue asesinado su presidente, Delgado Chalbaud. Lo sustituyó el civil Germán Suárez Flamerich, de quien diría Andrés Eloy que "está como un cero entre los dos ases de espadas del 24 de noviembre". Ese año quedó terminada una comedia suya, titulada *Los muertos las prefieren negras,* que satirizaba los dramas y novelas policiales y en la cual el autor, que como político había denunciado la violencia, como escritor la expone en toda su miseria. En ella abundan frases epigramáticas como éstas: "el muerto es un elemento secundario, que no sirve sino para saber quién lo mató"; "la ida al hospital es una obligación del cadáver"; "un hombre público es un hombre de quien no se sabe nada, y una mujer pública es una mujer de quien se sabe todo"; "una guerra es un compuesto de un millón de asesinatos", "la mayoría de mis compatriotas asesinados son muertos naturales, sin asesinos legítimos"; hay comandantes que "como no tenían calidad para la épica, se dedicaron a la profesión de ganar batallitas contra constituciones líricas. Iban ganando estrellas y perdiendo cielo".

Hacia el año 1951 escribió diez sonetos, que llevan por título los nombres de diez mares y que son dedicados a Giraluna, su esposa. Las dos cuartetas con que empieza *Mar Caribe* muestran cómo un poeta puede meter en muy pocas palabras la geografía, la historia y el amor:

"Como para decirlo de rodillas,
¡Qué bien está que en nuestro mar me quieras!,
¡qué bueno fue nacer en sus riberas!,
¡que bien sabrá morir en sus orillas!

¡Qué llano azul para sembrarle quillas,
qué historia de vigilias costaneras,
qué mar de ayer, para inventar banderas
coloradas, azules y amarillas!".

En el décimo aniversario de su organización política se refirió al decreto que la prohibió: "...no somos un partido creado por decreto. Decir: 'se disuelven los sindicatos' es como decir: se disuelve el dolor de la tierra y la voluntad de justicia de los desamparados. El ideal es como una enfermedad incurable". Aprovechó un homenaje que le rindió la universidad de La Habana para denunciar la corrupción de los militares que mandaban en su patria: "un modo de robar propio del... ladrón que se apresura a llevar lo más que puede, porque ya a sus oídos ha llegado la sirena del coche policial". Contradijo el argumento que efectivamente se lanzaría contra él: "un venezolano que va a hablar mal de su patria en tierra extraña", con la siguiente réplica: "ni hablo mal de la patria cuando hablo de sus malos hijos, ni estoy en tierra extraña".

Estaba Andrés Eloy en casa del poeta Nicolás Guillén, en La Habana, cuando le fue presentado un famoso recitador cubano, Luis Carbonell. En la conversación que sostuvieron, Carbonell le manifestó al venezolano su disgusto por la versión musical de *Píntame angelitos negros*. Andrés Eloy le contestó que a él tampoco le gustaba, pero que esa canción era la única que le rentaba ingresos económicos; de manera que ese dinero él no lo consideraba como derechos de autor, sino como indemnización por daños y perjuicios.

El 21 de octubre de 1952 la Seguridad Nacional asesinó al líder clandestino de Acción Democrática Leonardo Ruiz Pineda. La oración fúnebre que pronunció Andrés Eloy a los cuatro días del crimen conmovió hasta las lágrimas a los que la oyeron, por la indignación que levantó su denuncia contra los asesinos, pero sobre todo porque el orador ese día escaló la cumbre del calvario: "Pero es torpe el verdugo; no comprende que los que van cayendo son solamente intérpretes; que el ca-

pitán es otro, el de pies y cabeza innumerables, el pueblo, que es la fuente y el fin de la justicia; que los que él asesina, los resucita el pueblo; que los que él hace caer aquí, los hombres, las mujeres y los niños los alzan más allá, y en la forja de apóstoles y mártires, el pueblo los levanta de la sangre y la tierra y los eleva al bronce de la estatua y los lleva en sus hombros a la solemne paz de los panteones, y los pone en los labios de la patria que nace, en el aire sin mancha de la escuela, y los arrulla en la canción de cuna para dormir al niño que lleva sus nombres. Mientras él, el verdugo, sólo tendrá en la historia el papel secundario y sombrío de acompañar al mártir como el villano al héroe, como el hueco de sombra en que la luz se hizo, como el hombre amargo, cualquiera, innecesario, que le gritó a Pilatos: 'Perdona a Barrabás y mata a Cristo'. Torpe y bruto el verdugo, que a cambio de un mendrugo de poder, que no podrá durar más que su vida, ganó el triste renombre del que esgrimió el flagelo, del que tiró la piedra, del que trenzó el espino, del que buscó la cruz, del que enterró los clavos, del que sirvió la hiel, del que clavó el lanzazo, para que así quedara, redonda y sin defectos, la fábrica del mártir, la estatua del maestro".

Los periódicos habían publicado la fotografía donde aparece Ruiz Pineda en un charco de sangre, rodeado de los esbirros de la dictadura. El orador la revive en sus palabras finales y la hace entrar por los ojos como si éstos se situaran ante el cuadro de un gran pintor: "Allí está nuestro mártir, en una calle de San Agustín, en su sangre metida la frente luminosa. Los esbirros lo miran, los verdugos le guardan, y entre ellos, tendido, Leonardo, puro, como el sueño de un niño en un prostíbulo. Y mi voz entrañable, devuelta a mi poema y a la hora de Armando, tremola su pregunta sin respuesta: –Coronel que lo asesinaste, ¿cómo harás para asesinarlo en el corazón de tus hijos?".

Las elecciones de diciembre de 1952 las ganó Jóvito Villalba, apoyado por Acción Democrática; pero el gobierno militar arrebató el triunfo, y Pérez Jiménez ascendió a la presidencia. Fueron precedidas por un mitin que llenó el Nuevo Circo hasta los bordes. El primer orador fue Mario Briceño Iragorry, quien, al pronunciar el nombre de Leonar-

do Ruiz Pineda, vio alzar miles de pañuelos blancos por espacio de varios minutos. Andrés Eloy era amigo de Briceño Iragorry y le envió una carta en que mencionaba el referido mitin, que contiene esta exclamación humorística: "Quién sabe cuándo volveremos a torear en esa plaza. No por el público, sino por el encierro". Y el destinatario de la carta haría después este acto de contrición. "A mí, por dicha o por pena, me ha tocado reaccionar ya en la vejez, inclinado a la cómoda claudicación, contra la prudencia culpable en que discurrió mi juventud".

Rigoberto Henríquez Vera cuenta en sus memorias que los exiliados en México se reunieron en la casa de Andrés Eloy para enterarse del resultado de los escrutinios. Los que divulgaron en la noche eran los ciertos y, por tanto, muy halagadores; pero al día siguiente la radio trasmitió el fraude que se había consumado. Entró a la casa Analuisa Llovera, dirigente adeca de corta estatura, y como captó el ánimo sombrío de sus compañeros, preguntó: "–¿Qué pasa aquí?" El que le respondió fue Andrés Eloy: "–¡Que esto se lo llevó quien lo trajo! Ya acomodaron el chanchullo electoral. El destino nuestro será el de la República española. El éxodo indefinido..." Y a continuación consiguió que la sonrisa volviera a los rostros de sus compañeros, al anunciarles el puesto que ocuparía cada uno: "Yo seré don Álvaro de Albornoz, que es tan fruncidito; Prieto, ya lo tenemos, y prietísimo. El gordo Puigbó Morales será Gordon Ordaz. El negro Lozano será Negrín". Y cuando Analuisa lo interrumpió para preguntarle qué sería Rómulo Gallegos, el poeta le respondió: –Ese será Berga... mín; y tú, chaparrita, serás el general Miaja, ya que eres una "miajita".

Abrigaba el poeta la esperanza de que el cómico Cantinflas aceptara el guión que había escrito para una película que se llamaría *El árbol de la noche alegre,* mexicanísima hasta en el título, pues en la historia de México hubo una "noche triste". Para formarnos una idea del guión, veamos la respuesta que el personaje encarnado en Cantinflas dio a la Baronesa, cuando ésta se lamentó de haberse perdido la galantería: "Si lo sabré yo. Hasta hace un poquito, yo creía que los niñitos venían

de París. Pues hace dos días venía una señora en estado interesante bastante avanzado, que, después de todo, no sé por qué lo llaman interesante, porque de interesante no tienen nada las señoras interesantes. Pues bien, un muchachito de siete años le preguntó: -Señora, ¿por qué está tan hinchada? -La señora le dijo: -Eso es agua, nene, eso es agua. -Y el pequeño va y le dice: -Pues deságüese pronto, señorita, porque se le va a ahogar el chamaquito".

La dictadura militar se consolidó en 1953, encabezada por Marcos Pérez Jiménez, quien emprendió muchas obras materiales y muy pocas espirituales. Ese año murió en una celda carcelaria Alberto Carnevali y mataron a Wilfrido Omaña y a Antonio Pinto Salinas. El 24 de noviembre de ese mismo año Rómulo Gallegos le escribió desde Estados Unidos una carta a Andrés Eloy, quien convalecía en Cuernavaca de un infarto al miocardio. Y le dice algo que tenía por dentro: "Quienes mañana, entre los cultivadores de las letras, miren hacia ayer y hoy buscando ejemplos orientadores, en tu nombre, en la integridad de tu persona -talento y corazón- encontrarán la cifra exacta y cabal de la dignidad venezolana". La respuesta de Andrés Eloy muestra al empezar el alborozo que le ha producido la carta recibida: "Para ocasiones como ésta me place la expresión de magia barroca y ditirámbica que dan a la metáfora los cantores gitanos. Para decir, por ejemplo: si yo fuera dueño de la luz del día y del nácar del mar, en luz y en nácar montaría tu carta y la tendría en la pared de mi casa, clavada con la estrella de la tarde". Andrés Eloy habla de la lucha que los ha unido a ambos y pide perdón por el mal que pudo haber hecho:

"Yo sé muy bien que a la patria y a la causa de la justicia y del pueblo -a la que nos consagramos un día sin vocación política, pero con profunda dedicación de amor- seguiremos dedicados hasta la muerte, sin otra recompensa que el saberlo. Bien sé que el decir que ya cumplimos es en nosotros un decir y no un latir. Pero si ya no estuviera en nuestras manos ninguna forma útil del servicio, todavía quedaría una, para ejemplo de nuestros hijos y compatriotas por venir: la histórica continuidad que en ti y en mí han tenido -como ordenadas por un

destino pedagógico– aquellas cifras inseparables de la lealtad venezolana. Sin pretender comparaciones, guardando mi distancia respetuosa, veo en nuestra lealtad común a nuestra causa y en mi adhesión sincera a tu destino, un reflejo casual, pero elocuente, de lo que considero más aleccionador en la historia de nuestros padres. Bolívar, Sucre, Vargas, Gual, resúmenes de conducta, fórmulas preventivas de la traición". "Lo que he podido dar, lo que he podido sufrir –las gentes que me quieren lo saben– fue por amor a la justicia. Si algún gesto de intransigencia o algún gesto de pasión pude poner en ello, fue resto de amargura del daño que me hicieron en los días en que fui un perro en una cárcel".

En marzo de 1955 su corazón se ha repuesto, y en la casa de Ricardo Montilla, con la presencia de Gallegos, Gonzalo Barrios, Carlos Augusto León y Lucila Velásquez, tiene lugar el bautizo de su último libro, *Giraluna*. "En ese poemario –dice Yolanda Osuna– está pleno el poeta, en el don de la imagen y otra vez se oye su voz profética y rebelde, ahora en la angustia cósmica que hiere al hombre actual".

En *Giraluna* está el *Canto a los hijos*, del cual Pedro Beroes, un crítico literario muy culto y profundo, emite este veredicto: "Hay en él poesía sustantiva, elemental y escueta, a la manera del inolvidable don Antonio Machado, cuya casta desnudez formal y ambiente lírico recuerda este hermoso poema, tan despojado de la opulencia metafórica que caracteriza las etapas inicial y media de la poesía de Andrés Eloy Blanco. Su gran belleza lírica dimana de la poesía sustantiva que en él se concentra y de su fervoroso calor humano, que nos hace decir, pensando en el noble y siempre fascinante Walt Whitman, que quien se acerca a esos versos toca inevitablemente la intimidad del hombre".

Pero todos los libros de versos de Andrés Eloy, no sólo *Giraluna* y el que se publicaría después de su muerte, *La Juambimbada*, son puestos en entredicho por buen número de jóvenes poetas. Fernando Paz Castillo, miembro de la generación poética de 1918, declaró que él y sus compañeros no se consideraron los iniciadores de la poesía en Venezuela; al contrario, respetaron la obra de los que la cultivaron antes

que ellos. Pero muchos de los que vinieron después de Andrés Eloy le niegan a éste su condición de poeta. El primer sorprendido habría sido el mismo Andrés Eloy, puesto que en todos los campos en que dejó sentir su huella, él estaba seguro de que actuaba en su condición de poeta, bueno o malo. Para él, ¿qué era un poeta? "Lo que abrasa en la sed, lo que duele en la herida", como lo confesó a sus hijos.

Inmemorialmente se ha creído que el poeta es ante todo un hombre de gran sensibilidad. Puede que sus detractores le reconozcan ese atributo a Andrés Eloy. Lo que le reclaman es que lo haya vertido a través de unos cauces que para ellos no son los apropiados para conducir la poesía: el dolor de su pueblo, en primer lugar; en segundo término, la angustia de la humanidad. Pero antes de ser cantor de otros, él cantó a sus propias vivencias y, sin embargo, tampoco en este campo lo consideran poeta. En 1928 dejó de inspirarse en sus amores y en las glorias ajenas e hizo un saldo de lo que había escrito hasta entonces, que es el contenido de *Poda*. No obstante el comentario admirativo de Alí Lameda sobre casi todo este poemario, lo han llamado poeta en voz alta y dicen que eso será oratoria, pero no poesía. En un segundo estadio, Andrés Eloy le canta al "pobre hombre de algún pobre pueblo" o a una mujer a quien las privaciones le extraviaron la razón, o ve al Juan Bimba que inventó su fantasía ascender a un escenario donde sintió que ya había dejado de ser Juan Bimba. Y para los negadores, hay en esto menos poesía que en lo que escribió durante su primera etapa. Ya maduro les cantó a los niños del mundo y a la madre de todos, y entonces lo más que conceden los vituperadores es que en las dos últimas fases de su vida, la de Andrés Eloy es una poesía política.

"La poesía popular de Andrés Eloy Blanco brota –dice Pedro Beroes– ...de la límpida fuente de su preocupación por el hombre de su tierra y de su pueblo. Tan honda y entrañable preocupación, de raíz indudablemente filosófica, se advierte con claridad en otras etapas de su poesía, sin excluir la modernista, y lleva a nuestro poeta a asumir posiciones bien definidas ante los grandes conflictos de la humanidad. Es, por tanto, anterior a su iniciación política y a su militancia de parti-

do. Si esa poesía no revela una voluntad militante, descubre en cambio, la fina calidad humana del poeta y el grado trascendente de su responsabilidad en el plano ético".

En tres intervenciones en la Constituyente, en varios artículos para la prensa y al comienzo de algunos recitales, Andrés Eloy se mostró satisfecho de haber trocado su primera condición poética, la del arte puro, por la de reflejar los pensamientos y sentimientos de otros. La objeción del poeta Pablo J. Acosta Ríos dilucida el punto de vista de los objetores de Andrés Eloy: "No dudo de su sinceridad como individuo, de su vocación popular ni de su honestidad a carta cabal, pero estimo imperdonable el haber puesto su ejercicio literario al servicio de una causa –cualquiera– que, en términos de seriedad profesional, está muy por debajo de la actividad artística como tal". Este autor confirma su opinión con una declaración personal: "no estoy comprometido más que conmigo y con la literatura".

La obra de arte, cualquiera que sea su orientación, exige sinceridad en el artista. Un poeta pone su alma a la vista de todos y, por ser sincero, cumple el requisito de la autenticidad. La sinceridad nadie se la ha negado a Andrés Eloy: tanto creyó en su poesía "política" que fue ésta la que le torció el rumbo a su vida. El verbo se hizo carne y su carne fue a parar al calabozo.

Otra cosa es el manejo del instrumento, del lenguaje poético. Los críticos no pueden obviar este aspecto, pues si aceptan el lenguaje maravilloso de Rubén Darío, ¿por qué negárselo a Andrés Eloy, que manejó la lengua con el dominio de un virtuoso? ¿Van a negar la larga sucesión de sus metáforas? ¿Y no llega a sus oídos la armonía de sus versos? Otra cosa que deben explicar es por qué la poesía era antes popular y hoy es exclusiva de círculos académicos, de las direcciones de cultura y de las revistas que sólo ellos leen. Uslar Pietri habló, ya en 1988, del "ocaso de los poetas". ¿Es la poesía la que entró en decadencia, o son los poetas? El pueblo venezolano ha considerado a Andrés Eloy Blanco su poeta, como el francés a Víctor Hugo, como el español

a García Lorca, como el peruano a César Vallejo. Venezuela tiene hoy poetas, buenos o malos; pero, ¿son suyos a los ojos del pueblo?

Muchos escritores venezolanos han reivindicado a Andrés Eloy como un gran poeta. "La cualidad esencial de su obra poética –sostiene Miguel Otero Silva–, la que le hace perdurar en las manos de todos es que logra integrar en un mismo cántaro la calidad y la sencillez, llegar con iguales palabras a las elites intelectuales y a las masas, satisfacer al crítico y emocionar al ignorante, ceñirse a los rigores del más puro verso castellano y confundirse con el palabreo de los humildes". Pero la sencillez es lo que no les gusta a algunos críticos.

También ha habido mala suerte. Domingo Miliani fue defensor del poeta: "Quizá pudo haber en Andrés Eloy, el intelectual, un destello de escepticismo hacia el movimiento cultural venezolano, tan plagado de profesionales del corrillo literario que quieren destruir toda una obra con la frase más o menos urticante"; y, sin embargo, cuando preparó la antología de sus poemas no puso en ella el *Canto a España,* ni *Píntame angelitos negros,* ni *El Limonero del Señor,* ni *El Dulce Mal,* ni *La Renuncia,* ni muchos otros popularísimos, y en cambio, incluyó diez poemitas de su época de aprendiz literario y como treinta más que el autor no quiso publicar en sus libros. Esta selección estaba destinada a los lectores latinoamericanos, quienes tienen derecho a que se les brinde una antología bien madurada.

Rómulo Gallegos tenía proyectado un viaje a París, y sólo se resolvió efectuarlo cuando los médicos que cuidaban a Andrés Eloy le confirmaron su restablecimiento. El día 19 de mayo de 1955 Andrés Eloy subió desde Cuernavaca a Ciudad de México con el fin de someterse a un reconocimiento médico, que le practicó su pariente el doctor Rafael José Neri. Éste lo encontró bien y lo autorizó para hablar en un acto que los exiliados habían organizado en casa de un amigo mexicano, en conmemoración del segundo aniversario de la muerte de Alberto Carnevali. Llegó temprano, saludó a muchos compatriotas y amigos y ocupó su puesto en la mesa directiva del acto. Uno de los que tomaron la palabra expresó su desaliento por sentir que se había mer-

mado la combatividad del pueblo venezolano en su lucha contra la dictadura. Gonzalo Barrios, que presidía el acto, le entregó a Manuel Alfredo Rodríguez un papelito destinado a Andrés Eloy, que decía, "Andrés, remienda el capote". Cerrando el acto, el poeta dedicó parte de su discurso para reanimar el espíritu de sus compañeros y para sostener que "el primer aspecto del problema económico de nuestros pueblos es el aspecto humano". Terminó nombrando los mártires de la resistencia contra la tiranía y diciendo: "Me estoy sembrando en esta tierra –me dijo esa vez Alberto–, esa vez que yo concluí presentándolo a un amigo, así: 'Alberto Carnevali, andino del Zulia y enemigo de la tristeza'. En su risa, en su valor, cabía el héroe. Y hay que cultivarlos, hay que realizarlos para vaciar mañana en las virtudes de los muertos las virtudes de nuestros pueblos".

Se retiraron todos a las once de la noche. Andrés Eloy se dirigió en el vehículo de un compañero, Leopoldo Gil, a la casa del doctor Neri, quien estaba cenando afuera, y allí se desarrolló una íntima tertulia familiar. Al regreso del médico, éste lo condujo a su habitación y en su cama le hizo un nuevo reconocimiento. A las preguntas del galeno, Andrés Eloy mezclaba las respuestas con dichos ingeniosos, como era su costumbre. Reintegrados a la tertulia –recordaba el doctor Neri–, nunca había visto al poeta tan cariñoso y chistoso con su gente, ante quienes evocaba episodios de su infancia en Cumaná. La esposa del médico le mostró un llavero "del que pendía un amuleto". Andrés Eloy lo tomó en sus manos y con él se frotó el pecho, diciendo que lo hacía para reforzar la ciencia de los doctores Neri y Chávez, quienes lo trataban. A medianoche se marchó en el automóvil de Leopoldo Gil. En el cruce de dos calles, un vehículo conducido por un ebrio, llamado Héctor Ponce Sánchez, arremetió contra el que llevaba a Andrés Eloy, quien viajaba en el puesto delantero. La puerta se abrió, Andrés Eloy cayó en la acera, se fracturó tres costillas y sufrió dos fracturas en el cráneo. Lilina viajaba en el asiento trasero junto con la señora Gil y Cecilia Olavarría, y sufrió desgarradura de la piel sobre la ceja derecha y excoriaciones en la cara. Al hospital adonde condujeron a Andrés Eloy lle-

gó inmediatamente el doctor Neri; lo encontró sobre una camilla, y llamó al doctor Quijano, su maestro, quien prometió llegar inmediatamente; pero, ante la urgencia, ordenó la intervención quirúrgica. El corazón del poeta palpitaba acompasadamente, sin muestras del infarto; pero al poco tiempo de terminar la operación, dejó de latir. Eran las cuatro y media de la madrugada del 21 de mayo de 1955. Dos meses y medio después Andrés Eloy iba a cumplir los cincuenta y nueve años.

Este fue Andrés Eloy Blanco. Contemplando su vida en el cincuentenario de su muerte, parece que estuviera vivo, pues es mucho lo que ella ha aportado a Venezuela como realización y al mundo como ejemplo y es mucho lo que sigue nombrándosele. Aquella mansa figura suya no revelaba lo que siempre fue: un hombre muy valiente. Valiente como poeta, porque no cedió ante las escuelas literarias en boga sino que, sin menospreciarlas, cantó a todo lo que él consideró digno de ser cantado, en el lenguaje que salió de su entraña. Valiente como hombre público, porque una vez llegado al convencimiento de lo que debía defender, no lo desviaron de su línea política ni los halagos, ni los peligros, ni las amenazas, ni los yerros de sus compañeros. Valiente en su familia y entre sus amigos, porque todos ellos tuvieron que reconocer su valentía. Valiente como orador, porque innovó la oratoria, y ni antes ni después de él ha habido quien hable igual que él. Valiente como individuo, porque a nada ni a nadie tuvo miedo, ni cuando vio venir la muerte que penetró en su calabozo. Su valentía no se afirmó en el odio, sino en el amor al prójimo, y es por esto que la cubre un humor fraternizante. En los siglos andados por la humanidad ha habido muy pocos como él, porque también su amor era valiente. Hemos delineado el boceto de un gran hombre, ya que su retrato verdadero será el autorretrato del hombre que esperamos.

- Betancourt, Rómulo. **Venezuela, Política y Petróleo**. Editorial Senderos. Caracas, 1967.

- Blanco, Andrés Eloy. **Obras completas**. Ediciones del Congreso de la República (11 volúmenes). Caracas, 1973.

- Blanco, Andrés Eloy. **AEB parlamentario**. Congreso de la República, primera edición (2 volúmenes). Caracas, 1967.

- Blanco Iturbe, Luis Felipe. **El hombre cordial**. Ediciones del Banco Provincial. Caracas, 1997.

- Briceño Iragorry, Mario. **Su presidencia del Congreso de la República y otros testimonios**. Congreso de la República. Caracas, 1985.

- Consalvi, Simón Alberto. **Auge y caída de Rómulo Gallegos**. Monte Ávila Editores. Caracas, 1991.
  _____. **Profecía de la palabra**. Tierra de Gracia Editores. Caracas, 1996.

- Gallegos, Rómulo. **Materiales para el estudio de su vida y su obra**. Ediciones Centauro. Caracas, 1980.

- Henríquez Vera, Rigoberto. **De la tiranía a la democracia**. Ediciones Centauro. (2 volúmenes). Caracas, 1980.

- Lameda, Alí. **La creación poética de AEB**. Ediciones Centauro. Caracas, 1980.

- Massis, Mahfud. **Imagen y persistencia de AEB**. José Agustín Catalá, editor. Caracas, 1996.

- Medina Angarita, Isaías. **Cuatro años de democracia**. Pensamiento Vivo. Caracas, 1963.

- Montilla, Ricardo. **AEB. una vida ejemplar**. Liceo AEB. Caracas, 1987.

- Nazoa, Aquiles. **Humor y amor de Aquiles Nazoa**. Librería Piñango. Caracas, 1971.

- Neri, Rafael José. **Cinco nudos en el recuerdo de Andrés**. Cumaná, 1986.
  _____. **La embajada que llegó del exilio**. Academia Nacional de la Historia. Italgráfica. Caracas, 1988.

- Otero Silva, Miguel. **El cercado ajeno**. Pensamiento Vivo editores. Caracas, 1961.
  _____. **AEB. Reportaje para los niños de Venezuela**. Ávila Arte. Caracas, 1980.

- Polanco Alcántara, Tomás. **Eleazar López Contreras**. Ediciones Ge. Caracas, 1995.

- Rivas Rivas, José. **Ingenio y gracia de AEB**. Fundarte. Caracas, 1996.

- Rivas Dugarte, Rafael Ángel. **Fuentes documentales para el estudio de AEB**. Ediciones Casa de Bello. Caracas, 1988.

- Rodríguez, Manuel Alfredo. **Tres décadas caraqueñas**. Monte Ávila, Editores. Caracas, 1975.

- Rondón Nucete, Jesús. **Historia de Copei en Mérida**. Mérida, 1988.

- Subero, Efraín. **Apreciaciones críticas sobre la vida y la obra de AEB**. José Agustín Catalá, editor. Caracas, 1974.

- Tarre Murzi, Alfredo. **López Contreras. De la tiranía a la libertad**. Editorial Ateneo de Caracas, 1982.

- Varios autores. **Pensamiento político venezolano del siglo XX**. Ediciones del Congreso de la República (100 volúmenes).

El poeta en el mundo 9

Angelitos negros en 1936 21

El Morrocoy Azul 35

La mezquina realidad 47

Nuestra pequeña revolución de octubre 61

Su arma, la campanilla 77

Probidad con donaire 91

Canciller de los niños del mundo 103

Apóstol y soldado 113

Bibliografía 127

Biblioteca Biográfica Venezolana

Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I
Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo II
José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
Aquiles Nazoa / lldemaro Torres
Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
Simón Rodriguez / Rafael Femández Heres
Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
Esteban Gil Borges / EIsa Cardozo
Teresa Carreño / Violeta Rojo
Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero Trinca
Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
César Girón / Gonzalo Jiménez
Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de junio de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron *caracteres light, negra, cursiva y condensada* de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.
Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.
Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.
Eugenio Montejo

Andrés Eloy Blanco

Biblioteca Biográfica Venezolana

Alfonso Ramírez

Pocas vidas son tan admirables y tan fascinantes como la de Andrés Eloy Blanco. Nacido en Cumaná en 1896, murió trágicamente en México en 1955, en el exilio, hace 50 años. Fue poeta popular y un prosista de estirpe; pero, además, uno de los grandes oradores venezolanos de todos los tiempos. Ensayista y biógrafo, reflexionó con profundidad sobre los arduos dilemas de nuestra historia. Su obra *Vargas, albacea de la angustia*, es una de las interpretaciones más lúcidas de la Venezuela del general José Antonio Páez y de las discordias entre el poder civil y el poder militar.

AEB escribió textos políticos como *Navegación de altura*, una especie de breviario de la conducta ciudadana, y *Carta a Juan Bimba*. Parlamentario excepcional, presidió la Asamblea Nacional Constituyente de 1946 con sabiduría, tolerancia e ingenio. Fue protagonista de los sucesos de 1928, prisionero político de Juan Vicente Gómez, confinado después a pueblos de los Andes. Una figura fundamental, en fin, en la historia democrática de Venezuela, por la claridad de sus ideas y la rectitud de su conducta.

Durante tres décadas, Alfonso Ramírez Díaz ha estudiado a fondo su vida y su obra, desde el poeta de los primeros tiempos, su creación intelectual, su peripecia política, el gran humorista de *El Morrocoy Azul*, hasta su muerte inesperada y trágica en México. "*El Morrocoy Azul*, fundado en 1941 por Miguel Otero Silva, insigne humorista, (dice ARD), contó entre sus colaboradores a otros memorables cultivadores del género; pero entre ellos hay que destacar a Aquiles Nazoa y Andrés Eloy Blanco". Esta biografía de Andrés Eloy se lee con el encanto de una novela y con la seducción de un libro de historia bien contada y gratamente escrita.

Simón Alberto Consalvi

EL NACIONAL

50 años Que se dejan ver

BANCO DEL CARIBE